



de

La presentación del famoso asesino a sueldo  
que encumbró al autor de *Camino a la perdición*.

# CONOCIENDO A QUARRY

MAX ALLAN COLLINS

Lectulandia

Nadie quiere contratar a un veterano de Vietnam. Hacerse asesino a sueldo le pareció una opción tan buena como cualquier otra, sobre todo tras haber «provocado un accidente» al amante de su mujercita. Cuando Broker, su contacto habitual, le propone un nuevo encargo, Quarry acepta sin dudarlo, pero según va descubriendo más sobre su objetivo, intuye que algo falla. Esta vez la víctima se aleja tanto del típico cabrón habitual que Quarry siente mucha curiosidad, pero un encargo es un encargo, ¿no?, así que no hace nada al respecto hasta que se da cuenta de que Broker le ha preparado una encerrona. Ahora el matón a sueldo deberá resolver el asesinato que él mismo ha cometido.

**Lectulandia**

Max Allan Collins

# **Conociendo a Quarry**

ePub r1.0

Titivillus 24.05.18

Título original: *Quarry*  
Max Allan Collins, 1976  
Traducción: Rebeca Rueda Salaices

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para E. Westlake, gracias por escribir.

«La violencia es algo tan americano como la tarta de cereza.»

—H. Rap Brown

«Tuve oportunidad de degustar la muerte y la encontré tan sabrosa que desde entonces no he vuelto a comer de los frutos de una civilización normal.»

—Mickey Spillane

Cerré los ojos y vi el rostro del hombre al que iba a matar. Antes, en los baños del restaurante del hotel Howard Johnson's, Broker me había enseñado la fotografía y me había preguntado si quería llevármela; le dije que no, que solo necesitaba echarle un vistazo durante un minuto. Luego, pasados diez, pensé en su cara: un carnosos rostro oval con la clásica narizota judía.

Abrí los ojos y observé el complejo de edificios de ladrillo marrón que se alzaba ante mí. El cuerpo principal estaba formado por un par de bloques alargados de dos plantas que se unían en una torre central. Desde mi posición podía distinguir las palabras «Quad City Airport» de la torre. La tarde iba deslizándose hacia el anochecer y aún no habían encendido las luces.

Antes de cruzar el césped que separaba el Howard Johnson's del aeropuerto, el grupo de edificios con sus hangares correspondientes parecía bastante grande, no tanto como el aeropuerto O'Hare, pero de buen tamaño. Sin embargo, cuando me acerqué al aparcamiento, todo me pareció más pequeño, como si me hubiera aproximado a una maqueta a escala. Diminutos jardines con flores rojas, blancas y moradas aparecían diseminados por todo el parking; una pequeña concesión a la naturaleza en medio de tanto ladrillo, cemento y contaminación. Las flores estaban fuera de lugar allí, y yo también. Me hubiera gustado ir con una camiseta, pero vestía un traje, habría preferido relajarme al sol, pero tenía que resolver un asunto.

Y menudo asunto, menudo puto asunto.

Al entrar casi pierdo el maletín cuando dos tíos con trajes oscuros salieron a toda prisa por la puerta principal como si su equipaje estuviera a punto de estallar y ellos fueran del grupo de artificieros de la policía. Algo, por otra parte, bastante típico de los aeropuertos: la mitad de la gente tiene prisa y va avasallando y dándose aires de grandeza, mientras que la otra mitad se lo toma con calma y deambula tranquila, dándose aires de grandeza. Unos gilipollas todos.

El interior era de mármol color burdeos y escayola turquesa. El diseño del edificio quizá tuviera cierto aire futurista en los años cincuenta, pero ahora no era más que una puta reliquia. Como el ascensor plantado ahí en medio, dentro de un cilindro cubierto con un plástico rojo chillón abombado en algunas zonas, rodeado a su vez por una escalera de caracol.

Lo primero que hice fue inspeccionar los baños de la planta inferior. Eran bastante grandes (cuatro váteres, tres de pago y uno gratuito), pero a pesar de que no había mucho movimiento en el aeropuerto, estaba claro que no me iban a servir. Luego subí por la escalera que rodeaba el ascensor y antes de empezar a comprobar los aseos de esa planta, lo vi.

Había un cura y una pareja de veinteañeros, un soldado y un marinero, dos señoras mayores y un hombre de negocios, acomodados todos sobre almohadillados asientos negros en torno al gran mirador, contemplando el espectáculo de la pista de despegue. Era el cura.

Todo de negro, por supuesto, salvo por el alzacuellos blanco. Con un rostro pálido grisáceo, salvo por algunas venas rotas que le atravesaban la nariz como un mapa de carreteras. Llevaba un peluquín negro que parecía un peluquín negro y unas gafas de sol oscuras.

Un sacerdote. Con esa narizota judía y gafas de sol al anochecer, ahí es nada. Nadie se podía tragar que fuera cura. Con algunos tíos te entran ganas de hacerte a un lado y dejar que se maten ellos solitos de lo idiotas que son.

No se dio cuenta de que lo estaba observando, así que seguí mi camino y eché un vistazo a los baños de aquella planta. Recorrí los dos pasillos que salían de la torre central y descubrí que en ambos había aseos, además de muchas oficinas vacías. Como había actividad en una situada al final de uno de los corredores, me decidí por los baños del otro pasillo, que parecían completamente desiertos. Lo cual me venía de perlas porque eran los mejores del edificio. Los aseos del pasillo más concurrido eran como los de la planta baja, grandes y pensados para que los usara la chusma. Los que escogí eran para los trabajadores de allí; había solo un váter, pero espacio de sobra para pasar el rato y fumar. Además, en los demás baños, las puertas no tenían cerrojo; en este se podía cerrar la puerta con un pestillo.

Volví a bajar sin ni siquiera mirar al cura. Caminé hacia el mostrador de Hertz y le pregunté a una rubia bastante guapa quién se encargaba de las taquillas. Me contestó que estaban tras una esquina, pero yo le dije que no, que lo que quería era hablar con el encargado. Ella sonrió, descolgó el teléfono, marcó un número y momentos después apareció un tío joven con una americana azul. Me preguntó si podía ayudarme en algo, le dije lo que quería y él contestó que muy bien, y le di algo de dinero. Nos acercamos a una zona donde había dos paredes de brillantes taquillas metálicas, una frente a la otra. Dejé mi maleta en una, el tipo apuntó el número y me pidió un nombre. Se lo di. Me dio las gracias, le di las gracias y se marchó.

Una vez estuve solo, volví a abrir la taquilla, abrí el maletín, cogí un par de guantes grises y me los puse. También saqué del maletín la gabardina, que me colgué del brazo, y la nueve milímetros automática, que agarré con la mano derecha. La gabardina me cubría todo el antebrazo y la mano. Cerré el maletín y lo volví a meter en la taquilla.

De nuevo en la planta superior, me acerqué al sacerdote y me senté a su lado. Estaba mirando un gran avión plateado, un 737 adornado con el rojo, blanco y azul de United Airlines. El cielo era del color del plomo, con grandes pinceladas de nubes naranjas. Me pregunté si podría verlo con aquellas puñeteras gafas de sol.

—Padre —le dije.

El cura se volvió y me miró. Sonrió con discreción, asintió y apartó la mirada.

Vaya, aquel tío era un listillo. Quizá hasta tuviera un título universitario y todo. Sabía muy bien que su papel como cura incluía aceptar el reconocimiento de los creyentes. Sí, señor.

—Padre —dije, y le mostré que llevaba guantes en agosto. Por su expresión vi que por fin ataba cabos.

—Ay, Dios —dijo en un susurro.

—Vamos a los baños.

—Ay, Dios.

—Solo quiero que me lo dé. No va a pasar nada.

—Ay, Dios.

—Mantenga la calma, no diga nada... bien. Vale. ¿Listo?

Se estremeció. Luego asintió.

—Bien —dije—. Caminaremos hacia el baño y hablaremos del asunto. Ahora arriba, venga.

Nos pusimos de pie y lo cogí del brazo. Pasamos por delante de la pareja de veinteañeros, me excusé y les sonreí. Ellos me devolvieron la sonrisa. Lo conduje hasta el final del pasillo de oficinas vacías y luego al baño.

Cerré la puerta con el pestillo.

Acto seguido, él abrió la puerta del váter y vomitó con la velocidad y el dinamismo de un corredor que pasara el testigo en una carrera de relevos.

Cuando hubo terminado, le dije:

—Tire de la cadena y salga.

Eso hizo.

Ahora todo el baño apestaba. Tanto como aquel trabajo. No dejaba de pensar que aquello no era lo mío, que no era mi estilo. Joder, ¿desde cuándo me dedico yo a la recuperación de objetos robados? El puto Broker me las va a pagar por incumplimiento de contrato. Yo realizo un trabajo muy específico que no incluye esta mierda.

—¿Dónde? —le pregunté.

Temblaba. Parecía que las mejillas quisieran escapar de su cara.

Repetí la pregunta.

No dijo nada. No hizo nada. Me miró con ojos vidriosos, inmóvil.

—Oiga —le dije—, si utiliza la cabeza, nadie le hará nada. Se llevó algo que no le pertenecía y ahora los dueños lo reclaman. Si devuelve lo que se llevó, podrá coger ese avión, siempre y cuando me garantice que no se acercará nunca más a esa gente. Así de sencillo. Solo perderá un trabajo que de todas formas ya no tiene.

—Por favor —dijo.

—Mantengamos la calma. Mírelo de este modo: tiene usted un artículo valioso. Entrégueme ese artículo y podrá largarse. Un trato justo.

Se golpeó las mejillas en un intento por convencerlas de que no se largaran, y su grisácea tez, que remataba el alzacuellos, adquirió una tonalidad más rojiza.

Mierda.

—Oiga —dije—, no me gusta hacer daño a la gente. No va conmigo. ¿Por qué no coopera?

—Está en mi equipaje.

—No es cierto.

—Le digo que está en mi equipaje.

—Mentira, creo que lo lleva encima.

—No me importa si me cree o no, lo guardé en mi maleta y ya la he facturado, así que estará en el avión.

—Si me está diciendo la verdad...

—¡Es la verdad!

—Si me dice la verdad vaya sacando el rosario.

—Pero dijo que...

—Dije que no me gusta hacer daño a la gente. Y es verdad. Pero esto no le va a doler, padre. Todo se volverá negro. De repente. Negrísimo.

—Pero, por favor, por favor, escúcheme. He facturado el equipaje... lo que busca está en mis maletas y esa es la verdad. Lo siento. Dios sabe que si lo tuviera, se lo daría, pero no puedo. Lo siento.

Asomé el cañón de la pistola por debajo de la gabardina.

—¿Me está diciendo la verdad?

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Dónde? —pregunté.

Comenzó a quitarse el abrigo.

Alcé la pistola y dije:

—¡Con cuidado, padre!

—¡No, no! ¡Espere! —Se quitó el abrigo y me lo ofreció—. Está en el abrigo. El forro. En el forro.

—Quite el forro.

—Dijo..., dijo que me dejaría marchar. Voy a perder el avión.

—Quizá. Quítele el forro.

—Está cosido, eh..., o sea...

—Arránquelo.

Y eso hizo. Desgarró el forro, metió la mano y sacó dos bolsas de plástico grapadas en la parte superior. Contenían un polvo blanco.

Mentalmente me cagué en todo.

Vale, Broker. ¿Así que ahora me vienes con estas? Vale. Me dio las dos bolsas y las metí en la chaqueta de mi americana.

—¿Ahora qué? —dijo.

—Tire el forro —contesté.

Hizo una pelota y lo metió en la papelera de las toallas de papel usadas. Le indiqué con un gesto que volviera a ponerse el abrigo y eso hizo.

—¿Y bien? —dijo.

—Puede irse —le confirmé—. Pero no hasta que yo me vaya. Voy a tener que dejarlo sin sentido.

—¡Pero, mi avión! Me dijo que... y voy a perder el avión...

—Lo estoy apuntando con una pistola y lo que le preocupa es perder el avión. ¡Dios! Debería estar agradecido por salir de esta de una pieza.

—Por favor, esperaré aquí. Si me quedo aquí diez minutos, aún podré llegar a tiempo.

Me froté la barbilla.

—Supongo que podría atarlo. Para cuando se suelte, yo ya estaría lejos...

—Sí, sí, ¡haga eso! Tome, me quitaré los cordones. Los puede usar para atarme.

—No, da igual —dije—. Llevo cuerda en el bolsillo.

—Ah, vale, bien.

—Primero tiene que entrar en el aseo.

—¿Aquí?

—Ahí.

—Apesta.

—Porque ha vomitado. —Joder, qué tío.

Abrió la puerta.

—Baje la tapa.

Lo hizo.

—Ahora siéntese.

Lo hizo.

—Junte las manos.

Mientras lo hacía, le disparé en el pecho.

El agua me rodeaba por todas partes. Estaba fría. Subí a la superficie, cogí aire y nadé a braza hasta el otro lado de la piscina, luego salí del agua. Me acerqué al trampolín y me lancé de nuevo.

Cinco minutos después, cuando me encontraba en la zona menos profunda y el agua me golpeaba las piernas, escuché una voz:

—Aquí estás.

Alcé la vista y la vi, con un biquini negro. Estaba muy morena, de un color marrón oscuro, y era delgada, con muy poco pecho y las costillas sobresalientes, pero si la estuviese contemplando por detrás, estaría admirando su estupendo culo.

—No pensaba que volvería a verte —dijo—, no sabía que aún estuvieras por aquí.

—Métete —le dije.

—No. Sal tú. No quiero mojar me el pelo. Solo he salido a que me diera el aire.

Salí y fui a por la toalla. Cuando me hube secado, miré a mi alrededor y vi que se había sentado en una tumbona bastante apartada de la piscina para evitar que algún idiota la salpicara. Se recostó. Llevaba el largo pelo negro apartado de la cara, y parecía que estuviera tomando el sol, sin embargo solo la luna y las nubes la contemplaban. Acerqué otra tumbona y me senté a su lado.

—Me quedé dormida —dijo.

—Estabas durmiendo cuando me marché —repuse.

—¿Pensabas volver?

—Claro.

—No esperaba volver a verte. Creía que te habías largado sin despedirte.

—No. Dormí un rato allí contigo, y luego vine a nadar un poco.

—¿Dónde te has cambiado?

—Subí a mi habitación a por el bañador. ¿Cuándo vuelve tu marido?

—Más tarde. Tiene entrevistas hasta tarde.

No dije nada durante un rato. Intentaba recordar su nombre. Helen, creo que era.

—¿Qué tal está el agua? —preguntó.

—Fría. Bien.

—¿Te has espabilado?

—Claro. ¿Tú has descansado?

—Sí. ¿Te apetece follar otra vez?

—¿Por qué no?

La seguí desde la zona de la piscina, a través del césped y un pequeño patio de cemento, hasta su habitación. Entramos por las puertas correderas. Mi habitación estaba en la segunda planta y no tenía acceso directo a la piscina. Cerró la puerta de

cristal y corrió la cortina. Se quitó la parte de arriba del biquini y la dejó caer al suelo; sus pechos eran pequeños y sus pezones grandes y oscuros, así que entre el bronceado y el oscuro pezón, había solo un pequeño círculo de piel blanca. El efecto me pareció muy sexi. Se bajó la braga del biquini y me mostró el bello negro y la piel blanca. Todo aquello compensaba su delgadez. Me quité el bañador y nos tumbamos en la cama.

Aquella mujer era todo técnica y cero pasión, como si la hubiera perdido a lo largo del camino y no acabara de encontrarla por mucho que la buscara. Me había contado que su marido se dedicaba a la selección de personal y que viajaba mucho para entrevistar a los candidatos. Cuando descubrió que su mujer aprovechaba sus ausencias para engañarlo con otros, decidió llevársela con él. El tipo siempre hacía sus entrevistas en hoteles del centro, fuera en la ciudad que fuera, pero ella insistía en alojarse en moteles de las afueras para disfrutar de la piscina y el sol. Hasta ahí llegó su explicación, pero el resto resultaba bastante evidente; mientras su marido hacía su trabajo en el hotel del centro, ella ligaba con comerciales o tíos que estaban de paso. Y para eso solo necesitaba la piscina y el biquini negro.

Llegué al hotel Howard Johnson's Motor Lodge con una hora de antelación a la hora a la que había quedado con Broker en la zona del restaurante, así que me registré y me dejé seducir por Helen, o como se llamara, antes de reunirnos. Bueno, al final llegué un poco tarde, ¿cómo iba a saber que Broker tenía un encarguito urgente de última hora? Quiero decir, nunca me había venido con algo así.

Y nunca más lo volvería a hacer. Me alegré de haber alquilado una de las taquillas del aeropuerto por un mes.

Pensé que Broker quizá no estuviera jugando limpio conmigo y me pareció una buena idea ocultar en parte, o en su totalidad, el botín. Así que en una de las taquillas, la que había alquilado solo por dos días, dejé una de las bolsitas de plástico con polvo blanco, y en la otra taquilla, la que había alquilado por un mes, guardé la otra. Y yo tenía las llaves de las dos y a Broker cogido por las pelotas.

Por supuesto, este asunto con Helen, o como se llamara la zorra, me había venido que ni pintado. Me proporcionaba una especie de coartada, aunque no pensara usarla. Por lo que a ella respectaba, follamos, dormí un rato y me di un baño en la piscina. No sabía que había salido para administrar la extremaunción a un cura.

Se incorporó en la cama, se recostó contra el cabecero y encendió un cigarrillo. Sus pechos caídos ya no resultaban sexis, además descubrí que tenía arrugas en la cara; de repente me pareció un ama de casa de mediana edad que se acostaba con cualquiera; exactamente lo que era. Después de un rato, pensó que debía ofrecermelo un cigarrillo, pero le dije que no fumaba.

—¿Te gusta cuidarte, eh?

—Esa mierda mata —le dije mientras me apartaba con una mano el humo de la cara—. Pero es tu vida, haz lo que quieras.

—Te gusta hacerte el duro, ¿verdad?

—Creía que eso te gustaba.

Sonrió y me puso la mano ahí abajo. Jugueteeó un rato, pero aquello no se animaba. Y yo tampoco.

Al final se rindió y, tras unos segundos, dijo:

—Tengo algo de alcohol, ¿tienes sed?

Estaba meditando su oferta cuando escuché el ruido de sirenas.

—¿Qué es ese jaleo? —dijo.

—Sirenas.

—Ya, eso me ha parecido. Suenan como si estuvieran cerca. Debe de haber pasado algo en el aeropuerto, ¿no crees?

—Quizá alguien haya sufrido un ataque cardiaco.

—Sí. Entonces será una ambulancia, no la policía.

—A saber.

—Sí, bueno, ¿te preparo un trago o no?

—Me parece que no.

—Venga.

—Oye —le dije—, ha estado bien, pero yo me largo, no sea que a tu marido se le ocurra regresar antes de tiempo. Me voy a poner el bañador y volveré a la piscina, ¿vale?

—Venga, quédate.

—No, gracias.

—Gilipollas.

Me encogí de hombros, me puse el bañador y corrí la puerta de cristal. Caminé hacia la piscina y me subí al trampolín. Cogí impulso, salté y miré al otro lado, más allá del césped, hacia el aeropuerto. Estaba todo encendido, pero no más de lo habitual, y no pude distinguir las luces de ninguna ambulancia o coche de policía. Tampoco es que importara. Me sumergí en el agua. Estaba fría.

Lo mejor de la comida fue el salteado de champiñones. El Chablis no estaba mal, pero no entiendo lo bastante de vinos para distinguir los buenos de los malos. De champiñones en cambio sí que entiendo, incluso he ido a recogerlos y sé lo bastante como para comerme el sombrero y dejar el pie. Uno nunca sabe bien con qué se va a encontrar cuando los pide por ahí, a no ser que sean de los cultivados. Como aquellos. Grandes y redondos como monedas de cincuenta centavos, esponjosos y jugosos; deliciosos.

El filete estaba bien, un tanto granuloso, como si le hubieran inyectado algo para hacerlo más tierno mientras aún formaba parte de la vaca, pero también hay que tener en cuenta que ya me había llenado con el pan, la ensalada y las setas antes de que llegara la carne. Además, en aquel momento, terminar el vino me pareció prioritario. Las últimas gotas se deslizaban por mi garganta cuando Broker y su mujer pasaron por delante de mi mesa como si no me conocieran.

Lo cual resultaba lógico en el caso de la mujer, ya que no me había visto nunca. Tenía un aspecto aristocrático, una rubia de hielo de unos treinta y cinco que probablemente estudió en uno de esos exclusivos colegios para señoritas con nombre de estación de esquí, y donde alguna monja o mujer mayor le enseñó a comportarse como un auténtico glaciar en miniatura.

Era lo bastante atractiva como para que uno se preguntara si Broker la había escogido para hacer bonito, o si entre ellos había sexo o incluso amor.

Una chica vestida con un escueto uniforme de camarera sentó a Broker y a su mujer en una apartada esquina, donde se encontraban dos paredes cubiertas por sendos botelleros. Anotó la orden de las bebidas y luego un chaval con una camisa abullonada de color marrón anaranjado les tomó la comanda. Los uniformes iban bien con la atmósfera de antiguo pub inglés del local: techos altos, mucha madera, una rugiente chimenea de gas en el centro, y enormes lámparas de hierro forjado que lo bañaban todo con la tenue luz cobriza de las velas eléctricas.

Pinché mi filete y esperé a que Broker tomara la iniciativa. Intentó evitar mi mirada. Yo no le quitaba ojo. Observaba su traje marrón de raya diplomática de punto doble. A su distinguida mujer de pelo casi blanco. Contemplaba su relamida expresión y su ralo bigote.

Se puso de pie y se excusó ante su mujer, que no pareció darse cuenta de que se había levantado. Era un hombre alto, de casi uno noventa, y cierta envergadura, pero caminaba como si le faltara energía.

Observé cómo pasaba por delante de mi mesa, rodeaba la chimenea y se dirigía a los baños. Esperé un minuto o dos para seguirle un poco la corriente y después me

levanté.

Se estaba lavando las manos. Había un tío meando y uno de los váteres estaba ocupado. Me acerqué a un urinario y me puse a ello.

Después de un rato todo el mundo se fue, salvo Broker y yo, y me coloqué a su lado en los lavabos. Broker dejó de lavarse las manos, pero no cerró el grifo.

—¿Bien? —dijo.

—Ni se te ocurra volver a jugármela, Broker.

—¿Cómo fue?

—Fue.

—¿Te lo dio?

Miré su traje de doble punto marrón. Llevaba una camisa azul con una corbata blanca, y sus mejillas estaban sonrosadas. Tenía cincuenta, pero aparentaba cuarenta y su rostro era largo y carnoso, con pocas arrugas.

—Lo tengo.

Alguien entró y Broker comenzó a lavarse las manos de nuevo. Lo imité. El tío hizo lo que tenía que hacer y se marchó.

—Desde que trabajo contigo —le dije—, tengo la sensación de que me paso la vida metido en baños.

—¿Así es como lo despachaste? ¿En un baño?

—No. Dimos un paseo hasta la pista de aterrizaje y lo lancé contra un Boeing.

Un hombre bajito de piel oscura entró con su hijo y se dirigieron a los urinarios. Iban a juego, parecían el salero grande y el pimentero pequeño. Tras terminar, hicieron ademán de acercarse a los lavabos, pero como Broker y yo teníamos la exclusiva, al final se rindieron y se marcharon.

—¿Qué es lo que te molesta tanto, Quarry?

—El caballo.

—¿De qué hablas?

—Hablo de heroína, Broker. El jaco, la manteca, la mierda, el caballo, ¡la mierda de caballo!

—¿Podrías bajar la voz, por favor?

—Joder, Broker. Lo único que me falta es que me pillen con una bolsita de esas encima. Ya corro bastantes riesgos tal y como están las cosas.

—Me decepcionas, Quarry.

—Te decepciono.

—Te comunicaron que el objetivo llevaba un paquete de cierto valor que no era de su propiedad. No que examinaras el contenido del paquete.

—Un montón de polvo blanco dentro de una bolsa de plástico, Broker, no hace falta ser un puto genio para saber de qué se trata.

—¿Desde cuándo eres tan picajoso? Te quejas de los riesgos y sin embargo utilizas la misma pistola en todos los trabajos, ¿no? Eso ya me parece una costumbre bastante peligrosa.

—Eso es una cosa. Lo del otro día es otra.

—No me voy a quedar aquí para discutir contigo, Quarry. Se me están arrugando las manos de tenerlas en remojo.

—Se te están arrugando las manos. ¡Y a mí se me arruga el culo! Oye, yo hago lo que hago, y lo hago a mi manera, lo sabes mejor que nadie, pero ¿qué se te ocurre un día? Pues se te ocurre la feliz idea de meterme en este fregado.

—Fue un encargo de última hora, Quarry, yo te había llamado para otra cosa totalmente distinta y...

—No me gusta me traigan a una ciudad para hacer un trabajo, y luego me encarguen otra cosa. No me gusta hacer de mula. Si quieres mover jaco, búscate un camello. Y yo no tengo estómago para humillar a la gente. Si quieres que acabe con alguien, vale, no hay problema. Pero si quieres intimidar a alguien, búscate un matón.

—¿Has terminado ya?

—Y no me hables con ese tono pomposo, Broker. Te conozco desde hace mucho, sé quién eres.

—Si no te gusta trabajar conmigo, Quarry, ¿por qué no lo dejas?

—¿Qué? ¿Cómo has dicho?

—Que si no te gusta trabajar conmigo siempre puedes dejarlo.

—Esta sí que es buena. Hay que joderse.

—¿Qué te pasa ahora?

—Tú trabajas para mí, Broker, no lo olvides... Yo trabajo para ti como Richard Burton trabaja para su agente.

Broker suspiró.

—¿Dónde está el paquete, Quarry?

—No vuelvas a hacerme una jugada como esta, Broker. ¿Entendido? Nunca más, o verás un lado de mí que no te va a gustar.

—¿Dónde está?

—¿Has entendido lo que te he dicho, Broker?

—Sí. ¿Dónde está el paquete?

—¿Dónde está mi dinero?

Broker cerró el grifo y se secó las manos con una toalla de papel. Cogió un sobre del bolsillo interior de su americana y me lo ofreció. Miré en su interior: tres mil en billetes de cien. Me guardé el sobre en el bolsillo.

—Sigo alojado en el Howard Johnson's —le dije—. Ven a verme allí. Ya sabes cuál es la habitación. Estoy harto de usar los baños como si fueran mi oficina.

—¿Qué?

—Y no mandes a nadie, Broker, o les haré cosas muy feas. Ven tú. Tenemos que hablar.

—No juegues conmigo, Quarry.

—¿Quién está jugando? Súbete la cremallera, Broker.

—Quarry...

Me sequé las manos y me marché.

Supongo que llegados a este punto debería aclarar algunos datos sobre mi pasado y contar cómo me metí en una línea de trabajo tan especializada. Pues ni de coña. Hay dos cosas que nadie me sacará jamás: los detalles de mi vida pasada y mi verdadero nombre. Lo más parecido a un nombre que daré será Quarry, un mote que me propuso Broker y que siempre me ha gustado. Como alias no está mal. O me gustaba hasta que le pregunté cómo se le ocurrió. Soltó una risilla y dijo:

—¿Sabes lo que significa *quarry*, no? Una cantera, es decir, un lugar rocoso y hueco.

Broker no tiene un gran sentido del humor.

Daré unas pinceladas sobre mi vida, por si sentís la necesidad de intentar comprenderme. Soy un veterano de la cagada de Vietnam. Fue precisamente allí donde descubrí el sinsentido de la vida y la muerte, aunque no lo tuve totalmente claro hasta que volví a Estados Unidos y me enteré de que mi mujer me la estaba pegando con un tío llamado Williams que tenía un bungalow en La Miranda y trabajaba en un taller mecánico. Pensé en pegarle un tiro al hijo de puta, pero decidí tranquilizarme y pensar con frialdad. Después fui a su casa, donde lo encontré junto a la entrada, tumbado bajo su coche. Le di una patada al gato. Una vez oí en una película que definían la muerte como «el gran *despachurre*», y para ese pobre cabrón, la frase no podría ser más acertada. No maté a mi mujer, ni la aplasté con el coche. Me divorcié de ella. O más bien, ella se divorció de mí.

Por supuesto, ningún tribunal del mundo habría condenado a un pobre soldado cornudo que acaba de regresar de la guerra. Pero me había convertido en persona *non grata*. No encontré trabajo, aunque era un mecánico sobradamente cualificado... y tampoco aparecían muchas oportunidades de ningún otro tipo. Aunque el taller donde trabajaba Williams necesitaba cubrir una baja, eso seguro.

El único pariente capaz de mirarme a la cara era mi padre, que vino a Los Ángeles a visitarme cuando tuve mi problemilla marital. Me dijo que no volviera a casa, que ya ponía de los nervios a mi madrastra incluso antes de que empezara a matar gente y solo Dios sabía cómo le afectaría mi presencia ahora. No le pregunté a qué muertes se refería, si a la docena que me cargué en Vietnam o al que despaché en California.

Como no podía volver a Ohio con mi padre, me quedé en Los Ángeles durante un mes, más o menos, donde me propuse gastar todo mi dinero lo más rápido posible. Iba al cine de día y a los bares de noche. Pero pronto me cansé. De California también. Allí fue donde estuve destinado antes de que me mandaran fuera y donde surgió el malhadado romance que acabó en matrimonio, entre otras cosas, con aquella

zorra morena cuyo rostro ahora no puedo recordar con claridad.

No sé cómo dio Broker conmigo. Quizá sea como en los equipos de rugby profesionales cuando reclutan a nuevos jugadores; quizá Broker envía ojeadores a los bares en busca de tíos con pinta de no tener moral alguna. O quizá él y su gente se fijan en aquellos veteranos que tienen problemas serios. Sé que los míos aparecieron en los periódicos y recibieron tanta publicidad que me fue imposible encontrar trabajo. Nunca entendí cómo alguien puede darte palmaditas en la espalda, decir que te comprende y luego no estar dispuesto a darte una oportunidad laboral.

Pero con Broker fue distinto. Tenía un trabajo para mí. No recuerdo la conversación. Sé que dio muchos rodeos. Uno no se acerca a alguien y le pregunta si está dispuesto a matar por dinero. Hasta el Tío Sam es más sutil que todo eso.

En cualquier caso, Broker apareció un día en lo que podríamos describir como el cuchitril donde vivía en Los Ángeles, y de una manera o de otra me dio a entender lo que me ofrecía... ganar bastante pasta haciendo lo mismo que había hecho hasta ahora por una miseria, y en un único caso por amor al arte. Es decir, matar gente.

Acepté sin dudar. Mi vehemente, pero frío «sí» creo que casi lo espanta. Luego me explicó que no suele fiarse de los que aceptan tan rápidamente; no quería trabajar con nadie que babeara de placer ante la perspectiva de matar a cualquier cosa que se moviese; los pirados no son empleados eficientes ni de fiar. Pero mi ausencia de emoción compensó cualquier temor que Broker pudiera albergar, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que había investigado sobre mí.

¿Por qué acepté? ¿Por qué dije que sí tan rápidamente? Supongo que tenía ganas de hacer algo, cualquier cosa, sobre todo algo o cualquier cosa por lo que me pagaran bien. Aunque en Vietnam aprendí que la vida y la muerte no tenían sentido, también descubrí la importancia de la supervivencia. Quizá sea una contradicción considerar que la vida y la muerte no tienen sentido alguno y por otro lado valorar tanto la supervivencia. En fin, así es como pienso, siento y vivo, así que me importa una mierda.

Antes he dicho que no iba a entrar en detalles y no lo haré. Solo diré que cuando Broker me pidió que fuera a Quad Cities y me encasquetó el marrón del aeropuerto, llevaba ya cinco años y medio trabajando para él como *free lance*. Y aunque no había currado para nadie más, me consideraba un *free lance* porque no tenía ninguna duda de que podría trabajar para cualquier otro intermediario. Había más Brokers por ahí, aunque no los conociera por su nombre. Y al igual que mi Broker, saldrían de ninguna parte y contactarían conmigo si yo quería.

Algunos de mis trabajos tenían, sin ninguna duda, alguna conexión con la mafia, pero solo algunos. Por lo que yo sé, Broker no prestaba sus servicios directamente al hampa, y solo hacía encargos muy puntuales. Asuntos que, por alguna razón, no convenía resolver por los canales habituales de la familia. Solo muy de vez en cuando alguno de mis trabajos en alguna de las ciudades grandes como Chicago o Milwaukee era para la mafia, ya que por lo general tenían en nómina a gente del lugar que podía

enfrentarse con casi cualquier situación; en cambio, con las operaciones a menor escala, en ciudades de menos de medio millón de habitantes, si podían necesitar la ayuda de Broker o de alguien como él. Aparte de la mafia, la clase de persona que se acercaba a Broker solía ser el típico ciudadano medio con siete mil dólares para gastar en el asesinato de alguien que no le caía bien.

No había creado ninguna filosofía particular para justificar mi trabajo, pero como tampoco tenía ningún problema para vivir conmigo mismo, supongo que no la necesitaba. Aunque sí desarrollé un puñado de racionalizaciones de las que echar mano en un mal día. Una de ellas era que cuando alguien deseaba tu muerte, probablemente lo merecieras. Pero sabía que eso no era necesariamente cierto. Una mejor racionalización era que esto era solo una extensión de ser un soldado y que lo que hacía no era moral ni inmoral, sino amoral, como la guerra.

Como racionalización no está mal, pero te conducía a racionalizar la guerra.

Otra cosa que descubrí desde el principio y que ratifiqué después es que siempre habrá gente que quiera cargarse a otra gente, ¿y qué iba a hacer yo? Una vez que alguien decide que otra persona va a morir, ya está. Lo único que queda por fijar son los detalles.

Todos aquellos a los que he matado iban a morir de todas formas. Siempre procuraba que fuera rápido y limpio. Era algo parecido a trabajar en una carnicería, solo que lo mío se pagaba mejor, la jornada era más corta y uno se ensuciaba menos.

Eddie Robinson dijo: «Dios santo, ¿es este el final de Rico?» y entonces escuché un ruido fuera de la habitación del motel, en el balcón. Bajé el volumen de la televisión y esperé: al principio nada, pero luego alguien llamó a la puerta corredera de cristal.

Apagué la tele y consulté el reloj. Llevaba un buen rato viendo la peli, que de todas formas ya se estaba terminando; eran las dos menos diez de la madrugada. Más o menos la hora a la que podría aparecer Broker, aunque un poco temprano para él, quizá. En realidad lo esperaba hacia las tres y media o cuatro, cuando era muy poco probable que se encontrara con alguien por los pasillos.

Los golpes continuaron, se hicieron más insistentes. Terminé la Coca-Cola, me levanté de la cama, dejé la botella vacía sobre la cómoda, junto a las otras tres que me había bebido mientras veía la peli del viejo gánster, que por cierto no estaba nada mal, considerando lo antigua que era. Ese Robinson era un profesional, eso era innegable. Lo malo era que cada quince minutos aparecían dos payasos y acribillaban coches de segunda mano durante media hora, momento que yo aprovechaba para levantarme a por otra Coca-Cola. De camino hacia la puerta, abrí el maletín que estaba sobre una repisa, saqué la automática y la oculté tras mi espalda.

Había limpiado la pistola y cambiado los cañones; el silenciador estaba puesto y limpio también.

Entorné un poco la puerta, pero el hijo de puta metió el pie, la abrió del todo y entró con el puño por delante. Un puño bastante grande, la madre de todos los puños, de hecho, tanto es así que consiguió joderme media cara. Los pies me fallaron y solté la automática, que acabó debajo de la cama. Pero el tío no había visto la pistola. Para cuando entró del todo y me echó un buen vistazo por primera vez, yo estaba sentado en el suelo.

Me sangraba la nariz, no estaba rota, pero sangraba, y me sentía atontado. Sin embargo pude ver que el tío no llevaba nada en las manos, así que no me lancé bajo la cama a por la pistola. Antes quería ver adónde llevaba todo aquello, al menos durante los próximos minutos.

Era grande. Uno noventa, más o menos, con lo que me sacaba diez centímetros, y unos noventa kilos metidos en un traje bien cortado de color marrón. Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco, y cara de haber ido a la universidad. Llevaba el pelo gris cortado a cepillo, pero no parecía un matón. No tenía arrugas, ni una, salvo en la frente fruncida sobre unos ojos grises que me miraban desde, joder, sí, unas gafas de cristales oscuros. ¿Con que clase de gente trabajaba Broker últimamente?

Intenté limpiarme la sangre de la nariz con el antebrazo, pero me seguía saliendo y me estaba poniendo perdido. Me había manchado todo el traje. ¿Qué coño estaba

pasando? Vale, se lo había puesto difícil a Broker, pero esto de enviar a un gorila a meterme miedo era pasarse de la raya. No lo comprendía, no tenía sentido. Broker y yo nos entendíamos bien, ¿no? Él sabía que la escenita del restaurante era solo para dejarle claro que no iba a permitir que me presionaran, ¿no?

Entonces caí en la cuenta de que llevaba en el suelo unos cinco o diez segundos y de que el tío de las gafas oscuras no había hecho nada. Estaba ahí parado, con el ceño fruncido, enseñándome los dientes y en cuclillas como Tarzán, o como alguien que espera que su oponente se levante y luche como un hombre. Dios, ¿era eso lo que estaba esperando? Pues que se joda. Que venga a por mí.

No soy un luchador, no sé boxear. Peso sesenta y ocho kilos y estoy en buena forma, pero nada espectacular. Nunca me ha gustado el combate cara a cara, y jamás he dominado ninguna de sus sutilezas. No tengo cinturones de kárate de ningún color, ni nada de eso. Pero cuando se trata de pelear, cuento con una ventaja sobre muchos tíos más grandes y más fuertes que yo, y es mi total falta de escrúpulos. Cuando se acercó a mí pensando que la pelea había terminado antes de empezar, le di una patada en los huevos.

Comenzó a rodar por el suelo con las manos entre las piernas. Le bajé el abrigo hasta los hombros y lo dejé sin sentido del primer puñetazo. Lo cacheé un poco por encima. No iba armado. En la cartera guardaba el carné de conducir, varias tarjetas de crédito y alguna otra identificación, todo a nombre de un tal George Swanson, supuestamente de Saint Paul, Minnesota.

¿Qué mierda era aquella?

Mientras intentaba atar cabos, sonó el teléfono. Descolgué y una voz dijo «¿George?». Reconocí la voz, lo entendí todo y me entró la risa.

Cuando terminé de reír, dejé el auricular sobre la mesilla de noche mientras la voz repetía «¿George? ¿George?». Arrastré a George Swanson al pasillo desierto y lo dejé a bastante distancia de mi puerta. Luego regresé a mi habitación, cogí el auricular y dije:

—Después de lo que le he hecho a tu marido, no creo que te sirva para gran cosa en uno o dos días.

Escuché cómo cogía aire entre los dientes mientras contenía la rabia como una serpiente cabreada. Podía imaginar a Helen Swanson y su moreno y delgado cuerpo mientras decía:

—Cabrón. Dios, qué hijo de puta eres.

—Eh, oye, oye...

—Eres... eres... —Y siguió farfullando así durante un rato. Su tono de voz me pareció extraño. ¿Confusión? ¿Miedo? ¿Excitación?

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has cabreado conmigo? —le pregunté por teléfono—. ¿O esto lo haces con todos? Te tumbas con tu bikini, nos seduces y luego se lo sueltas todo al viejo George para que pueda jugar a ser el defensor de las mujeres.

—Solo se lo cuento a veces. —Ahora había una sonrisa en su voz. Su tono era aterciopelado. Intentaba resultar sexi—. Solo se lo cuento cuando alguien que me gusta no me valora.

—Joder, yo te valoro, de verdad. Eres especial.

—Espero que no te hiciera daño.

—No. Que va. Me encanta que me den puñetazos en la nariz.

—Oye... solo le dije que quisiste ligar conmigo... No pensé que fuera a llegar tan lejos.

—Sabías perfectamente cómo iba a reaccionar —le dije—. Es lo que hace siempre, ¿verdad? Dime, ¿cómo vuelve después de haber machacado a uno de tus ligues?

—Exultante —contestó, y casi podía ver su enorme y procaz sonrisa—. Es cruel y hermoso. Es el único momento en el que lo puedo soportar en la cama.

—Bueno, pues no esperes gran cosa de él esta noche. —Oí de fondo que alguien hacía ruido.

—Hay alguien en la puerta —dijo con tono de apremio en la voz.

—Me pregunto quién será —dije.

—Oye... —rió suavemente—. Estoy desnuda, ¿qué te parece?

—Pues que era de esperar.

—Cuando se haya dormido... podría subir a tu habitación... ¿eh? Me lo debes.

—Si subes, te daré una botella de Coca-Cola, y se acabó. —Negué con la cabeza—. Déjalo entrar, ¿vale? Probablemente esté en el pasillo, poniéndolo todo perdido de sangre. Necesita ayuda.

Y colgué.

Cogí la automática, volví a encender la tele y, como no encontré nada decente en ninguno de los canales, la apagué y me estiré en la cama a esperar a Broker. Joder, no debí haberlo subestimado así. Las cosas no estaban tan mal como para contratar a un George Swanson.

Me reí de nuevo, pero solo durante un momento. La verdad es que no era divertido. Más bien resultaba asqueroso. ¿Y la puñetera zorra? Pero ¿quién era yo para juzgar a nadie? En este mundo tiene que haber de todo.

A las cuatro y cuarto apareció Broker en la puerta de mi habitación. Y no iba solo. Sin decir una palabra, él y su amigo encontraron unas sillas y se sentaron frente a mí. Cerré la puerta, eché el pestillo y me acerqué a la cama donde me senté de tal forma que tuvieran que girar las sillas para mirarme. Y lo hicieron.

—Hola, Quarry —dijo Broker.

—Broker.

—Este es Carl.

Aquel era Carl; un chaval de veinte o veintidós años, con pelo oscuro y cortado como un poli, aunque ya le comenzaba a crecer. Tez muy pálida salvo por dos ronchas rojas en sendas mejillas que le daban un aire de payaso con poco maquillaje y que o eran naturales en él o es que el chaval se había sonrojado. Era más o menos igual de alto que George Swanson, pero más delgado y fibroso, o al menos eso me pareció. Tenía la mandíbula firme y ojos grises azulados. Llevaba una cazadora de doble punto color burdeos y unos pantalones grises con una camisa amarillo claro y una corbata azul oscuro. Miré a Broker, con su traje gris de doble punto, su camisa rosa claro y su corbata rosa oscuro e imaginé quién elegía la ropa de Carl. La cazadora ocultaba perfectamente la pistola que llevaba bajo el brazo izquierdo, y pensé que tenía que preguntarle a Broker quién era su sastre.

Carl se puso de pie y dijo:

—¿Qué tal estás, Quarry?

Había dos cosas que no me gustaban de Carl: una era el tufillo a fogosidad juvenil que emanaba de él como un perfume barato.

Señalé su pierna izquierda.

—¿Vietnam?

Pareció confuso, como si se preguntara cómo demonios sabía que era artificial; luego asintió.

—Una granada de mano, estaba en primera línea.

—Te he preguntado dónde, no cómo.

Qué gran patriota es Broker, no le basta con buscar ocupación a los soldaditos que regresan a casa sino que ahora, encima, le enseña el oficio a un veterano discapacitado. El tío merece una medalla del departamento de Asuntos de los Veteranos, del presidente o de alguna puñetera institución, joder.

—Sigues de mal humor, ¿no? —preguntó Broker.

—Dame un segundo que saco los sombreritos de fiesta —contesté.

Carl se sentó. Sus mejillas ya no estaban rojas, lo cual era un avance.

—¿Quién se supone que es este? —pregunté.

—Ha venido conmigo.

—Ah, bueno, eso lo explica todo.

—Oye... ¿cómo sé que no estás tramando algo? Esta es la primera vez que te comportas tan irracionalmente desde que comenzamos lo que yo considero una buena relación laboral. Pero de repente actúas como si hubieras perdido el juicio y no entregas el material que se te ha encargado que recuperes. ¿Tienes idea de cuánto vale lo que te has llevado? Bueno, el caso es que he pensado que lo mejor era traer a alguien conmigo.

—¿Y entonces por qué no lo has hecho? Pero no, tenías que arrastrar a un chavalín de veinte años, ¿para qué? ¿Qué se supone que va a hacer? ¿Meterme en cintura? ¿Me va a golpear hasta la muerte con su pata de palo? —Miré a Carl por el rabillo del ojo para ver si reaccionaba; nada, lo cual era una buena señal para el chico.

—Quarry, Quarry... no peleemos. —Broker sonrió y la sonrisa era como una grieta en su cara—. Por favor, estoy cansado de pelearme contigo. Después de lo que hemos pasado juntos, este pique me parece infantil.

—Broker, deja de comportarte como si esto fuera una puñetera empresa y me fueras a dar un reloj y una pensión tras trabajar para ti veinticinco años. ¿Llevas tanto tiempo currando en las oficinas de la planta de fertilizante que ya no recuerdas que lo que vendes es mierda?

—Te hemos pagado, Quarry. No juegues conmigo.

—Si hubieras venido solo no te estaría rompiendo las pelotas. El que juegas eres tú, Broker. Te empeñas en jugar y yo me siento obligado a avisarte de que no me gusta que jueguen conmigo.

Broker miró a Carl y señaló la puerta.

—Espera fuera, Carl.

Carl torció el gesto.

—Vamos, Carl —dije yo—. Bastará con que te quedes en el pasillo.

Carl se levantó. Caminó hacia la puerta. Apenas se le notaba la pierna postiza. El terapeuta que lo trataba estaba haciendo un buen trabajo. Le lancé:

—Ten cuidado con las escaleras, chaval. —Salió y cerró la puerta con fuerza, pero sin llegar a dar un portazo.

—Eres un puto sádico —dijo Broker.

—De eso nada —contesté.

—Burlarse de un chico sin una pierna, muy bonito.

—Tú eres el sádico —repuse—, por contratar a un chaval con una sola pierna. ¿Por qué lo has hecho? ¿Sigues fiel a tu lema de «pon un veterano en tu vida»?

—Ya has visto cómo se mueve, está haciendo un trabajo asombroso. Es mejor con esa prótesis que la mayoría de los tíos con la pierna que Dios les dio. Y además está en forma, es un tipo duro y hábil con las armas. Será bueno.

—¿Haciendo qué? ¿Lo mismo que yo?

—Aún no lo sé. Lo estoy preparando. Es uno de los hombres que tengo en

nómina aquí, en la ciudad. Vigila mi casa y me acompaña como guardaespaldas.

—Bueno, puede que para eso sirva —dije—, pero no le hagas encarguitos. No si quieres que te dure más de un mes.

—¿Ah? ¿No me digas?

—Sí, sí te digo. Quizá sea un tipo duro, pero es irascible. Has visto cómo le cambió la cara cuando me metí un poco con él, ¿no?

Broker se encogió de hombros.

—Quizá en eso tengas razón. No lo sé, lo vigilaré de cerca. Pero sigo creyendo que tiene potencial.

—Crees que le haces un favor al darle trabajo.

—No parece que tú tengas problemas con este negocio.

—No, yo no tengo ningún problema. Y tampoco me metí en esto porque me faltase una pierna.

—Pero perdiste a tu mujer, ¿tan diferente es?

—Sí, siempre puedes conseguir otra mujer.

—Pero no lo has hecho.

A eso no dije nada. Ya iba siendo hora de aclarar las cosas. Metí la mano en el bolsillo y le arrojé un sobre. Dentro estaba la llave de una taquilla. Por supuesto, la llave de la segunda taquilla no, esa la había guardado en un lugar seguro para echar mano de ella más adelante.

—¿Qué es esto? —preguntó Broker.

Se lo conté y le dije lo que había en el interior de la taquilla.

—Dios santo, ¿quieres decir que dejaste la mercancía en el mismo aeropuerto?

—Allí mismo. En el aeropuerto.

Broker pareció enfadarse por un momento.

—¿Y si a la policía le diera por registrar las taquillas? Después de encontrar el cuerpo, por ejemplo, o en caso de que hubiera un aviso de bomba.

—¿Qué? ¿No me digas que estás pensando en volar el aeropuerto?

Broker quería seguir enfadado, pero era evidente que no podía.

—No te entiendo, Quarry —dijo como si fuera un padre decepcionado con las notas de su hijo.

—¿Vas a enviar a Carl a que recoja el paquete? Nosotros podemos esperar aquí.

—Tengo que ir yo mismo.

—¿Tú mismo? Los tienes cuadrados, Broker. Estás viejo para esto, ¿por qué lo haces?

—Confío en mí.

—¿Y en Carl no? Broker, me avergüenzo de ti. Hablar así de tu veterano discapacitado.

—Vete a la mierda, Quarry. Voy a decirle a Carl que entre para hacerte compañía. ¿Alguna objeción?

¿Para qué molestarme?

—No —contesté.

Así que salió Broker y entró Carl. Cogió su silla, se sentó y me dedicó una fiera mirada que sin duda había estado practicando fuera mientras pensaba en mí y en mis comentarios sobre su pierna o la falta de la misma.

Por fin lo soltó:

—¿Qué coño tienes en contra de los tíos a los que nos falta una pierna? —preguntó.

—Una banda de cuatro tíos cojos violaron a mi hermana.

—Joder, vete a la mierda, Quarry, ¿es que no puedes hablar en serio?

—No tengo nada en contra de los tíos con una sola pierna —contesté—. Pero a ti no te soporto.

—Vaya, ¿no me digas? Y... ¿y qué pasa conmigo?

—No me pidas razones. No me pidas nunca que te de razones.

—No creo que haya conocido a ningún tío más cabrón que tú. Eres un puto cabronazo.

—¿Aprendiste a hablar así en el ejército? Menuda boquita. Qué decepción.

—Oh, cállate.

—¿Qué?

—He dicho que te calles.

—¿No te ha dicho Broker quién soy?

—Sí.

—Pues no te la juegues mandándome callar.

—Te mandaré callar si quiero.

—Mándame callar otra vez y te tragas esa pata de palo.

Abrió mucho los ojos.

—No es... no es de madera. No es una pata de palo.

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Una prótesis.

—Lo que sea.

—¿Por qué... por qué coño me odias?

—Yo no he dicho que te odie.

—Oh, ¿entonces?

—He dicho que no te soporto.

—¿Hay alguna diferencia?

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que no malgasto energía odiándote. Pero no puedo mirarte a la cara porque eres un gilipollas y no me gusta mirar a gilipollas... esa es la única explicación que te voy a dar, mejor dejémoslo así.

Y así lo dejamos. Se calló, unió las manos en el regazo y se quedó allí sentado, pensando, intentando comprender qué había hecho para merecer aquel maltrato. No

lo sabía ni yo. Solo tenía claro que aquel chaval iba a morir y por alguna razón, la que fuera, me parecía un desperdicio.

Pero que iba a morir, eso era seguro. Como todos aquellos que entran en este negocio por alguna razón que no sea ganar dinero. No hay espacio para la venganza. No hay lugar para cruzadas. No puedes matar gente porque odias a tu padre, o porque viste a tu madre tirarse al lechero cuando tenías cinco años, o porque cuando cumpliste los seis un abusón te quitó tu coche de juguete o porque quieres recuperar la pierna que algún imbécil te voló porque sí. Solo se sobrevive cuando te da igual. Si tienes que preocuparte por algo, que sea solo por el dinero. El dinero y tu propio culo.

El amanecer despuntaba en el cielo. Yo estaba de pie, frente a la puerta de cristal que daba al balcón, con la cortina descorrida, observando cómo los colores del cielo cambiaban, se reflejaban y temblaban en el agua de la piscina. Esperaba poder bañarme de nuevo antes de irme.

Había pasado más o menos una hora y Carl y yo habíamos dejado ya de buscar temas de conversación. Llegamos a un punto en el que o éramos amables el uno con el otro o nos teníamos que callar, y yo desde luego no me iba a hacer colega suyo. El aire estaba tan lleno de hostilidad que casi sentí alivio cuando oí que alguien daba un solo golpe en la puerta de la habitación. Me acerqué al armario y abrí el cajón donde había guardado la nueve milímetros. La saqué y Carl pareció alarmarse. Caminé hacia la puerta, con el arma a mi espalda.

Broker entró y con un rápido movimiento, le indicó a Carl que saliera, lo que hizo encantado. Guardé la pistola y me senté en la cama. Broker eligió una silla y la acercó hasta donde yo estaba. Se quitó la chaqueta del traje y la dobló sobre su regazo. Posó las manos encima. Me miró. Me miró con dureza, con los ojos acercándose a la nariz, pero sin llegar a cruzarse.

—¿Y bien, Quarry?

—Y bien, Broker.

—Eso era todo.

—¿Me lo dices o me lo preguntas?

—Una sola bolsa. ¿Eso era todo?

—Claro que eso era todo.

—Debería haber más.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y cuánto falta, Broker?

—Otra bolsa.

—Oh.

—Otra bolsa del mismo tamaño.

—Solo había una.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿De verdad?

—¿Cuántas veces voy a tener que contestar a la misma pregunta?

—Hasta que te crea, Quarry.

—Había una bolsa. Una bolsa, Broker. No te engañaría con algo así, lo sabes,

¿verdad?

—Eso creía. ¿Dónde la guardaba?

—Bueno, tuve que cachearlo. Me dijo que se había librado de la mercancía. Que no la llevaba encima. Pero le apreté las tuercas y encontré esa bolsa en el forro de su abrigo.

—Te dijo que se había librado de la mercancía. ¿Te explicó cómo?

—No. La verdad es que no lo creí, por eso no insistí. Y cuando descubrí la bolsa, supe que había estado en lo cierto.

—¿Recuerdas qué dijo?

—No.

—¿Sus palabras exactas?

—No recuerdo sus palabras exactas.

—Quarry... ¿me estás diciendo la verdad? ¿Puedo confiar en que me estás diciendo la verdad?

—No tienes más remedio.

—Si me estás mintiendo, te sacaré la verdad.

—Si te estoy mintiendo, ni tú, ni Carl, ni nadie podría sacarme nada.

Pensó en eso durante un momento. Le apareció un tic, muy suave, bajo el ojo izquierdo; se atusó el bigote. Decidió que lo que le decía era cierto; decidió que Quarry era un tío tan duro que nadie lo haría hablar. Se equivocó. Hay fulanos tan chungos a los que les bastaría una mirada para que les contara todo lo que quisieran saber. Pero Broker no tenía ni idea, así que tampoco importaba.

—Broker —dije—, trabajo para ti desde hace ¿cuánto, ya? ¿Cinco años? ¿Alguna vez te la he jugado?

Broker negó con la cabeza.

—Y —proseguí—, ¿acaso no te dije que no quería verme envuelto en nada que no fuera lo mío? ¿Que solo me encargo de lo mío? Hemos hablado de esto varias veces. Por ejemplo, hace solo unas horas, en el restaurante.

Broker asintió.

—Pues dime qué piensas —le pedí.

Broker dudó. Luego posó las manos sobre las rodillas y dijo:

—Creo que lo mejor será que lo olvidemos todo.

—Bien.

—Creo que deberíamos olvidar este asunto y pasar a otra cosa.

—Bien.

Broker pareció relajarse; el tic había desaparecido. Se atusó de nuevo el bigote, pero de un modo diferente.

—El trabajo de esta tarde, en el aeropuerto, fue un poco precipitado. Ya sé que te había llamado para otra cosa, pero como estabas disponible, me pareció más prudente que te encargaras tú, en lugar de llamar a alguien de la ciudad, como Carl, que probablemente no resolvería el asunto de forma profesional, como haces tú.

—Gracias por los cumplidos —le dije—. Bueno, ¿qué pasa con el trabajo que ibas a encargarme antes de que surgiera esta otra cosa?

Broker asintió y dijo:

—Tu socio ya se está encargando de los preliminares.

—¿Boyd ya está ahí?

—Sí, el señor Boyd lleva en ello una semana. Mañana te puedes reunir con él...

—Broker consultó su reloj—. Bueno, debería decir esta misma tarde.

—¿No me digas que está por aquí?

—No. Un golpe tan cerca de casa... de mi casa, ya es bastante peligroso, imagina dos. Pero estarás más cerca de lo que sería deseable. A unos cincuenta kilómetros de aquí, en una pequeña ciudad de unos veinte o veintidós mil habitantes, en Iowa.

—¿Port City? —pregunté.

—Sí. ¿La conoces?

—De pasada. Conocerla, conocerla, no. No es más que otra ciudad junto al río, más pequeña y más antigua que otras en las que he trabajado.

—El asunto es muy sencillo, la verdad. Necesitarás tres días, a lo sumo cuatro.

—Bien.

Broker desdobló la chaqueta y sacó un sobre del bolsillo interior.

—Dentro hay una hoja de papel con un número de teléfono.

Cogí el sobre, lo doblé y lo metí en el bolsillo de mi camisa.

—¿El número de Boyd?

Broker asintió.

—¿Motel, hotel, o qué?

—El teléfono del lugar desde donde está haciendo el seguimiento. Es donde pasará la mayor parte del tiempo.

—¿Un teléfono en el puesto de vigilancia? Eso es poco habitual.

—Sí, es una situación ideal para ti, Quarry, como unas vacaciones pagadas.

—Trabajar no entra dentro de mis vacaciones soñadas, ni tampoco Port City.

—Pues tómatelo como un encargo fácil. —Broker se levantó, se puso la chaqueta y la alisó con las manos—. Siento los problemas surgidos con el otro asunto.

—No te preocupes, Broker.

—Siento que te pareciera un trabajo ofensivo. Lo tendré en cuenta e intentaré que no intervengas en nada parecido en el futuro.

—Bien.

—Disfruta de tu estancia en Port City.

—Yo no disfruto con mi trabajo, Broker. Me limito a hacerlo.

Broker sonrió.

—Y lo haces bien, Quarry. Y lo valoro. Ni siquiera me has preguntado cuánto te voy a pagar por este.

—No importa. Estoy seguro de que ya se lo has dicho a Boyd. Así tendremos algo de qué hablar.

Broker caminó hacia la puerta.

—Quarry.

—¿Sí?

—Quiero preguntarte una cosa.

—Adelante.

—¿Por qué te molesta tanto que haya contratado a Carl?

—No me molesta lo más mínimo —contesté.

Negó con la cabeza, se encogió de hombros y abrió la puerta. Carl estaba fuera, esperándolo. El chaval me miró, le hice la señal de la paz y cerré la puerta.

Dejé la zona de Quad Cities a las tres y media de esa misma tarde. Conduje por la parte de Illinois, por una carretera con un tráfico moderado en una zona de terrenos agrícolas llena de cosechadoras; de vez en cuando aparecían algunas arboledas que se mecían verdes y gráciles en la suave brisa de la tarde como unas bailarinas gigantes y amorfas que intentarían tocarse la punta de los pies sin conseguirlo.

Crucé el puente en suspensión sobre el río Misisipi, que más que en suspensión me pareció en suspenso porque era una reliquia de madera estrecha y desvencijada que tenía que datar de una época en la que aún se usaban carruajes, y me encontré en el corazón financiero de Port City. Decidí pasar una hora conduciendo sin rumbo fijo por la ciudad; tras lo cual me pareció que para no ser de la zona, la conocía bastante bien. Y ¿por qué no iba a ser así? Era igual que otras mil ciudades pequeñas. Parecida al lugar donde crecí.

Port City estaba construida sobre dos colinas entre las que se encontraba el centro, con dos zonas en expansión a cada lado; una al norte, con un próspero vecindario y una gran zona comercial, y otra al sur, con una barriada que sería la vergüenza de la Cámara de Comercio. Esta última sección de la ciudad se llamaba, de hecho, South End, y solo bajo los patrones de una ciudad pequeña del Medio Oeste americano se podría calificar como barrio marginal; en ciudades grandes, acostumbradas a guetos y zonas muy pobres, South End habría sido un barrio residencial. Desde el punto de vista de Port City, era una ofensa para la vista que solo se salvaba por el tímido crecimiento comercial que despuntaba en su extremo más meridional.

East Hill mostraba los estragos del paso del tiempo, pero conservaba cierta distinción. Los edificios eran de ladrillo o madera, de dos plantas y muy de clase media. West Hill, sin embargo, fue en otra época el hogar de la élite y sin duda seguía siéndolo hasta cierto punto; mientras que los nuevos ricos quizá decidieran mudarse a los barrios más elegantes que ahora jalonaban el extremo noroeste de la ciudad, la vieja guardia probablemente se contentaba con permanecer en sus distinguidas pseudomansiones de West Hill, auténticas bellezas del siglo XIX llenas de carácter. Muchas de las mejores disfrutaban de increíbles vistas sobre la orilla del río donde se levantaba Port City.

El centro, en el valle entre las dos colinas, rodeado a ambos lados por fábricas, se erigía como símbolo de lo que en su día fue el centro financiero de la ciudad; los antiguos edificios con fachadas recientemente remodeladas en los negocios de la planta baja parecían viejos lugareños presumiendo de dentaduras postizas recién estrenadas. Este lavado de cara colectivo estaba sin duda inspirado por el centro

comercial del norte de la ciudad, mientras que en East Hill se concentraban las franquicias de restaurantes, gasolineras, moteles y concesionarios de coches.

En el centro, había un edificio que hacía esquina, frente a dos iglesias y una oficina de correos, y que parecía un colegio de primaria prefabricado que se les hubiera ido de las manos. Era la YMCA o Asociación de Jóvenes Cristianos. Junto a la aburrida y estéril Y, y extendiéndose hacia la otra esquina, había un gran edificio gótico de ladrillo, con una larga escalera que, dividida en tres tramos, conducía hasta unas puertas en arco: la biblioteca municipal. La estaban derribando. Un tío dentro de la cabina de un monstruo de metal estrellaba una gran bola de acero contra un lado de la construcción, arrancando un gran quejido cada vez que se producía un impacto. Había algunas personas cerca, observando, apoyadas contra una valla que rodeaba la zona de trabajo; un cartel justo detrás de la valla, a la izquierda, mostraba un plano del proyecto de la nueva biblioteca, idéntico al vecino edificio de la YMCA, pero más grande y con más ángulos absurdos. Quizá fuera el diseño de algún programa informático. La mayoría de la gente miraba con indiferencia, otros parecían ligeramente cabreados. Un chaval con el pelo largo le hizo una peineta al tío que manejaba la máquina de demolición. Menudo payaso. Si tienes que hacerle la peineta a alguien, házsela al fulano que ordenó que echaran abajo la biblioteca; insulta al gilipollas que impone a la ciudad otra biblioteca, al alcalde cuyo cuñado dirige una fábrica de cemento, o al constructor que conseguirá una obra mejor en otra parte gracias a que levantó una biblioteca en Port City, o al concejal cuya empresa se encargó de toda la obra eléctrica, o a cualquiera de los burócratas hijos de puta que la están liando aquí. No al tío que maneja la máquina.

Aparqué frente a la YMCA y entré. La fachada del edificio era de ladrillo marrón claro y la zona de recepción era más o menos igual, con un ribete de metal azul y techos blancos con bordes en metal negro. Tenía un atmósfera acogedora, como la de un reformatorio remodelado por un constructor que quisiera más dinero del que le estaban pagando. Supe que la piscina no podía estar muy lejos porque el aire estaba impregnado de cloro y había niños pequeños envueltos en toallas correteando y chocando entre sí y contra cualquier cosa. Una mesa-fortaleza de tres cuerpos cerraba y protegía una oficina cuya puerta sin cristal estaba cerrada. De pie, detrás de la mesa de recepción, apoyado en ella y leyendo un *Zap Comix*, había un hombre relativamente joven, delgado, con el pelo largo y totalmente blanco salvo por algunos mechones oscuros y una frondosa barba haciendo juego. El bigote y las cejas, sin embargo, eran negros. Llevaba una camisa de manga larga y estampado de cuadros, como de leñador. Ni la camisa ni la barba parecían propios del verano, aunque quizá el tipo estuviera casi siempre dentro de lugares con aire acondicionado. Ahora ya sabía la pinta que debió de tener Gabby Hayes cuando era joven, algo que tampoco es que me quitara el sueño.

—Voy a pasar unos días en la ciudad, ¿tiene alguna habitación libre? —pregunté.

El hombre asintió con la cabeza. Al mirarlo más de cerca, me di cuenta de que

disfrutaba con la lectura del cómic: tenía arrugas alrededor de los ojos y el bigote parecía doblarse hacia arriba en sus extremos.

—¿Podré utilizar la piscina mientras me aloje aquí?

—¿Para nadar? —dijo, mirándome por fin, pero sin escucharme.

—No —contesté—, por si me despierto con sed en mitad de la noche.

—Claro que puede utilizar la piscina. —Volvió a bajar la vista hacia el cómic, luego prosiguió—: Pero tendrá que consultar los horarios. Hay clases de natación por las tardes y los sábados por la mañana. Los miércoles se celebra la noche del Hombre de Negocios y los jueves la Noche en Familia.

Me pregunté qué amenaza podría suponer mi presencia para la Noche en Familia, pero lo dejé correr.

—¿Cuánto debo pagar por adelantado?

—El precio de una noche. Cuatro.

Le di cinco y me devolvió el cambio. Me pidió que firmara en un registro y cogió una llave de un tablero pegado en la pared, cerca de la puerta de la oficina.

—La habitación está en el piso de arriba —dijo alzando el pulgar mientras volvía a concentrarse en el cómic. Seguí la dirección de su dedo hacia la escalera que había al final del pasillo.

Arriba, en la planta de las habitaciones, encontré un teléfono público junto a una máquina de Coca-Cola. Usé ambos. Mientras sorbía de la lata, marqué el número que Broker me había dado.

—¿Sí...?

La dubitativa voz era la de Boyd.

—Ya estoy aquí.

—Hola, Quarry. Qué bien.

—¿Qué tal va?

—Todo tranquilo. ¿Te acuerdas de Saint Louis?

—Sí.

—Pues así. Incluso más.

—¿Dónde estás?

—¿Conoces la ciudad?

—He dado una vuelta en coche.

—¿Recuerdas si pasaste por delante de un sitio llamado Binelli's?

—¿Un estanco?

—Sí, con bar incluido.

—¿Hay un sitio de tacos al otro lado de la calle?

—Eso es. Es el edificio junto a Binelli's. Un quiropráctico tiene su consulta en la planta baja. Yo estoy en la tercera.

—¿Entro por delante o por detrás?

—Hay una entrada por delante, pero será mejor que vengas por el callejón. Hay una escalera de madera que va a dar a la puerta trasera.

—¿Me necesitas ahora mismo?

—En realidad, no.

—Pues entonces, deja que me instale. Que duerma una hora o dos. Estaré por allí a eso de las siete, ¿vale?

—Vale. Eh, ¿Quarry?

—Qué.

—¿Te gustan los tacos?

—No especialmente.

—Pilla unos cuantos cuando vengas.

—Oh, joder.

—Venga, el aroma de los tacos esos me está volviendo loco. Venga, compra un par, joder. Estoy harto de comer lo que cocino.

—¿Cocinas ahí?

—Claro. Y también duermo aquí. Y hay espacio para uno más, Quarry. Aunque supongo que estarás en la asociación de cristianitos.

—¿Pero qué haces, duermes en el suelo?

—Parece que no me conoces. Hay un par de camas.

—¿Camas? ¿Y cocina? ¿Qué clase de puesto de vigilancia es ese?

—Ven y lo verás.

—Vale. A las siete.

—A las siete, y trae unos tacos, Quarry.

—Ya veremos.

Colgué, terminé la lata de Coca-Cola y la tiré a un cubo de basura. Luego entré en mi habitación. Estaba limpia y el mobiliario era nuevo, pero tenía el tamaño de un armario. El suelo era de baldosines y tenían marcas de pisadas, y los muebles, los pocos que había, eran de esa madera que parece plástico. Deshice la maleta y guardé mis cosas en el armario, salvo la nueve milímetros que dejé, junto con otros objetos, en el maletín cerrado, debajo de la cama. Me puse el despertador para una hora después y me preparé para echarme una siesta. Cuando sonara el despertador, bajaría a ver si la piscina estaba libre. Después de nadar un rato, me reuniría con Boyd.

Boyd era homosexual. Creo que es mejor dejar eso claro desde el principio en lugar de pasarlo por alto. Perdía aceite por un tubo, pero jamás intentó nada conmigo, así que me importaba un comino. Era su vida.

No podía evitar preguntarme si Broker estaba al tanto de sus inclinaciones sexuales cuando nos hizo formar equipo. Más tarde, cuando le conté lo de Boyd, se hizo el sorprendido y me preguntó si prefería trabajar con un compañero diferente, pero le contesté que no, gracias, que Boyd ya era bastante diferente. Después de pensarlo durante un rato, decidí que Broker se había hecho el loco, ya que siempre investigaba a fondo a todos los hombres que contrataba. Por alguna razón pensó que no me importaría, mientras que quizá a algún otro sí. Tenía razón. Boyd podía acostarse con ovejas si le apetecía, mientras no jodiera el trabajo o a mí.

Desde el principio sospeché de sus gustos sexuales, y él lo debió de notar porque no llevábamos mucho trabajando juntos cuando me lo confesó. Pero me dijo que no me preocupara, que estaba «casado», y que no le iba lo de poner cuernos a su pareja. Por las cosas que me fue contando después, con los años, supe que su «pareja» era un peluquero que vivía en alguna ciudad del este.

Boyd era un profesional y no dejaba que sus inclinaciones interfirieran en el trabajo. Por supuesto, pensé bastante en las connotaciones sexuales que tenía este oficio; principalmente la idea de meter una bala en el cuerpo de un hombre como símbolo de la penetración y toda es mierda freudiana. Pero la verdad, Boyd era tan frío como yo cuando se trataba de cumplir con la misión encomendada; no disfrutaba con el trabajo, o al menos no lo parecía. Otro detalle: prefería la posición de apoyo, lo que por lo general no conllevaba violencia. El apoyo se encarga de la vigilancia, se hace con los horarios de la víctima, y cubre al tío encargado de hacer el trabajo, alguien como yo. Cada cuatro misiones, Boyd hacía de asesino y yo de apoyo, para que no perdiera el toque en caso de que nuestro equipo se deshiciera y tuviera que trabajar con otro.

Lo curioso es que, mirándolo, uno jamás adivinaría sus gustos. Tampoco había nada en su personalidad que lo delatara, a no ser que uno lo observara con mucha atención. Era un hombre bajo, no llegaba al metro setenta, pero tenía espaldas anchas y estaba fuerte. Sus rasgos eran rudos, con una nariz rota en dos ocasiones en sendas peleas de bar, y una cara plana y con cicatrices que parecía haber visto casi de todo. Tenía el pelo espeso, marrón y rizado, el bigote y las cejas muy poblados, los ojos negros como el metal de una pistola y la mirada dura. Las pestañas eran lo único remotamente femenino, eran largas y oscuras, pero parecían darle un aire de moreno atractivo y rudo que volvía locas a las tías.

Y esa fue una de las razones que me llevó a descubrir que era lo que era. En más de una ocasión, estando en un bar, alguna mujer atractiva intentó ligar con él. No hablo de putas feas, ni nada de eso, sino de mujeres guapas. Pero Boyd no les hacía ni caso. No es que se mostrara frío, es que parecía que le dieran asco. Esto ocurrió cuando quedamos, a instancias de Broker, para ir conociéndonos y ver si podíamos formar equipo. Y fue en esas ocasiones en las que lo vi rechazar casi indignado a material de primera. Si se hubiera comportado de igual manera más adelante, mientras trabajábamos, no habría atado cabos; hay tíos que prefieren no tener sexo cuando están en una misión. No es mi caso, pero lo puedo comprender. Se dice que los boxeadores viven como monjes durante uno o dos meses antes de una pelea. Personalmente creo que mientras llega el momento de hacer mi trabajo, un buen polvo me ayuda a liberar la tensión que se va acumulando bajo la piel.

Boyd y yo nos llevábamos bien. Era un tío de trato fácil, muy poco exigente. Muy majo, y normal en todos los sentidos. La clase de tío que anima a su equipo favorito y se enfada cuando pierde un partido. La clase de tío que siempre pide una Budweiser. La clase de tío que se pone un traje marrón arrugado y luego intenta animarlo un poco con una corbata colorida aunque pasada de moda.

Pero lo respetaba porque hacía bien su trabajo. Él pensaba lo mismo de mí. Era muy bueno como apoyo porque parecía tener un don natural para la observación, algo de lo que yo carezco. Yo enseguida me aburro. Las vigilancias me dan sueño y consecuentemente suelo perderme cosas, y eso es peligroso. Pero Boyd podía seguir a un hombre, incluso en una ciudad pequeña como Port City, sin que se diera cuenta. Supongo que su estatura ayudaba, aunque su aspecto era lo bastante peculiar como para atraer la atención. Y no es que yo sea un tío muy grande, pero para seguir a alguien hay que ser paciente y saber moverse a hurtadillas. Boyd no solo era paciente, sino un experto en escabullirse. Trabajar con él era una gozada.

Sin embargo.

En nuestro último encargo, hacía un par de meses, se mostró bastante apático. Por las pocas cosas que me contó, deduje que su «matrimonio» hacía aguas. Además, bebía durante las vigilancias. No es que se emborrachara ni nada de eso, pero beber cerveza, sobre todo si es una tras otra, puede atontar los sentidos. Y los sentidos tienen que estar a tope cuando trabajas de apoyo, ¡por el amor de Dios!

Eso no me gustó. No es que tuviera miedo de que me tirara los tejos, ni nada por el estilo, no era eso. Tenía miedo de que cometiera un error. Algún fallo que acabara siendo fatal para los dos.

Después de nadar, subí a mi cuarto, me vestí y comencé a pensar en Boyd y en cómo se había comportado. Por teléfono sonó normal, pero había algo de pasotismo en el tono de su voz... Por alguna razón sabía que aquel sería mi último trabajo con él.

Pero primero había que terminar lo que teníamos entre manos, fuera lo que fuera. Aunque antes, debía comprar los putos tacos.



Subí los escalones de madera y me detuve en el rellano de la segunda planta para echar un vistazo al interior: nada, el apartamento situado debajo del de Boyd estaba vacío. Eso era bueno. Seguí subiendo hasta el siguiente rellano y llamé a la puerta. Estaba abierta. Eso no era tan bueno. Entré, cerré la puerta tras de mí y atravesé en silencio y sin vacilar el apartamento, que tenía tres habitaciones grandes dispuestas en fila, como si fueran vagones de tren; cocina, dormitorio y cuarto de estar. Los muebles eran modestos pero estaban bien, con cierto inequívoco aire femenino en los colores, e incluso un vago perfume en el ambiente, sobre todo en el dormitorio. Un apartamento agradable y superior a la media del que alguien había hecho su hogar.

Encontré a Boyd en el cuarto de estar, sentado junto a las ventanas dobles que daban a la calle. Las luces de neón y las farolas iluminaban de forma tenue la habitación. Estaba apoyado contra la pared, el tronco girado hacia mí, la cabeza vuelta para poder mirar por la esquina de la ventana; si yo me sentase así acabaría con una tortícolis que el quiropráctico de la planta de abajo tardaría un mes en curar, pero Boyd siempre adoptaba esa postura cuando estaba de vigilancia, con una almohada entre la espalda y la pared, y otra debajo del culo. A sus pies había un libro de tapa blanda abierto, con la portada hacia arriba, junto a una lata de cerveza; la novela se llamaba *Amor a media luz* y la cerveza era una Budweiser. Llevaba unos pantalones marrones anchos y una camisa de manga corta amarilla con una corbata verde. Necesitaba un corte de pelo. Le lancé la bolsa con los tacos.

Se sobresaltó. No habría saltado más alto si le hubiese pegado una patada en el culo. Algo que no pensaba hacer, no le fuera a gustar.

—¡Joder! ¡Joder! —dijo—. ¡Quarry!

—Tú, atontado —contesté—. ¿Cómo dejas la puerta de atrás abierta?

Torció el gesto, pero antes de que el cabreo se apoderara de él, captó el aroma de los tacos y sonrió. Cogió la bolsa, la abrió, miró en su interior y dijo:

—Qué majo eres, tío. Me has traído los tacos, ¿eh?

—Hola, sí, te he traído los tacos. Bueno, ¿y qué pasa con la puta puerta?

Hizo una pedorreta con los labios.

—¿Quién más va a aparecer por aquí, Quarry? Dejé la puerta abierta hace cinco minutos. No te sofoques.

—Me preocupo por ti, Boyd.

—Oh, no me vengas con esas.

—¿No se supone que tienes que mirar por esa ventana?

—Eh, ¿qué pasa? ¿Es qué ahora eres el jefe o qué?

—No me busques las cosquillas, Boyd.

El cabreo regresó y se manifestó.

—¡Joder! Llevo aquí encaramado, con el culo destrozado y mirando por la ventana toda la puta semana, a ver cuándo haces tú lo mismo...

—Así que ese es tu truco, vigilas por el ojo del culo.

—Oh, que te jodan. Me voy a la cocina a comerme los tacos.

—Adelante.

—Pues claro.

—Pero antes, quizá me quieras decir a quién debo vigilar.

—Oh, sí. Es un tipejo canijo, de un metro setenta.

—O sea, un tío tres centímetros más alto que tú, quieres decir.

—Dios, pero qué cabrón eres.

—Sí, bueno. Cuéntame más cosas de él.

—¿Más? A ver, es un tipejo un poco topo. Siempre lleva gafas oscuras. Suele vestir con pantalones grises y una chaqueta de punto verde.

—¿Una chaqueta de punto? ¿En verano?

—Sí. Y la chaqueta tiene un dibujo de rombos en tonos grises. La verdad es que parece un puto calcetín de rombos. —Boyd soltó una risilla.

—Joder, pero si estamos a veintisiete grados.

—No, esta noche ha refrescado, pero ese tío no se quita la chaqueta ni cuando hace calor de verdad. Hace dos días estábamos a treinta y tres, y seguía con la cosa esa puesta.

—Qué raro.

—De verdad, en esta ocasión le vamos a hacer un favor al mundo.

—¿Y qué tenemos que hacer, vigilar su apartamento o qué?

—Sí. Está en el edificio de enfrente, pero un piso más abajo. Su apartamento está justo encima de la lavandería, y debajo de otro apartamento vacío.

Me acerqué a la ventana y me apoyé de lado contra la pared. Aquel era un extraño barrio comercial. Estaba un poco apartado del centro, en una de las calles perpendiculares al río y junto a una depresión donde las fábricas y los bloques de oficinas lo cubrían todo hasta las estribaciones de East Hill. En la esquina, a la derecha, una moderna tienda ocupaba un cuarto de la manzana. Su gran escaparate estaba lleno de objetos de regalo. A su lado había un bar incompatiblemente vulgar, luego estaban las oficinas de Veteranos de Guerras en el Extranjero, otro bar, el restaurante de tacos, la lavandería y un lavado de coches automático.

—¿En el segundo piso, allí? ¿Donde hay una luz amarillenta encendida?

—Sí. No ve bien, lleva siempre gafas oscuras, recuerda, y por lo que he visto, todas las luces de su apartamento son amarillas, como esa.

—¿Tienes claro cuáles son sus costumbres?

Boyd asintió con seguridad.

—No saldrá hasta las nueve menos cuarto. Entonces caminará hasta esa tienda y se tomará un refresco. O al menos eso es lo que ha hecho las dos veces que lo seguí y

lo observé de cerca.

—Un refresco.

—Sí. Gracias a Dios que aquí tenía la nevera llena de cerveza, porque si no me habría vuelto loco al pasar por delante de un bar y tener que entrar en una tiendecilla a por un refresco. —Mientras meditaba sobre ello, Boyd se acercó y se inclinó para coger su lata de cerveza, luego, como pensándolo mejor, recogió la novela también y dijo—: Échale un vistazo durante un rato. Grita si se marcha o hace algo.

Me senté. No había necesidad de hacer el contorsionista, como Boyd. Vigilarlo desde donde estaba era fácil, ya que nuestra ventana del tercer piso estaba muy por encima del nivel de la calle, y también más alta que la segunda planta del edificio de enfrente.

—¿Quarry?

—¿Sigues aquí?

—Me alegro de verte.

—¿Ah, sí?

—Estás cabreado, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué estás cabreado?

—Por nada.

—Porque la última vez te decepcioné, ¿verdad?

—No me decepcionaste.

—Sí. Piensas que no vigilé al tío de Toledo como Dios manda. Piensas que si hubiera hecho bien mi trabajo, esos que aparecieron en la casa de al lado no habrían estado a punto de ver como salías de allí.

—Ya hemos hablado de ese tema.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—De verdad, Quarry, puedes vigilar al objetivo durante una semana, o dos, puedes saberte su vida de memoria, pero siempre puede ocurrir algo inesperado, ¿sabes? Joder, podrías tirarte un año vigilando a alguien y aun así llevarte una sorpresa. Es lo inesperado, ¿sabes? Hay que estar preparado para eso.

—Se te van a enfriar los tacos.

—Vale. ¿Cuánto te debo?

—¿Por qué?

—Por los tacos.

—¡Joder!

—Vale, vale. —Y salió de la habitación arrastrando los pies.

Me volví y miré por la ventana. Una sombra pasó lentamente por las ventanas amarillas al otro lado de la calle. Después nada. Seguí observando.

La ventana amarilla se volvió negra.

—Acaba de apagar la luz, ¿verdad?

Incliné la cabeza y miré a Boyd. Consultaba su reloj con una sonrisilla temblona bajo aquel bigote rizado y oscuro. Estaba fardando: desde donde se encontraba, sentado en el sofá que se apoyaba contra la pared a mi espalda y bebiendo la última Budweiser, no podía ver que se había apagado la luz en la ventana. Pero quería demostrarme el gran trabajo que había hecho, lo bien que conocía las costumbres del objetivo. Cómo con solo consultar el reloj podía decirme lo que estaba haciendo aquel tipo. Casi podía sentir en mi cara el calor de su achispada satisfacción.

—Sí —contesté, girando la cabeza, dándole la espalda a Boyd y sin dejar de observar al objetivo.

—Pues si quieres puedes dejarlo ya.

—Ya.

—No va a encender las luces. Ni tampoco saldrá más. Tiene un reloj interno, te lo juro. Y bastante aburrido, por cierto.

Miré a Boyd. Me senté, apoyé los hombros contra la pared, crucé los brazos y dije despacio:

—Quizá lleves haciendo esto demasiado tiempo.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—Quiero decir que te estás volviendo descuidado. —Miré por la ventana, como si siguiera vigilando el apartamento al otro lado de la calle, solo para que Boyd se diera cuenta de que ya no confiaba en su juicio.

—Bah, y una mierda, Quarry. Y una mierda. Eres tú quien lleva demasiado en esto. Te estás volviendo viejo y paranoico.

—¿Me estoy haciendo viejo? Joder, pero si me sacas quince años, Boyd.

—La edad es un estado mental.

—¿No me digas?

—Por supuesto que sí. Fíjate en el objetivo —dijo, señalando la ventana—. El día que nació ya era un vejestorio. Se supone que tiene treinta y cinco años, pero camina encorvado, arrastrando los pies y con la cabeza gacha como si estuviera buscando un hoyo donde meterse para palmarla. No es un hombre, es una lápida andante.

Cuando dijo eso tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no reír. Porque mientras hablaba, lo veía despatarrado sobre el sofá, inclinado en uno de sus brazos como un cadáver que algún morbosos estuviera utilizando como el muñeco de un ventrílocuo.

—Quizá va siendo hora de que me cuentes algo más sobre él —le dije.

Boyd asintió y se incorporó un poco.

—Treinta y cinco, más o menos, como ya te he dicho. Soltero. No tiene amigos que yo haya visto. Ni vida social alguna. Trabaja a deshoras, media jornada, en una fábrica en South End.

—¿Qué clase de fábrica?

—Tiene que ver con comida. Entra a las cinco de la mañana y sale a eso de las diez. Pasa el resto del día caminando por el centro.

—¿Todos los días?

—Sí. Y no creas que me ha hecho gracia levantarme todos los días a las cuatro de la mañana como el *pringao* de enfrente, joder.

—¿Qué hace por las tardes, exactamente? Cuando pasea por el centro.

—Oh, tiene su recorrido bien fijado. Después del trabajo va a Woolworth's para comer. Llega allí a eso de las once, de esa forma se ahorra el jaleo del mediodía y tiene a las camareras para él solo. Le gusta meterse con ellas, pero de buen rollo. Ellas se ríen de él a sus espaldas, pero lo tratan bastante bien. Después, sale de Woolworth's y va a la heladería Baskin-Robbins en el Centro Port City.

—¿Te refieres al centro comercial?

—Sí.

—Joder, pues es un paseo.

—Dímelo a mí. Bueno, va hasta allí y se toma un banana split, aunque el chaval gordo que lo atiende se parte el culo cada vez que entra en el local. Pero él no parece enterarse, o al menos no le importa. Cuando termina, vuelve al centro. A esas alturas ya son las dos y media. Va a un lugar llamado Hermann's, que es la típica tienda en la que encuentras de todo. Un sitio donde menos medicinas, venden cualquier cosa, desde tampones hasta cómics. Además, tiene un dispensador de refrescos. Allí se sienta, se toma una Coca-Cola y molesta a las empleadas, que lo soportan como pueden. Después de una hora, a eso de las tres y media, se marcha hacia el hospital, donde se toma una porción de tarta en la cafetería. Le gusta ir allí porque las camareras cambian todos los días; son amas de casa que trabajan como voluntarias en el hospital y siempre lo tratan bien. Tienen vocación de servicio público y no lo van a volver a ver más, no como las camareras con las que se suele meter. A las cuatro y cuarto, se encamina de nuevo hacia el centro y hasta el Port City Journal donde compra el periódico recién salido de la imprenta en el expendedor que está justo a la salida. A las cuatro y media vuelve a su apartamento, donde lee el periódico o se hace una paja, o lo que sea. Bueno, vuelve a salir a eso de las seis y media y ahí es cuando el día se vuelve interesante: escoge, al azar, en qué restaurante va a cenar. Al azar quiere decir que elige entre cuatro lugares, pero en esta ocasión tengo que admitir que no sigue una pauta determinada, porque en la semana que lo he estado siguiendo, ha estado alternando entre los cuatro de forma irregular.

—¿Y qué pasa los domingos?

—Pues solo puedo hablar de un domingo, pero creo que todos son iguales. Va a la

iglesia metodista y se sienta en uno de los bancos del final. Se pone una cazadora gris y unos pantalones marrones. Luego va a la tienda de la esquina, se toma un refresco y compra el *Chicago Tribune* y el *Des Moines Register*. Después desaparece en su apartamento hasta las tres, cuando sale hacia el parque para ver el partido de la Little League de las cuatro. Cuando termina, camina hacia el estadio de South End... otro paseíto... y allí ve el partido del equipo semiprofesional de las ocho. Para cenar, se compra un perrito caliente en el estadio. Y aquí utilizo el término estadio con bastante generosidad.

Me rasqué la cabeza.

—¿Siempre va caminando a los sitios?

—A no ser que alguien se ofrezca a llevarlo. Lo que no suele pasar.

—Quizá le guste caminar.

—Quizá. En cualquier caso, no tiene coche.

—¿Qué crees que hace en la fábrica?

—No estoy seguro, pero debe de ser algo relacionado con los trabajos de limpieza o algo así. Está allí entre turnos. Hay un turno de trabajo que termina a las cinco, cuando él entra, y luego otro que comienza a las diez, que es cuando él se va. Como la fábrica se dedica a la alimentación, quizá limpie recipientes o algo así. No he podido estudiar esa fábrica de cerca.

—¿Es un lugar grande?

—No especialmente. Un edificio de una sola planta, de tipo medio. Con unos veinte trabajadores en cada turno.

—No lo entiendo.

—Ni yo.

—¿Por qué iba nadie a querer cargarse a un fulano así? ¿Para qué matar a un tío que no tiene vida?

—Eso ya no es asunto nuestro.

Aquella fue la primera cosa sensata que Boyd había dicho en bastante tiempo y casi consiguió que recuperara mi fe en él. Casi.

—Tienes razón, quién nos contrata y por qué no es asunto nuestro. Quizá todo esto sea idea de las camareras, ¿quién sabe? A nosotros nos da igual. Pero...

—¿Pero?

—Pero todo esto me da mala espina. Como este lugar... ¿Qué haces en un puesto de vigilancia donde se puede cocinar e incluso dormir? ¿Qué haces en un apartamento como este, amueblado, donde evidentemente ha vivido gente?

—Ni idea. ¿Qué más da? Solo sé que Broker me dio esta dirección y la llave de la puerta de atrás. No me explicó nada, salvo que era un lugar seguro. Me dijo que dijera que le había alquilado el apartamento a... —Se quedó pensando—. Bueno, ahora no recuerdo el nombre, pero lo tengo apuntado en algún sitio. Una Carol no sé qué, o algo así.

Mal asunto. Joder, Boyd estaba perdiendo su toque.

—De todas formas, Broker dijo que el dueño del edificio y la tía a la que supuestamente se lo estoy alquilando se inventarían alguna historia en el caso de que algún agente de la autoridad hiciera preguntas. Mientras tanto, claro está, tendría tiempo de largarme de aquí y todo quedaría cancelado.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—En realidad, no.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que lo sabe Broker y supongo que el que nos contrató.

El procedimiento operativo estándar o POS decía que no debíamos conocer la identidad del cliente. Las razones eran varias, la mayoría resultan bastante obvias y casi todas tenían que ver con proteger al tío que nos iba a pagar. Pero también implicaba que no sabíamos nada de sus motivos.

Otro aspecto del POS implicaba que Broker, el intermediario con el que contactaba el cliente, recibía un veinticinco por ciento del pago, que era su tarifa; después, en un punto de recogida designado, nos entregaba nuestra parte. Pero solo después de haber tenido tiempo de realizar una vigilancia previa para decidir si el trabajo se podía hacer. Si por ejemplo Boyd identificaba a la víctima y decidía que era imposible eliminarla o que resultaba demasiado arriesgado, nosotros nos retirábamos y Broker devolvía el dinero, salvo una pequeña cantidad destinada a compensarnos por el tiempo empleado. Si Boyd, o alguien como él, daba el visto bueno, se fijaba una fecha, se contactaba con el cliente de una manera u otra, y este hacía el resto del pago. Antes de realizar el trabajo. Aquí o se paga por adelantado o nada. Al menos así actuaba yo. Y Boyd también.

—Oye —le dije—, ¿se ha fijado el lugar de recogida del dinero?

—Claro que sí.

—¿Dónde?

—En un cubo de basura que está justo aquí detrás, el día del golpe.

—¿Ya se ha fijado fecha?

—Sí. Llamé ayer.

—¿No crees que deberías haber esperado? Para decidir juntos, como siempre.

—Joder, esto está chupado, Quarry. Venga, hombre. De todas formas, le dije a Broker que si tú no estabas de acuerdo lo llamaría y lo informaría del cambio de planes, si es que lo había. Eso lo decidimos tú y yo.

—Vale —dije—. Pero no me gusta la pinta que tiene esto, no me da buena espina, no sé.

—Estás paranoico.

En ese momento parecía muy joven, con el pelo rizado y las cejas y el bigote brillantes por la gomina, como un chaval disfrazado de adulto en Halloween.

—Te voy a decir una cosa, Boyd.

—¿Qué?

—Has cambiado. No sé por qué. Quizá sea algo de tu vida personal. No lo sé,

pero como no vuelvas a ser tú mismo... y con eso me refiero a ser el tío eficiente de antes... tú y yo nos vamos a divorciar.

Boyd se incorporó. Incluso en la oscuridad pude ver que su rostro había perdido color.

—Llevamos juntos mucho tiempo, Quarry.

—Lo sé —dije—. Quizá demasiado.

Bunny's era un bar-restaurante a las afueras de South End, con una pizzería a un lado y una lavandería al otro, y entre los tres ocupaban espacio suficiente para cubrir una manzana y media. Los locales de aquella zona de Port City estaban limpios y casi todos eran de reciente construcción. Bunny's no era una excepción; un edificio de una sola planta de madera oscura, levantado sobre una pequeña colina verde y rodeado por un aparcamiento casi absurdamente grande. Las amplias ventanas con cristales ahumados que daban a la calle no lucían ni un solo cartel donde se publicitara marca de cerveza alguna. A ambos lados del edificio, iluminado y con grandes letras azules, se leía el nombre del local, Bunny's.

Eran casi las once y media cuando detuve el coche en el aparcamiento que me había parecido exageradamente espacioso cuando pasé por delante aquella tarde, pero que ahora estaba lleno. No fue fácil encontrar un sitio donde aparcar. Al final dejé el coche a bastante distancia de la entrada y aun así me consideré afortunado. Mientras avanzaba hacia la zona del bar, podía oír la música rock que se escapaba del local, y cuando unos clientes abrieron la puerta para salir, el volumen aumentó considerablemente. No sonaba con mucha fuerza, solo lo justo. El culpable era un grupo formado por un batería, un bajo y un guitarrista. Sonaban bastante bien.

Me sentí aliviado al comprobar que era música rock y no country, y no porque tenga nada en contra o a favor de ninguno de los dos estilos, sino porque la experiencia me ha enseñado que en los locales donde se toca rock hay menos peleas que en los de country. No tengo ni idea de por qué. Parece que cuanto más violenta es la música, menos lo es el público. Y en los locales para gente más joven con frecuencia te encuentras en el aparcamiento a bastantes chavales fumando porros, lo que los convierte en un grupo un tanto adormilado que parece emitir vibraciones amables y pasivas al resto del personal; en un bar country te encuentras con un número de personas similar, pero generalmente borrachas e infelices, que transmiten mal rollo al resto de los allí congregados, lo que puede desembocar en cualquier cosa, desde una riña tonta a una batalla campal.

Esa era la razón por la que, cuando di una vuelta por la ciudad aquella tarde en mi coche, busqué un lugar como Bunny's. Un local donde sentarme, beber, emborracharme tranquilamente y quizá ligar con alguna tía que no llevara el pelo cardado al estilo de los años sesenta, una moda que había desaparecido en todas partes menos en Iowa.

Tampoco me habría valido un bar de más categoría, como el de un hotel o algo así. Demasiadas posibilidades de verte acorralado por algún pez gordo de Port City al que le entrara la curiosidad y le diera por preguntarte qué hacías allí y a qué te

dedicabas. O peor aún, podías toparte con algún payaso de la Cámara de Comercio con ganas de presumir. Nada de eso me convenía. Tenía que ser invisible.

Como el objetivo. Como Albert Leroy. Así es como se llamaba. Albert Leroy. El hombre que llevaba una chaqueta gris en verano y se ponía a tono viendo un partido de béisbol de la liga infantil y bebiendo refrescos en una tienducha.

No tenía sentido, no tenía ningún sentido. Nadie quiere matar a la gente invisible. A veces, como en mi caso, te haces invisible porque quieres pasar desapercibido. Pero hay gente que ha nacido así. El médico, cuando los saca del vientre de su madre, no ve ni el culo al que tiene que darle un azote.

En estas cosas pensaba cuando entré en Bunny's. En eso y en la forma de actuar de Boyd, en esos pequeños descuidos y en los pequeños detalles del trabajo que no encajaban.

Pero a veces, hay situaciones en las que no puedes hacer nada. Salvo intentar olvidar. Y entonces sales y te emborrachas. O echas un polvo. O las dos cosas. Y con suerte eso es lo que esperaba hacer en Bunny's.

El bar en realidad eran dos locales en uno. Dos ambientes diferentes de perversión bajo un mismo techo, que acogían a dos tipos de clientela en pacífica coexistencia. En la parte delantera del edificio estaba la barra, con sus ventanas de cristales ahumados, su música rock, sus risas y su ruido, y en la parte de atrás estaba el salón-restaurante. Ambos ambientes quedaban separados por una pequeña sala donde había unos baños mixtos que compartían ambos mundos, mantenían el jaleo del bar alejado del restaurante y contaban con una entrada lateral para aquellos que preferían pasar desapercibidos.

Lo primero que vi fue la sección del bar, donde la clientela era más joven y salvaje. El grupo de rock tocaba en un escenario diminuto situado a mi izquierda, frente a una pista de baile también diminuta y abarrotada de cuerpos moviéndose, de sillas, mesas y gente apelotonada que escuchaba música y bebía cerveza. Todo el mundo iba vestido de manera informal, casi descuidada, como si fueran estudiantes; había pantalones vaqueros por todas partes y la única persona en toda la sala que no encajaba con aquella postal universitaria era la rubia.

La rubia estaba sentada en una esquina, en una mesa para ella sola, cerca del escenario. No le quitaba ojo al batería. Tenía más espacio a su alrededor que nadie en aquel antro. Quizá fuera por respeto a su belleza. Nariz respingona, relucientes dientes blancos, grandes ojos azules y pestañas largas. El pelo rubio platino, claramente teñido, pero bonito a su manera. Pechugona, pero bajita. El mejor adjetivo para describirla sería «guapa», pero al mismo tiempo resultaba distante, casi como si despreciara a los demás. Estaba fumando. Llevaba un traje-pantalón azul marino. Había doblado la chaqueta, que descansaba sobre su regazo, y un suéter de manga corta y color azul claro le acariciaba el pecho. Era evidente que no llevaba sujetador porque los pezones se le marcaban de tal forma que parecía que estuvieran burlándose de todos los hombres de la sala. Tenía el aire de una mujer de mundo y

una sutil dureza en su rostro sin arrugas que te decía que era mayor de lo que aparentaba, que era una mujer de más de treinta con el hermoso pero incongruente rostro de una Lolita de dieciséis.

Me gustó.

Como a todos los tíos de aquel local, y supongo que a algunas de las mujeres. Me encogí de hombros y miré a mi alrededor. Entonces vi un cartel en unas puertas dobles a mi izquierda donde decía «Salón Bunny». Franqueé las puertas, pasé a la salita y luego al salón, y fue como entrar en otra dimensión.

El lugar estaba decorado en tonos rojos y marrones, la luz era tenue y rojiza, las paredes estaban cubiertas por paneles de madera marrón y la mullida alfombra era de un suave tono de rojo; suave a la vista y suave al tacto. Las mesas eran tan pequeñas como las del bar, pero estaban mucho más separadas. Casi todas parecían dispuestas para parejas, aunque algunas tenían cuatro sillas. Una recogida sala para parejitas que querían intimidad, quizá comer algo o tomar un trago antes de acabar en la cama. Había varias parejas siguiendo esos preliminares en aquellos momentos. A parte de eso, tenía el salón para mí solo.

La cocina se encontraba en la parte de atrás y probablemente no sería gran cosa. En cualquier caso, el menú desde luego era bastante básico; un par de platos de carne, algo de pescado, unos cuantos sándwiches, y todo con unos precios que oscilaban entre medios y altos. La camarera, una guapa morena con un traje-pantalón oscuro, me informó, cuando me condujo hasta mi mesa, de que ya era muy tarde para cenar, y que a esas horas lo único que servían eran sándwiches y, por supuesto, cócteles. Pedí un sándwich de carne que me sirvieron con patatas fritas, y un té helado. También un gimlet.

Me tomé mi tiempo con la comida, disfrutando de la música ambiente; una especie de hilo musical de jazz a lo Ramsey Lewis que apenas dejaba oír el rock que se colaba de la otra sala. Tras terminar el primer gimlet pedí otro, y cayeron tres más, así que cuando me marché de allí me sentía bastante bien.

De vuelta en la sala delantera con mi aura de felicidad, me di cuenta de que estaba delante de una pared. No la había visto la primera vez que entré porque había quedado a mi espalda, pero la pared estaba cubierta con fotos enmarcadas. Las estudié y me di cuenta de por qué aquel lugar se llamaba Bunny's. En las fotos salía una rubia, guapa y con buen cuerpo, que daba la bienvenida a unos clientes en la puerta de un Club Playboy. También había un reportaje de dos páginas de un viejo ejemplar de la revista, con un póster de una de las «Conejitas de Chicago». La rubia guapa estaba también en otras dos fotos al final del reportaje; en una aparecía saludando con su traje de conejita y en la otra aparecía en un discreto desnudo. Era un posado en la cama, aparecía casi totalmente cubierta por unas sábanas rosas, aunque por un lado le asomaba un pecho, también rosa. El artículo entre las fotos describía a la rubia como «la descarada Peg Baker, una sencilla chica de Port City, un punto en el mapa de Iowa», y luego añadía que tenía veintidós años, había ido al instituto y que

había cursado dos años en la universidad. Después se marchó a la gran ciudad con la idea de conseguir fama y fortuna. El reportaje era de una revista *Playboy* de hacía al menos una década, y recordé vagamente haberlo visto. La rubia de las fotos era, como era de suponer, la misma que estaba sentada, altiva, en el bar, sin duda un ejemplo claro de que aquel reportaje no la había perjudicado en absoluto al volver a su pueblo, porque aquella exconejita había sabido aprovechar la pequeña fama y fortuna que le proporcionara la publicación.

Así que me acerqué para echarle otro vistazo y la vi todavía sentada en su esquina, observando al tío de la batería. Reclamé un taburete en la barra y seguí observándola. Estaba haciendo hueco para la cerveza entre los gimlets que ya me había tomado, cuando oí una voz:

—Espectacular, ¿verdad?

Me volví a mirarlo. Tendría unos treinta años, de aspecto anodino, pelo corto, cazadora; como yo, era uno de los pocos entre la clientela que no parecía universitario.

—¿Eh? —le dije.

—Que es espectacular.

—Sí que lo es.

—¿Estás de paso por aquí?

—Sí.

—¿Comercial?

—Sí.

—Yo también. —Dio un sorbo a su cerveza y señaló con la cabeza a la rubia—. He preguntado por ahí sobre ella.

—Ya.

—Es la dueña del local. Bueno, copropietaria con otro tío.

—Lo imaginaba.

—Ah. ¿Has visto las fotos?

—Sí.

—Está muy buena. Desde luego no me importaría salir de aquí con ella.

—¿Por qué no lo intentas?

—Ya lo he hecho.

—Oh.

—Nada, tío. No hay nada que hacer.

—Vaya.

—Sí, y me han dicho que es un poco borde.

—Bueno, quizá sea exigente.

—Bueno, con ese aspecto se lo puede permitir.

—Yo creo que está con alguien —dije mientras señalaba al escenario donde tocaba el grupo—. Al menos por esta noche.

—Ya, el batería, sí, he visto cómo lo mira. También han estado hablando durante

un descanso. Cuando he preguntado por ahí me han dicho que le gustan jóvenes. — Hizo una pausa—. Joder, yo solos tengo treinta y uno. ¿Te parezco viejo?

—No.

—Aunque supongo que no lo bastante joven. Joder. ¡Qué buena está!

—Está muy buena.

—Jóvenes, mierda. Desde luego ella también parece joven, al menos a mí.

—No si te fijas bien.

—¿Ah, no?

—No.

—Bueno, supongo que tendrá treinta y tantos. Las fotos del *Playboy* son de hace unos años.

—Sí.

—Es igual, está buena. Está bien.

—Está bien.

—Bueno, nos vemos.

—Hasta luego.

El tío se acabó su cerveza y se marchó, dejándome a solas, observándola. No llegamos a cruzar miradas. Me pregunté si sabía que la observaba. Pedí otra cerveza. Me pregunté si podría acercarme a ella. Me pregunté si era sensato, considerando que probablemente allí la conocería todo el mundo. Di un pequeño sorbo a la cerveza. Me pregunté cómo sería en la cama.

Me desperté al día siguiente a eso del mediodía con un sabor amargo en la boca y un amargo aturdimiento en el cerebro. Tenía una buena resaca, densa y compacta, y eso me cabreó. Además, la cama en la que desperté era la mía, y eso me cabreó aún más. La noche anterior mi objetivo había sido emborracharme y echar un polvo, y aunque conseguir una de dos en principio no es tan mal resultado, las cosas no se ven igual a la mañana siguiente.

La noche anterior, sin embargo, había sido diferente. Llegué al YMCA sin problemas, sintiéndome el capitán de mi propio barco, o al menos el primer oficial. Tenía las hormonas tranquilas después de mi rollete con Helen *Noséqué* en el Howard Johnson's del día anterior, y había disfrutado moderadamente observando y metiendo mano mentalmente a la conejita del bar. Creo que no pensé en Boyd en ningún momento, ni en el objetivo, Albert Leroy. Al menos no aquella noche.

Para demostrar lo bien que iba, solo diré que recordé que no tenía baño en mi habitación y que el único lugar donde podía descargar la vejiga era en los lavabos comunes que compartíamos todos los que estábamos en mi misma planta. A punto de explotar, abrí la puerta y le di al interruptor. Entonces escuché un coro de voces: «¡Eh!», «¿Pero qué?», «¿Qué coño?».

Apagué inmediatamente la luz, dispuesto a dar marcha atrás, con el entendimiento nublado, pero lo bastante mosca para saber que algo olía a podrido en Dinamarca. De haber ido armado, quizá hubiera reaccionado mal. Pero como no iba, no ocurrió nada.

Entonces lo vi todo claro. Literalmente.

Sobre la pared del gran baño se movían las plateadas y temblorosas imágenes de una película. Distinguí a una mujer con una peluca oscura y nada más, sentada en el borde de una cama. Tenía buenos muslos, que estaba separando, y unos pechos grandes y algo caídos que contemplaban toda la acción desde las alturas. No había audio, solo el *clic clac* del proyector de ocho milímetros y algún jadeo del público, que según me pareció estaba compuesto por cinco o seis residentes de la YMCA. Estaban sentados en el suelo del baño, disfrutando del porno.

Me reí, salí de nuevo al pasillo y saqué la llave de mi bolsillo. Estaba casi a la altura de mi cuarto cuando oí una voz a mis espaldas:

—¡Tío! ¡Eh, Johnson!

Ese era el nombre con el que me había registrado. Me di la vuelta.

—¿Sí?

Era el barbas, el jovencito Gabby Hayes que me había dado la habitación. Y cuando digo jovencito, me refiero a que tendría entre veinticinco y cuarenta, no puedo ser más concreto.

—Oye, tío —dijo—, vuelve al baño y haz lo que tengas que hacer.

Reí de nuevo y contesté:

—Es igual. Me he llevado tal susto que ya no quiero ni mear.

—¿No te habremos ofendido, no?

—¿Ofenderme?

—Por el porno, digo. Oye, todos los que están en esta planta lo saben, y yo pongo esas pelis porque les gustan. Hacen una colecta y mandan el dinero por correo. A las revistas para hombres. Yo no gano ni un céntimo con esto, lo juro por Dios.

—Tranquilo, da igual.

—No, no da. Si se supiera me despedirían. Si alguno de los fulanos que se aloja aquí lo desaprueba, dejaré de proyectarlas. Así que si no te gustan, por favor, dímelo, ¿vale?

—Oye, te aseguro que me da completamente igual.

El tío sonrió y asintió con la despeinada cabeza.

—Eres un tío legal, Johnson.

—Gracias. Oye, no me vendría mal darme una ducha antes de acostarme. ¿Cuánto le queda a la película?

—Se termina en unos cinco minutos. ¿Podrás aguantar?

—Sí.

—Pues me pasaré por aquí y te daré un golpe en la puerta cuando todo el mundo haya salido del baño, ¿vale?

Asentí.

Diez minutos después estaba sentado en la cama, descalzo, frotándome los pies, cuando oí que llamaban. Me levanté, abrí la puerta y Gabby dijo:

—Ya está.

—Bien.

—¿Te apetece una copa?

Si hubiera estado sobrio, quizá habría pensado en la posibilidad de que aquel tío fuera como Boyd, pero como estaba borracho le dije:

—Ya he bebido bastante, pero... qué coño.

—Vale, vamos.

Tenía una botella de whisky, no me fijé en la marca, y sacó hielo de una neverita que guardaba en un rincón de su habitación. Cogió unos vasos de agua y los llenó casi hasta el borde. Intuí que no necesitaría una segunda copa. Me senté en la silla frente al escritorio y él en la cama.

—Gracias por ser tan comprensivo con lo de las pelis.

—De nada.

—No es que yo sea un obseso sexual ni nada de eso.

—Claro.

—Ni esos tíos tampoco. Es solo un pasatiempo.

—Lo entiendo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Lo entiendes, bien. Me alegro. Me alegro mucho porque no quiero que nadie se haga una idea equivocada.

—Ya.

—¿Eres comercial o algo así?

—Sí.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Novia?

—Unas cuantas.

—Más de una, ¿eh? ¿Una mujer en cada puerto?

—Bueno, aquí y allí.

—¿Nada fijo?

—No.

—Pues te voy a dar un consejo. Sienta la cabeza. En serio. Soy más viejo de lo que parezco, ¿sabes? Me escapé de casa cuando era un chaval.

Yo estaba demasiado borracho para notar lo serio que se estaba poniendo el tío. Si lo hubiera mirado de cerca, probablemente habría visto lágrimas en sus ojos. Pero no lo miré.

Estaba concentrado en mi bebida y pasaron varios minutos antes de que cayera en la cuenta de que llevaba un rato hablando, hablando sobre Dios sabe qué. Decía algo así como «Di tumbos durante una temporada. Cuando volví, mis padres ya estaban muertos y enterrados. Yo fui vagabundo cuando todavía estaba mal visto. Hice autoestop cuando era un modo de vida, no una puta moda. ¿Sabes qué quiero decir?».

—Claro.

—No, no lo sabes. No tienes ni idea. Ni tampoco sabes por qué les pongo películas guarras a esos tíos.

—Claro.

—No. Ni tampoco por qué te he invitado a una copa.

—Eso sí.

—¿Por qué?

—Porque no quieres que te despidan. Quieres asegurarte de que no diré nada.

—Sé que no dirás nada, lo sé. Supongo que en parte sí, quiero asegurarme de que no hablarás... pero no lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Dices que eres un comercial, no?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace cinco años.

—Aún eres joven. ¿Cuántos tienes, treinta?

—No.

—Aún eres joven. Puedes conseguir otro trabajo.

—¿Qué?

—Dejar la carretera.

—¿Qué?

—Encontrar a alguien. Encontrar a una mujer, o a alguien.

—Claro.

—Lo digo en serio. Si no, ¿sabes qué pasa?

—No.

—¿De verdad no lo sabes?

—Dímelo tú.

—Que te despiertas y eres un viejo.

—¿No me digas?

—Sí. Te despiertas y te das cuenta de que eres viejo y estás solo en tu habitación, y acabas muriéndote así.

Lo miré. Por un momento era Albert Leroy. Sentado en aquella cama y con la chaqueta gris de rombos. Por un momento era mi objetivo.

Pestañeé.

Varias veces.

Y volví a mirarlo y era de nuevo el jovencito Gabby Hayes. Solo que ya no parecía tan joven, y yo no me sentía tan borracho.

Le di las gracias por el whisky y me marché.

Así que me acosté deprimido y me desperté con un sabor amargo en la boca y un amargo aturdimiento en el cerebro. Me levanté de la cama y me di la ducha que no me llegué a dar la noche anterior y bajé a nadar un buen rato en el agua fría de la piscina.

Tenía que ver a Boyd. Tenía que verlo hoy mismo. Ya era miércoles, y el jueves era el día escogido.

La piscina era larga y estrecha. El agua parecía verde y estaba fresca. Eso me gustó. Odio cuando el agua está demasiado caliente, me echa para atrás... parece que uno vaya a remojarse en una bañera y no a nadar en la piscina.

Nadé durante bastante rato. Entre una hora y dos. Estuve unos treinta minutos flotando bocarriba, mirando al techo y pensando. Pensar no es bueno. No cuando tienes trabajo, no cuando deberías tener la mente despejada. Pero si no podía evitarlo, lo mejor era pensar de una manera relajada, como aquella.

El agua estaba estupenda. Su temperatura, su suave y lento movimiento... Me recordó Wisconsin, aunque allí había mucho cloro y en Wisconsin el agua era dulce y clara. Pensé en Wisconsin y en el lago y en los momentos bonitos que había vivido.

Mi vida.

Pensé en ella. Vivo en una pequeña casa prefabricada de estructura triangular junto a un lago, en Wisconsin. Solo. A pocos kilómetros en coche de Lake Geneva, donde soy miembro del Club Playboy. Allí paso una o dos noches a la semana, cuando no estoy trabajando. Una noche a la semana juego a las cartas con unos amigos en Twin Lakes. Son gente mayor, jubilados, médicos, dentistas y abogados que viven allí todo el año. Pero todo cambia en verano y en la temporada de esquí, entonces aparecen tíos más de mi edad. Una vez al año voy a Las Vegas y juego y hago todo lo posible para tirarme a alguna chica guapa; a veces gano. Una vez al año, en invierno, voy a Fort Lauderdale y me tuesto al sol. Cuando estoy en el lago, en los meses de verano, nado y tomo el sol y hago esquí acuático cuando encuentro a alguna ayudante competente del sexo femenino para que lleve la lancha. En otoño hay muchas cosas interesantes que hacer por allí. En primavera también, pero en invierno suelo quedarme en casa, escuchar música, ver la televisión o leer alguna novela del oeste. Cuando no trabajo, claro.

Una vida agradable: cómoda, más que cómoda. Hago seis, quizá siete trabajos al año, y aunque las tarifas difieren, mis ingresos anuales oscilan entre los quince y los veinte mil, mucho dinero para un solo hombre, aunque me las apaño para gastármelo todo. Pago impuestos por valor de siete u ocho mil con mi tapadera de comercial; Broker se encarga de hacerme la declaración. Mi tapadera es un poco de chiste: vendedor de ropa íntima femenina, es decir, de medias, lencería y cosas así. Siempre llevo una gran maleta con muestrarios y mi identificación. El primer año incluso iba de puerta en puerta, en la ciudad donde fuera a dar el golpe, mientras Boyd se encargaba de la vigilancia. Después decidí que era una chorrada. Era mejor ser invisible y la tapadera tampoco valía gran cosa en lo que respectaba a la policía. Después de todo, los polis no preguntan hasta que no haces algo, y lo único que yo

iba a hacer era cargarme a alguien, tras lo cual abandonaba la ciudad. Y si por alguna razón me pillaban con las manos en la masa o lo que fuera, una maleta llena de muestras de ropa interior no me iba a servir para una mierda.

—¿Te importa si te acompañamos, hijo?

Dejé de hacerme el muerto y me incorporé. Miré hacia la zona menos profunda de la piscina y vi a un hombre bajo, de unos cincuenta, con prominente barriga, y a otro hombre bajo y delgado con un bañador azul y pelo blanco por todo el pecho y nada en la cabeza que también tendría unos cincuenta. Estaban entrando en el agua. Nadé hacia el bordillo y salí.

—Es toda suya, caballeros. Ya iba a salir, de todas formas.

El gordo asintió y sonrió y los dos se dispusieron a flotar en la zona poco profunda como un par de bebés viejos.

En la planta de abajo había un gimnasio. Lo encontré vacío, justo como esperaba. Vacío de gente, quiero decir, porque la sala estaba llena de aparatos. Había mancuernas, poleas con pesos, barras paralelas y una máquina de remo. Estuve allí un buen rato. Con el sudor iba expulsando todo lo malo de mi cuerpo. Me ejercité de forma mecánica, con rapidez y concentración, con la mente en blanco, que era justo lo que necesitaba en aquel momento.

Pero cuando comencé a cansarme, me puse a darle al coco otra vez. Estaba en la máquina de remo y pensé en Boyd y en Broker, en el trabajo y en cuánto tiempo me iba a durar.

Puede que estuviera malacostumbrado después de cinco años de encargos fáciles. Cinco años sin problemas y de repente Boyd pierde su toque y casi consigue que me maten en el último trabajo. Luego Broker se saca de la manga el marrón del aeropuerto, y resulta que además de asesino, también tengo que hacer de camello. Con aquel encargo Broker me había decepcionado, además de romper nuestro acuerdo laboral.

A veces la mente descubre cosas. El subconsciente, quiero decir. En algún lugar de mi cabeza sabía que si quería dejar lo que estaba haciendo, tendría que apartar un dinero para que me sirviera de colchón. Pero no lo hice: me había gastado hasta el último céntimo y eso es algo sobre lo que jamás meditaba. Pero mi subconsciente sí. Mi subconsciente fue quien me hizo guardar la mitad de la heroína. Mi subconsciente es el responsable de que ahora tuviera la llave de una taquilla del aeropuerto de Quad City, a ochenta kilómetros de distancia. Una taquilla que contenía una bolsa de una sustancia que era mi colchón, mi billete para abandonar el cariñoso abrazo de Broker, era mi todo. Al menos hasta que diera con alguna otra cosa.

Mi subconsciente había tomado una decisión, dejar esta mierda. He perdido la confianza en Broker. Y en Boyd. Se acabó. Haré este último trabajito de mierda. Me cargaré a ese pobre pringado, a ese tal Albert Leroy, que de todas formas ya está muerto, y lo dejaré o desapareceré o haré lo que sea para dejarlo. Adiós a Boyd, a Broker... quizá deje incluso este oficio. Quizá no. No es por las muertes. Es porque

trabajar con gente en la que no confío me está matando.

Me levanté de la máquina de remo. En una esquina había un saco de boxeo. Me acerqué y comencé a golpearlo. Imaginaba que era Boyd, y de repente ya no estaba cansado, así que lo zurré durante un rato. Me saqué de encima bastante frustración con ese saco, y cuando terminé, volví a sentirme cansado. Pero aliviado. Para quitarme el sudor, volví a la piscina, que de nuevo estaba vacía, y nadé durante otra media hora. Todo aquel tiempo estuve solo. Fue genial.

Cuando volví a mi habitación eran las cinco. De camino a mi cuarto, saqué la cabeza por la ventana y me di cuenta de que aquel sería uno de esos últimos días de verano en los que haría mucho calor. Así que decidí mandar a la mierda mi ropa de hombre de negocios, saqué de la maleta una camiseta de manga corta con el cuello cerrado y unos pantalones vaqueros y me los puse. Me sentí como un ser humano de nuevo.

Ya en la calle, cerca del río, encontré un restaurante donde servían desayunos. Me tomé un par de tortillas y muchas tostadas con beicon, y cuando volví al hotel me sentía bien de nuevo. Gracias al horario de verano, en el Medio Oeste tarda mucho en hacerse de noche, así que me senté en la sala de televisión de la planta baja y vi un telefilm hasta las nueve. Para entonces ya era lo bastante tarde como para hacer una visita a Boyd.

Estaba sentado, apoyado contra a la pared, de espaldas a la ventana y con una lata de Bud entre las piernas. Se veía su sonrisa bajo el bigote; estaba disfrutando de la fresca brisa nocturna que entraba por la ventana abierta. Tenía los ojos cerrados y parecía dormido, pero en cuanto me acerqué, dijo:

—Albert se está tomando su refresco en estos momentos. Saldrá de la tienda dentro de nada y se pondrá a andar de nuevo, oh... —Consultó su reloj—. Dentro de tres minutos.

—Hola, Boyd.

—Hola.

—Hoy ha hecho calor.

—Ya te digo.

—¿Se ha puesto la chaqueta?

—No, hoy no. Una novedad, mira.

—Quizá sea humano, después de todo.

—Pero lleva una camisa de manga larga.

Negué con la cabeza y me senté en el sofá.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Boyd.

—No.

—¿Sabes? Estoy pensando en quedarme a vivir aquí. Este apartamento está muy bien.

—Sí.

—¿Sabías que, cuando llegué, la nevera estaba llena de cerveza y comida?

—Anda ya.

—Como lo oyes. No sé quién es el dueño, pero tiene detalles. Y, joder, Quarry, ¿sabes qué? Era Budweiser. Me refiero a que la cerveza era Budweiser. Mi marca favorita, ¿te lo puedes creer?

—No, es increíble.

—Oye, Quarry, quiero preguntarte algo.

—¿No deberías vigilarlo?

Torció el gesto, medio vuelto hacia la ventana. Tras esperar un par de minutos dijo:

—Aquí viene. Treinta segundos antes de lo previsto. Sí. Ahí va. Camina hacia la puerta, venga. Así me gusta. Busca las putas llaves. Muy bien, así. —Boyd eructó y se volvió hacia mí—. Un aburrimiento. En este caso le estamos haciendo un favor al mundo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Este tío ya está muerto, Boyd. ¿Quién quiere matar a un muerto?

—Eso no es asunto nuestro. Nuestro asunto es matarlo.

—Tienes razón. Voy a por una cerveza.

—Muy bien, muy bien, Quarry.

Unos minutos después estaba sentado bebiendo cerveza.

—¿Quarry?

—Sí.

—Quiero preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Sobre lo que dijiste anoche.

—Sobre lo que dije anoche.

—Dijiste que..., dijiste que quizá llevábamos demasiado tiempo trabajando juntos.

—¿Yo dije eso?

—Ya te digo que lo dijiste. O sea, ¿no lo dijiste en serio, verdad? Somos un equipo, Quarry, y de los buenos. No me gusta que digas esas cosas.

—Estaría de mal humor.

—Creo que te quedas corto. Entonces, ¿no lo decías en serio?

—No lo dije en serio.

Sonrió.

—Pues qué alivio. ¡Uf! De verdad, he tenido... problemas en mi vida personal. Creo que ahora estoy bien, pero ha sido duro, ¿sabes lo que quiero decir? No quiero meterte en lo que he pasado, pero me sentía... bueno, como cuando una persona se siente rechazada, ¿sabes? Sé que no te gusta hablar de temas personales y eso, pero me gusta mucho trabajar contigo. Te considero más que un compañero de trabajo, me gusta pensar en ti como en un amigo, ¿sabes?

—Llevamos juntos mucho tiempo.

—Desde luego. Y espero que sigamos así mucho más.

—Yo también, Boyd.

Asintió con la cabeza, suspiró y se volvió para mirar por la ventana durante un rato. Luego se giró de nuevo y dijo:

—Oye, me apetece bajar al puesto de la parada de taxis y pillar algo para leer. ¿Puedes vigilar por mí durante unos minutos?

—Claro. ¿Cuánto tiempo?

Se puso de pie.

—Una hora, más o menos.

—¿Dónde coño está la parada de taxis, tío?

—A la vuelta de la esquina, pero me gusta echar un vistazo a los libros, ya sabes, antes de escoger. No leo cualquier cosa. Y además tienen una de esas máquinas expendedoras con comida, de esas que calientan los bocatas dentro de la bolsa de plástico, ¿te suenan?

—Sí, ¿una de esas con rayos infrarrojos?

—Sí. Así que creo que cogeré uno. Entonces, ¿me relevas un rato?

—Claro.

—Te lo agradezco. —Estaba a punto de salir del cuarto, pero se detuvo—. ¿Quarry?

—Sí.

—Eres un tío legal.

—Ya.

—No, lo digo en serio. Legal de verdad.

—Gracias, Boyd.

—Y me alegro de que dijeras lo que dijiste, lo de que no dijiste en serio lo que dijiste. Como tú dices, llevamos juntos mucho tiempo. Y más que nos queda, ¿verdad?

—Sí —contesté.

Abrí los ojos, enfoqué la mirada y vi la esfera de un reloj. El despertador, el que me llevo de viaje, estaba en la mesita de noche, junto a la cama. Había puesto la alarma a las cuatro, justo la hora que indicaba, y me quedé mirándolo, preguntándome por qué no había sonado. Aún medio dormido, cogí el reloj y lo examiné de cerca, entonces saltó la alarma y di un brinco en la cama. Menudo susto.

Me senté allí, contemplando el reloj y escuchando el timbre, mientras intentaba decidir si soltar un taco o reír. Al final no hice ninguna de las dos cosas. En su lugar, apagué la alarma, lo dejé de nuevo sobre la mesilla de noche y me levanté de la cama. Me puse una toalla alrededor y fui al baño para lavarme los dientes, darme una ducha y afeitarme. Cuando volví, me puse una camiseta, unos calcetines y me senté de nuevo en la cama.

Saqué la maleta y el maletín de debajo de la cama y los abrí a mi lado. Cogí la gabardina de la maleta, la desdoblé y la dejé sobre la silla del escritorio. Luego saqué la nueve milímetros del maletín y le quité el silenciador. Limpié y engrasé la pistola y el silenciador, aunque ninguno de los dos lo necesitaba. Hice lo mismo con el cañón de repuesto. Volví a colocar el silenciador y metí la pistola y el cañón extra en el maletín. Luego lo cerré.

Mientras terminaba de vestirme, me acerqué a la ventana y descorrí las cortinas. Aún estaba oscuro, aunque en el horizonte se podía ver que el cielo comenzaba a teñirse de un gris deslavado, como el color del traje que me estaba poniendo. Una vez listo me miré en el espejo. Con aquel traje gris y la corbata negra parecía un auténtico hombre de negocios. Un comercial, quizá, como mi tapadera. O un empleado de una funeraria.

Aún no había amanecido cuando llegué al apartamento de Boyd. Aparqué el Ford enfrente, tres manzanas más allá, y dejé la maleta y el maletín en el coche. Llevaba la gabardina en el brazo derecho y la nueve milímetros pillada con el cinturón. Rodeé el edificio por detrás, subí por las escaleras y encontré la puerta abierta. Boyd estaba comiéndose un pomelo en la cocina.

—Buenos días, Quarry.

—Buenos días.

—¿Quieres comer algo?

—No como antes de trabajar.

—Ah, sí, es verdad. ¿Cómo estás?

—Bien. Sí, muy bien.

Boyd se levantó de la mesa. Llevaba una camiseta y unos calzoncillos.

—Deja que me vista. Será un segundo.

—Date prisa.

—Sí.

Dejé la gabardina sobre la mesa, me acerqué al fregadero, llené un vaso y me lo bebí. Cuando Boyd volvió, le dije:

—¿Listo?

—Claro.

—¿Conduces ese Mustang verde que está aparcado detrás? ¿El del callejón?

—Ese mismo.

—Lo he visto antes. También lo usaste en el último trabajo, ¿verdad?

—Claro, es mi coche.

—¿Te parece sensato?

—Te estás convirtiendo en un puto paranoico, Quarry.

—Quizá, quizá.

—Ah, casi se me olvida... —Buscó en el bolsillo del pantalón, sacó una llave y me la ofreció.

Miré la llave y negué con la cabeza.

—La llave de la puerta principal.

—¿Qué tiene de raro? No es la primera vez que nos lo ponen fácil.

—No he dicho que fuera raro.

—Y una mierda, desde que has venido no has dejado de decir lo raro que te parecía todo.

—Pero ahora no he dicho nada.

—Vale, muy bien, Quarry. Acabemos con esto y larguémonos de aquí, ¿vale? — Boyd se sentó a la mesa—. Asegúrate de que lo dejas todo revuelto. Ya sabes, rajas el colchón y eso, ¿vale? ¿Llevas un cuchillo?

—Sí.

—Bien.

—Supongo que el señor X hizo la entrega.

—Sí, todo en orden. ¿Quieres verlo?

—Vale.

Boyd se levantó y lo seguí hasta el baño. Abrió su maleta y sacó un sobre con dinero en su interior. Acarició el canto de los billetes y asentí. Él sonrió.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Casi dos mil cada uno —dijo mientras jugueteaba con un extremo de su bigote.

—Eso es un golpe de cinco mil —dije—. No es mucho dinero, pero esto tiene que ser más importante de lo que parece a simple vista.

—Si quieres hacerle preguntas a Broker, genial. Yo cojo el dinero y me largo.

—Sí. Tienes razón. No es bueno comerse el coco con los trabajos. No es bueno.

—No quieres llevarte tu parte ya, ¿verdad?

—Joder, no. ¿Te parece sensato?

—Por lo general no, Quarry, pero en este pueblo de mierda, ¿qué más da?

»Todo el mundo está durmiendo, podrías subirte al coche y largarte directamente.

—No. Lo recogeré después.

—Bueno, pero no tardes mucho.

—¿Alguna vez he tardado mucho?

—No.

—Pues vale.

—Quarry.

—Sí.

—Será mejor que te marches ya, si quieres acabar antes de que salga el sol.

—Ya voy.

—Venga, tío.

—Sí.

Me detuve en la puerta y dije:

—Oye, Boyd, este trabajo ha sido un poco, bueno...

—¿Raro? —dijo Boyd sonriendo un poco—. Sí. Supongo que sí. Pero no hay gran cosa que podamos hacer, ¿no? Excepto rematarlo.

—Bueno, de todas formas deberíamos tener una señal por si algo sale mal.

—Vale. Tiene la persiana levantada. Estaré observando por la ventana, así que si algo sale mal, la bajas. Si la dejas medio echada, significa que hay problemas, que viene la poli, o algo así. Si la bajas del todo es que necesitas ayuda, ¿vale?

—Vale. Las mismas señales también para ti.

—Sí.

Me puse los guantes. Saqué la automática con el silenciador del cinturón y la cogí con la mano derecha. Me coloqué la gabardina sobre el brazo, cubriendo la pistola y dije:

—Hasta luego, Boyd.

—Hasta luego, Quarry.

Me hizo la señal de pulgares arriba, me di media vuelta y salí. El cielo estaba más claro, si se puede decir que un gris turbio es claro, y entre eso y las farolas que aún estaban encendidas, no sentí que el manto de la noche me cubriera. Tampoco es que importara: la calle estaba vacía, como el decorado de una película. Media manzana más abajo, en el cruce, los semáforos hacían su trabajo, cambiaban de color como para entretenerse. De modo que no me preocupé cuando vi que el edificio de Albert Leroy no tenía una entrada posterior. Debía utilizar la entrada de la calle, una puerta situada entre el restaurante de tacos y la lavandería, pero no tuve ningún mal presentimiento.

Las escaleras crujían. Supongo que yo también me quejaría si tuviera cien años y alguien me pisara. La pintura marrón de las paredes se estaba desconchando y el ambiente estaba tan cargado de humedad que me dieron ganas de toser. Cuando llegué al pequeño rellano, encontré dos puertas, una de ellas llevaba evidentemente al apartamento vacío de la planta superior. En la otra había una pequeña tarjeta amarilla

que decía: «Albert Leroy».

Metí la llave en la cerradura.

La puerta se abrió a la cocina. El techo era alto, las paredes de un blanco amarillento, los armaritos de madera eran de un amarillo oscuro. Los electrodomésticos eran antiguos, una nevera Wastinghouse, una cocina con cuatro fogones de gas, de esos que hay que encender, y una vieja mesa con la superficie de formica salpicada de manchas oscuras. Las sillas, forradas en plástico, también habían conocido días mejores, y el linóleo del suelo mostraba grietas aquí y allí y se estaba levantando por las esquinas. Pero la cocina estaba limpia como un hospital. Incluso olía a hospital, como si la utilizara para hacer operaciones quirúrgicas en lugar de cocinar.

Un arco sin puerta conducía al cuarto de estar. Era pequeño, como un ascensor, el papel pintado de las paredes mostraba un diseño de deslavadas flores rojas, como el estampado del vestido de una mujer mayor, e iba bien con los muebles que eran sosos y tristes, del tipo que los viejos suelen cubrir con tapetes para ocultar la falta de limpieza. El único mueble moderno era una silla reclinable que estaba justo frente a un televisor portátil. Tenía el respaldo bajado, con lo que ocupaba un espacio precioso dentro de aquella diminuta habitación. Al tío le gustaba acumular cosas, de eso no había duda, ya que el cuarto estaba lleno de objetos, pero todo muy ordenado; había pilas de libros por todas partes, periódicos antiguos, montañas de guías de televisión, una mesa con una colección de sellos sin terminar, pero todo ocupaba su lugar, su espacio especial y específico.

A la derecha estaba el dormitorio.

La puerta estaba abierta y pude verlo. Estaba durmiendo en la cama. Como la noche había sido calurosa, solo llevaba puesta la parte de abajo del pijama, y se había tumbado sobre las sábanas. Tenía los brazos estirados, como si quisiera alcanzar algo, y la boca abierta. Parecía la fuente de un parque. Hacía ruido al respirar, pero no roncaba, su rostro era como una masa informe e inflada.

Me quedé en la puerta y lo observé durante un momento. No entré, porque el dormitorio era tan pequeño que hacía que el cuarto de estar pareciera enorme. Ya estaba lo bastante cerca. Tanto que podía apreciar que tenía el pecho hundido, una barriga incipiente y ni un solo pelo en ninguna de las dos zonas del cuerpo; era lampiño, como un bebé, y de repente me pregunté qué edad tendría. Me lo había imaginado como un hombre viejo, pero tenía la piel tersa, lisa, como sin usar. Las únicas indicaciones sólidas de su edad eran unos brochazos de canas en el pelo rubio cortado al uno y unas profundas arrugas en su cara inflada. En el brazo izquierdo tenía una marca de nacimiento larga y fea, con pelos, que le cubría desde la parte exterior del bíceps hasta el codo y le daba la vuelta al brazo hasta casi la muñeca. Ahora entendía por qué iba con chaquetas y camisas de manga larga en verano.

Por un momento me pareció que había abierto los ojos, justo después de que la pistola hiciera ese ruido metálico y la bala se le incrustara en el esternón. Pero no

estaba seguro. Su cuerpo se agitó un poco, se estiró ligeramente y eso fue todo. Siguió con la boca abierta, pero esta vez como descolgada, y el cuerpo inerte, como una marioneta sin cuerdas.

Tardé dos minutos en desordenar el apartamento. Mientras estaba en ello, caí en la cuenta de que no tenían ningún sentido que alguien entrara a robar a aquel tío, pero eso es lo que me habían pedido que hiciera. Derrumbé las pilas de libros de una patada, tiré las sillas al suelo, rompí algunos periódicos, volqué la mesa con la colección de sellos, los álbumes y la lupa. Revolví su armario, donde guardaba más libros, periódicos, revistas, cartas, sellos y basura variada, y lo esparcí por la casa. Tenía un armario con ropa en el cuarto de estar; no había espacio en el dormitorio. Lo vacié y lo volqué. Abrí el sofá con el cuchillo y cuando hube terminado, entré en su dormitorio, lo eché a un lado y mi nariz se llenó con el olor a sangre y mierda: con la muerte, su cuerpo había relajado los esfínteres. Resignado, desgarré rápidamente la zona central del colchón, limpié la navaja con la sábana y me largué de allí cagando leches. Cerré la puerta del dormitorio tras de mí para evitar que el hedor inundara el cuarto de estar y aspiré una bocanada del aire fresco que entraba por la ventana. Cogí la gabardina de la silla donde la había dejado y la volqué para que no desentonara con el resto del decorado. Doblé la prenda sobre mi antebrazo y miré por la ventana. Me di cuenta de que había luz. Ya había amanecido.

Luego me fijé en otra cosa.

Al otro lado de la calle, la persiana estaba echada.

La puerta de Boyd estaba cerrada.

Saqué la llave y probé. Giré el pomo y abrí la puerta solo lo justo para ver si había puesto el otro cerrojo. No. Bien. No tendría que romperlo. Podía pasar sin hacer ruido. Despacio. Con cuidado. Entré.

Pasé a la cocina, cerré la puerta sin un sonido y dejé que mis ojos se acostumbraran a la penumbra del apartamento. Nunca me había percatado de lo oscuro que era aquel lugar, aquel piso tan largo y compartimentado cuya única fuente de luz natural eran las ventanas a ambos extremos. Todas las luces eléctricas estaban apagadas y la persiana de la cocina estaba echada.

Como la del cuarto de estar, claro.

Pasó un minuto entero hasta que mis ojos se acostumbraron y empecé a orientarme. La puerta de la cocina, que daba al dormitorio, estaba abierta, como la puerta del dormitorio que daba al cuarto de estar, y pude ver a Boyd, casi adivinarlo, junto a la ventana. La silueta de un cuerpo silencioso al final del apartamento.

Afiné el oído.

Intenté captar algún sonido, cualquiera, alguna indicación de que había alguien más en aquel puto apartamento además de Boyd, el silencio, y yo.

No escuché nada.

No tenía ni idea de qué había ido mal, pero sabía que no tenía que ver con la pasma. Si por alguna razón hubieran recibido un chivatazo y hubieran aparecido de improviso (algo bastante improbable en Port City), Boyd habría dejado la persiana medio echada en lugar de bajarla del todo. La persiana medio bajada era la señal para que saliera pitando de allí. Si hubiese venido la policía, no me habría pedido ayuda. O al menos, no debería. Lo más seguro es que fuera otra cosa. No sabía qué, pero era otra cosa... u otra persona.

No perdí el tiempo con elucubraciones. Algún listo se había sacado un as de la manga, y aunque nadie me había informado de que las reglas del juego habían cambiado, yo tenía que apañarme con la mano que me habían dado. Así que avancé con cuidado, con el brazo que sostenía la pistola pegado a las costillas y la muñeca doblada en un ángulo de noventa grados. Preparado para apuntar y disparar la nueve milímetros a cualquier cosa que se moviera.

Nada se movió.

Al menos, nada se movió en la cocina. Y tampoco es que hubiera ningún lugar donde esconderse, la verdad, aparte del armarito de la caldera, pero era tan pequeño que a duras penas podría ocultar a un niño. Me acerqué lo bastante como para comprobar que la puerta del armarito estaba abierta, pero que no había nada en su

interior, y seguí adelante.

El cuarto de estar, según recordaba, tampoco tenía buenos escondites. No había muebles ni esquinas donde pudiera ocultarse un hombre, salvo, quizá, el sofá. Alguien podría agacharse detrás del sofá que estaba apoyado contra la pared de la derecha, cerca de la ventana donde Boyd permanecía sentado en silencio; pero el respaldo del sofá estaba tan bajo que un hombre tendría que hacerse un ovillo para que no lo viera, y esa no es una buena postura para una emboscada. Y además, si Boyd estaba vivo, esperando en silencio a entrar en acción, el intruso no estaría tan cerca de él. De igual modo que si Boyd estaba muerto, ni siquiera un profesional (si esto era obra de un profesional) se quedaría tan próximo al fiambre, al menos durante mucho tiempo. Descarté el cuarto de estar, aunque la puerta principal daba directamente a esa sala. De hecho, la puerta se encontraba a la izquierda, cerca de la esquina de atrás, y podía haber alguien tras ella, esperando en el rellano. Pero lo dudaba. Supuse que si el intruso había llegado hasta la puerta, tan cerca de la libertad, lo normal es que se hubiera largado. A no ser que su intención fuera matarnos a Boyd y a mí y, como desconocía los propósitos del individuo, no podía descartar esa posibilidad.

Aunque no era muy probable.

Lo más probable era que estuviera en el dormitorio, que tenía dos escondites excelentes para realizar un ataque por sorpresa: un gran armario con dobles puertas correderas y espacio suficiente para que se ocultaran cinco hombres, y un cuarto de baño en la esquina de la pared izquierda, pequeño, pero con cortina de baño.

Había bastantes posibilidades, bastantes, de que encontrara a mi intruso o en el dormitorio o en el cuarto de baño al que se accedía desde este.

Desdoblé la gabardina, la cogí del cuello, la agité suavemente y la sostuve delante de mí, y era como si tuviera un hombre delante. Avancé despacio hacia la puerta abierta del dormitorio y metí la mano para encender la luz. La habitación se iluminó y arrojé la gabardina.

Nada.

Vale.

Entré en la habitación agachado, dirigiendo la pistola a un lado y al otro, mirando, mirando, mirando.

Vacía.

La puta habitación estaba vacía.

Las puertas dobles del armario estaban descorridas y un montón de perchas me miraban a la cara. Caminé despacio y corrí las puertas hacia el otro lado, rápidamente. Más perchas.

Vale.

Pues a por el baño.

Si el baño estaba vacío, entonces quienquiera que hubiera causado problemas a Boyd se había marchado antes de que yo llegara. O estaba esperando en el cuarto de

estar. Eso no lo podía olvidar; si el baño estaba vacío, aún no estaba a salvo. Me quedé en la puerta del baño e intenté dar la luz, pero a pesar de que le di al interruptor, no ocurrió nada. Evidentemente, la bombilla se había fundido. Me dirigí hacia la bañera y a la cortina de ducha y estaba empezando a descorderla a oscuras cuando algo salió disparado, algo sólido, algo mucho más duro que un puño que hizo que me doblara, algo de metal que me golpeó en el estómago y me dejó doblado en dos como si fuera una rebanada de pan. Con los ojos medio cerrados vi que una masa oscura se elevaba desde el fondo de la bañera, distinguí la camiseta negra del hombre que me había golpeado y que ahora estaba de pie, y vi y escuché el silbido de un objeto que caía sobre mí. Me lancé a la izquierda, choqué contra una pared y por el rabillo del ojo pude ver el objeto, una llave inglesa que impactó en mi hombro con un fuerte golpe. Caí de rodillas, como si estuviera rezando. Me di con el váter en la espalda y el brazo que sostenía la llave inglesa se alzó sobre mí. Bloqueé el golpe con la mano que tenía libre, y aparté su brazo antes de que me pudiera hacer más daño. Alcé la automática y disparé. El silenciador hizo bang, y bang otra vez, con un sonido escandaloso entre las cuatro paredes de aquel pequeño cuarto. Escuché un grito sordo. No lo vi, en realidad no, no sabía con seguridad si le había dado, pero el tío de la llave inglesa estaba asustado, tan cagado de miedo e indefenso que comenzó a agitar los brazos y consiguió, no sé cómo, que acabáramos enredados con la cortina de ducha. De repente cayeron sobre nosotros las varillas de metal y la tela, y yo volví a disparar con la esperanza de que la pistola no estuviera apuntando a alguna parte de mi anatomía. Entonces, el hombre de la llave inglesa, todavía asustado, más asustado aún, no me mató, a pesar de que podría haberlo hecho, a pesar de que debería haberlo hecho, sino que salió como pudo de allí, con el rabo entre las piernas, como un oscuro borrón.

Pensé que había apagado la luz del dormitorio al salir, porque todo se había vuelto negro, pero cuando me desperté, me di cuenta de que habían pasado unos minutos; cuántos, no lo sabía, no muchos, eso estaba claro, pero cuando por fin me puse en pie y me propuse seguir, dando tumbos, al tío de la llave inglesa, este ya se había largado. Quizá hacía poco, pero allí no estaba. La puerta de la cocina estaba abierta de par en par y cuando me asomé por la escalera de incendios, no vi a nadie.

Cerré la puerta y eché el cerrojo. Avancé con dificultad hacia un armario, cogí un bote de aspirinas y saqué seis. Llené un vaso con el agua del grifo, me tragué las pastillas y el agua, y me quedé allí, apoyado contra la encimera, jadeando. Luego me acerqué a la mesa de la cocina y me senté durante un momento. Me masajeeé el hombro dolorido con la mano derecha, sentí que las lágrimas bajaban por mis mejillas y dije «¡Dios!» varias veces. Luego me pasé la mano por la clavícula. También estaba jodida, jodida de verdad.

Cuando por fin el dolor me dejó pensar, me invadió una rabia terrible y golpeé la mesa con el puño. Casi no sentí dolor en el hombro. Cuando me puse de nuevo en pie, quizá un segundo después, ya no me acordaba del dolor.

De vuelta en el dormitorio, encontré la maleta de Boyd en una esquina. Estaba abierta, como si la hubieran tirado, descartado.

Registré la pila de ropa y no encontré el sobre. Miré en una papelera y allí estaba: vacío y hecho una pelota. Busqué por la habitación durante un rato, pero no mucho tiempo, porque sabía que no encontraría nada. Tenía que asumirlo: el dinero no estaba.

Lo que encontré en el cuarto de estar no me sorprendió.

Boyd estaba en su postura habitual junto a la ventana: sentado en el suelo, apoyado contra la pared, con la cabeza inclinada... pero muerto. Tenía la parte superior del cráneo hundida. Pero parecía un trabajo fino, como si la suya fuera la cabeza de una muñeca de porcelana que un niño hubiera roto con un ligero golpe de martillo. Aunque quizá me lo pareciera por la penumbra. Quizá si lo hubiera examinado más de cerca, a la luz, habría visto la cruda realidad: a un hombre con el cráneo abierto de uno o dos golpes salvajes con una llave inglesa. Tenía los ojos muy abiertos y brillaban blancos en la oscuridad. Casi me pareció oír su voz, hablando con aquellos ojos muertos: «Quarry... Quarry, ¿qué coño...?». La realidad de la muerte debió de resultar muy chocante para Boyd, la crueldad, el absurdo, la fatalidad, el millón de cosas que te deben de pasar por la mente cuando te infligen una muerte violenta. Un hombre puede acostumbrarse a empuñar un arma, y no ser consciente de lo que hace realmente, pero Boyd, evidentemente, murió con la traumática certeza de lo que era, de lo que hacía y de lo que le estaban haciendo. Pero al menos, en sus últimos momentos tuvo un destello de profesionalismo: su mano derecha aún agarraba la tira de la persiana con la que me había avisado.

Eso se lo tenía que reconocer.

Bajo los escalones de madera de la parte de atrás, agrupados contra la pared, había varios contenedores de basura. Seis, concretamente. Los coloqué en un semicírculo y allí dejé a Boyd.

El hombro me estaba matando y no fue fácil bajar en brazos a mi ex socio por los tres tramos de escaleras. Pero había que hacerlo. Quería que pareciera un robo, aunque no sabía si la policía de Port City se lo tragaría. Imaginé que no estarían acostumbrados a encontrarse con situaciones parecidas. Le saqué los bolsillos por fuera y le quité todo lo que tenía de valor, no solo para fingir un robo, sino para evitar que lo pudieran identificar. Con un poco de suerte, Boyd acabaría siendo solo otro número más en la fosa común donde enterraban a los pobres desgraciados que pasaban por Port City y morían a manos de algún asaltante.

Aún no había tenido tiempo de analizar lo que había pasado y actuaba por puro instinto: era como una rodilla a la que habían golpeado en el lugar preciso y se levantaba como debía. Fue el instinto quien me dijo que sacara a Boyd de allí y lo alejara del apartamento que nos había facilitado el cliente anónimo, a quién según una ley no escrita, debíamos proteger a toda cosa. O casi a toda costa: habría sido mejor dejarlo en un lugar más apartado, tirarlo en algún agujero junto al Misisipi a treinta kilómetros de allí, pero no estaba dispuesto a arriesgarme tanto. A pesar del instinto y de la confusión, lo primero en lo que pensé fue en mí. En sobrevivir.

Así que dejé el apartamento y a mi socio limpios de sus efectos y lo guardé todo en el maletero de su Mustang verde. Envolví a Boyd en una sábana (que retiré cuando lo dejé tras los contenedores), me lo eché sobre el hombro bueno, y me dirigí a la salida de incendios esperando tener suerte.

La configuración del callejón me ayudó. En realidad, más que un callejón era una especie de modesto patio rodeado por edificios de tres plantas. Las casas tenían pocas ventanas y estaban todas a oscuras, pues todavía era muy temprano. El bloque al otro lado de la calle era un garaje sin ventanas. Los anodinos edificios y el cielo nublado me dieron quizá una falsa sensación de seguridad, y después de conducir el Mustang de Boyd hasta la entrada del callejón, que bloqueé parcialmente con el coche, me sentí lo bastante seguro para ir a por el cuerpo. O al menos todo lo seguro que uno puede estar en compañía de una víctima de asesinato.

Me metí de nuevo en el Mustang y dejé escapar un suspiro de alivio al salir a la silenciosa calle. Mientras conducía, las farolas se apagaron con un guiño, señalando de forma oficial que la mañana había llegado. Aparqué el Mustang detrás de mi Ford gris alquilado, apagué el motor y me quedé allí sentado durante un momento. Al otro lado de la calle todo estaba silencioso. Todavía no habían descubierto el cuerpo de

Albert Leroy. Entonces me pregunté a quién encontrarían primero, si a Boyd o a Albert.

Ese pensamiento en principio irrelevante era una muestra de lo anonadado que estaba. Salí del coche, avancé hasta la esquina y me quedé allí durante un minuto, más o menos, solo, en la acera, poniendo en orden mis pensamientos. Estaba totalmente desconcertado y no sabía cuánto tardaría en reunir las piezas de aquel puzle y darle sentido a lo que había pasado.

Al otro lado de la calle, en diagonal desde donde me encontraba y frente a una gran iglesia de aspecto gótico, había una cabina telefónica que me recordaba en qué siglo estaba. En cuanto la vi, me encontré avanzando hacia ella, mientras sacaba una moneda del bolsillo y buscaba algo más de cambio para hacer la necesaria llamada a larga distancia.

—Hola —dijo una voz un tanto adormilada.

—¿Eres Carl?

—Sí... sí, soy Carl. ¿Quién eres tú?

—Saca a Broker de la cama, Carl.

—Hum, ¿quién llama, por favor?

—Sácalo de la cama, puto lisiado.

—¿Quarry?

No contesté.

—Vale, vale, espera un segundo.

—Vale.

Tardó tres minutos.

—¿Algún problema? —dijo Broker.

—Sí.

—¿Puedes hablar?

—Sí.

—¿Seguro?

—Estoy en una cabina.

—Bien, ¿qué número tiene?

Se lo dije.

—Dame cinco minutos —dijo— para ir a un lugar desde donde pueda hablar.

—Vale.

Colgué.

Cinco minutos después, diez segundos arriba o abajo, el teléfono sonó, descolgué y Broker dijo:

—Adelante.

—Boyd está muerto.

—¿Cómo?

—Alguien lo golpeó con una llave inglesa.

—¿Y el trabajo?

—El trabajo fue bien. Volví al apartamento justo después y lo encontré con la cabeza abierta. Tuve más que palabras con el fulano que lo hizo, me jodió el hombro un poco, pero nada más.

—¿Entonces lo viste?

—¿Al tío que lo hizo? No. Estaba oscuro y me golpeó antes de saber qué estaba pasando.

—¿Tienes idea de quién o por qué?

—Sé por qué, supongo. No quién.

—¿Por qué, entonces?

—El dinero ha desaparecido.

—Ya. ¿Y eso acaba de suceder?

—En la última media hora.

—¿Las autoridades?

—Aún no han descubierto los cuerpos.

—Solo los has visto tú.

—Sí.

—¿Lo has limpiado todo?

—Sí. —Le conté lo que había hecho, cómo había fingido el robo a Boyd, y que había sacado sus cosas del apartamento.

—Bien hecho, Quarry.

—¿Y Boyd qué? ¿Podrá la policía atar cabos gracias a él?

—Si lo has dejado bien limpio, no. Sus huellas no están en ningún sitio. Ni siquiera estuvo en el ejército, se libró por ser homosexual.

—¿Nunca lo han detenido por sus inclinaciones? ¿Pederastia o algo por el estilo?

—No. Boyd era gay, pero conservador. Me conoces lo bastante para saber que no contrato a gente inestable.

—Broker.

—¿Sí?

—Empiezo a verlo más claro.

—¿Qué ves más claro?

—Quién pudo cargarse a Boyd.

—¿Quién?

—¿Pues quién va a ser? El cliente. El tipo que acudió a ti y te dijo que quería a Albert Leroy muerto.

—Imposible.

—Posible. Muy posible. Por varias razones. ¿Tengo que enumerarlas?

—No.

—¿Quién es?

—No te lo puedo decir. Ya sabes cómo funciona esto.

—Claro que puedes.

—Va contra las reglas.

—Ya estás otra vez, Broker, hablando como si esto fuera una aseguradora, tú fueras el presidente y yo tu mejor comercial.

—¿Tan diferente es?

—¡Joder, Broker!

—Esto es un negocio y hay ciertas normas. Me estás pidiendo que viole la más sagrada de todas.

—¿La más sagrada?

—No te lo puedo decir, Quarry. No te lo diré.

—Broker.

—Ni de coña.

—Quiero mi dinero.

—No está. Sigue con tu vida.

—Eso es lo que quiero hacer, Broker. Quiero encontrar mi dinero y seguir mi vida con él.

—Te diré qué haremos, Quarry.

—¿Qué?

—Te daré el veinticinco por ciento que me llevo yo. Mi comisión. Te la doy. Como regalo. Tómatelo como un extra. Pero déjalo estar.

—No.

—No estás siendo razonable.

—Claro que sí. Me da igual si me das todo el dinero que se me debe, mi parte, tu parte, o la de Boyd. Quiero encontrar al cabrón responsable de esto. Quiero ver cómo se come esa llave inglesa.

—Será mejor que hablemos cuando estés más tranquilo.

—Vale, bien. Llámame el año que viene.

Colgué.

Treinta segundos después, el teléfono de la cabina volvió a sonar. Descolgué.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Broker.

—Voy a descubrir quién me contrató. Si tú no me lo dices, lo averiguaré a mi manera.

—¡Dios santo! ¡Estás loco!

—Imposible. Tú solo trabajas con gente estable.

—Escucha. Escúchame. Sal de ese lugar. Sal. Ya.

—Creo que me quedaré un tiempo.

—¿Se te ha ido la olla? No puedes quedarte después de un trabajo, sobre todo cuando ha ido tan mal como este.

—¿Que no?

—Solo te lo voy a repetir una vez...

—Bien. Porque no me apetece tener que escucharlo más.

—Sal de Port City, Quarry.

—Esto no es Chicago, Broker. Esto es un pueblucho y no me va a pasar nada.

—Tienes razón, Port City no es Chicago, en Chicago te podrías esconder. En Port City vas a llamar mucho la atención.

—Adiós, Broker.

—¡Espera!

Esperé.

—¿No hay nada que pueda decir para convencerte?

—Claro que sí.

—¿Qué?

—El nombre del fulano que quería a Albert Leroy muerto.

—Quarry, esto no te lo voy a tolerar.

—Sí, claro que sí.

—Está bien. Está bien, vale, vale, está claro, pero, Quarry... más te vale que nadie me relacione con esto. Porque si es así, como me pongas en peligro, ya sabes lo que haré.

—Sé lo que intentarás hacer.

—No eres el único asesino del mundo, Quarry.

—No, pero ¿cuántos tienes que sean mejores?

Colgué.

Me senté allí durante treinta segundos y cuando el teléfono sonó otra vez, descolgué y dije:

—Hola, Broker.

—¡Quarry!

—¿Qué?

—¿Qué pasa con el coche de Boyd?

—¿Qué pasa?

—Tienes que deshacerte de él.

—¿Cómo?

—Tráelo aquí y nosotros nos encargaremos.

—No estoy seguro de querer hacer eso, Broker. Hoy voy a estar muy liado.

—Vale, espera, voy a hacer unas llamadas. Hablaré con la persona que buscas. Le preguntaré si sabe algo. Dame hasta esta noche y, si no consigo nada, adelante, sigue con tu idea e investiga todo lo que quieras.

—No sé, Broker.

—Confía en mí.

—Confío en ti. Es nuestra regla más sagrada, ¿eh?

—¿Conoces la carretera del río?

—¿La antigua carretera que corre paralela al Misisipi hasta Davenport?

—Sí. Hay una cantera de piedra caliza a unos quince kilómetros a las afueras de Davenport, en esa misma carretera. Carl y yo te esperaremos allí a eso de la medianoche. Trae el coche de Boyd y entonces te diré qué tal me ha ido con... la persona que te interesa.

—¿Cómo volveré a Port City, Broker?  
—Le diré a Carl que te lleve. Iremos en dos coches.  
—Vale.  
—¿Esta noche, entonces? ¿En la cantera?  
—Sí.  
—Nos vemos esta noche.  
—Vale.  
—A medianoche.  
—Claro, hasta luego.  
—Hasta luego. ¿Quarry?  
—¿Sí?  
—Ten cuidado, ¿vale? No llames la atención y tranquilízate.  
—Qué bonito, Broker. Tu puta preocupación es muy conmovedora.  
Colgó.  
Yo hice lo mismo.

El letrero decía «Coca-Cola», y debajo, en letras ligeramente más pequeñas, «Servicio de Taxis de Port City», pero el lugar era más que eso. Era una especie de tienda que no cerraba durante la noche y donde había de todo. Además funcionaba como cafetería y librería. En la zona de alimentación vendían galletas saladas, cereales, leche, y en la librería, revistas de desnudos y libros de bolsillo de temática pornográfica. La cafetería contaba con un par de mesas colocadas junto a una barra donde había una cafetera, servilletas, cucharillas de plástico y un mini horno de infrarrojos para calentar los sándwiches envueltos en plástico transparente que se exhibían en el mostrador de la entrada.

Detrás del mostrador, que era largo y estaba lleno de dulces y paquetes de cigarrillos, había una mujer gruesa de edad indeterminada, descuidado pelo castaño y rostro extrañamente simpático. Llevaba un vestido rojo y blanco que parecía un mantel de los que se llevaban a los pícnicos en los cincuenta, y estaba sentada dando la espalda a una radio antigua de metal negro. En una mano asía un micrófono cuadrado conectado al aparato por un cable de goma en espiral, y en la otra sostenía una colilla humeante. Desde algún lugar más allá de la carcasa metálica de la radio llegaba un ruido de estática que al parecer ella comprendía, ya que respondía de vez en cuando.

Cuando la mujer y la estática terminaron de hablar, me sonrió y dijo:

—¿Qué tal? ¿Qué temprano, verdad?

—Pues sí —contesté.

—Todos los días a estas horas suele serlo. —Soltó una risilla y señaló con un dedo el final del mostrador—. Tiene bollos recién hechos allí, diez céntimos la unidad. Como es el primero de hoy tiene para elegir, guapo. Al que madruga, Dios le ayuda. El café aún no está hecho, pero no creo que tarde más de unos minutos. Hay un plato en la mesa, junto al servilletero. Deje cinco centavos por cada taza de café que se sirva.

—Gracias.

Levanté la hoja de papel vegetal de la caja y examiné los rollos daneses recién hechos y bien glaseados. Cogí varios y le dejé a la señora veinticinco centavos sobre el mostrador. Caminé hacia la parte de atrás, me senté en una de las mesas y mordisqueé un bollo mientras esperaba que el café estuviera listo.

El local era muy largo y estrecho. Los artículos de comida se agolpaban en las estanterías, a un lado. Había unas cuantas neveras con puertas de cristal arrinconadas contra la pared como si fueran mafiosos el día de la matanza de San Valentín, y los libros y las revistas se amontonaban al otro lado del local. Diferentes tipos de estanterías dándose de codazos entre sí. El techo era alto y tenía la exclusiva del

espacio vacío del lugar; sus márgenes eran redondeados, adornados con esculturas de pequeños cupidos desnudos, hojas de parra y flores, y me pregunté cuántos años tendría aquel edificio y qué había sido antes.

Contemplé la cafetera de aluminio y escuché cómo filtraba el agua. Mi mente estaba haciendo lo mismo: filtrar, combinar ideas, prepararme para lo que sucedería.

Aún no sabía exactamente cómo interpretar lo que había ocurrido aquella mañana. Estaba confuso, los sucesos flotaban dentro de mi cabeza como nieve sintética en un pisapapeles invernal. No sabía qué pasaría ahora. No estaba seguro de lo que había ocurrido, pero lo que sí sabía era lo que iba a hacer.

Iba a encontrar a ese tío.

Al hombre que había pagado para que matáramos a Albert Leroy.

¿Quién más en Port City sabía que Boyd y yo estábamos allí? ¿Quién más en Port City sabía que Boyd tendría miles de dólares guardados en una maleta, en un apartamento en particular, una mañana en particular?

¿Móvil? No tenía ni idea de cuál sería el móvil detrás de todo aquello. En primer lugar, aún era un misterio por qué alguien querría matar a Albert Leroy. No era el típico tío que supusiera una amenaza para nadie. Del motivo no sabía nada. Todavía.

El café estaba listo y me serví una taza. Lo hice despacio y pensé un poco más.

¿Y Broker? Él sabía lo de Albert Leroy, dónde estábamos y todo: joder, lo ideó él. ¿Sería una especie de maquiavélica despedida?

Poco probable. Si Broker quisiera matar a un hombre no lo haría de aquella forma tan chapucera, y tan cerca de su territorio. Hay muchos métodos, mucho mejores, para librarse de alguien que ya no necesitas. Si Broker me quisiera muerto, habría enviado a algún matón a verme entre trabajos, cuando estuviera tranquilo, pescando en Wisconsin o algo así. Encontrarían mi cuerpo flotando en el lago, si es que aparecía. Pero desde luego no en un apartamento en Port City, al otro lado de la calle donde acababa de liquidar a un tío.

Por supuesto, era perfectamente consciente de que Broker pretendía detenerme a cualquier precio, no quería que hiciera de Sherlock Holmes en aquel lugar. Sabía que la reunión de esa noche en la cantera (que podría ser el lugar que le inspiró para ponerme el mote años atrás) estaría pensada, de una forma u otra, para sacarme de la zona, de la situación, para hacerme salir de allí. Pero el grado de violencia que tenía pensado utilizar contra mí, si es que había pensado en eso, era algo que desconocía. Dudaba de que Broker intentara matarme, pero era posible. Era posible.

Quedarse en Port City no era una medida inteligente, eso lo sabía. Pero tampoco lo era marcharse. En este negocio tienes que saber qué pasa, cuál es tu situación, y quién te está haciendo qué. No quería largarme de Port City hasta comprender lo que había ocurrido aquella mañana. Lo único que sabía era que alguien había intentado matarme, y que no era inteligente marcharse de allí hasta descubrir quién había sido y por qué.

También sabía que no era particularmente peligroso quedarse en una ciudad,

siempre y cuando no lo hicieras durante mucho tiempo y no dieras a los polis de pueblo la posibilidad de sumar dos y dos. Si lograba mis objetivos rápidamente, en un día, quizá en dos, no habría nada de qué preocuparse. Tenía mis credenciales de vendedor y las muestras en caso de que las autoridades decidieran interrogarme; una tapadera que haría aguas si alguien la comprobaba con seriedad. Pero mientras no llamara mucho la atención o actuara de forma exageradamente cautelosa, lo más probable era que no despertara sospechas. En cuanto me marchara, cambiaría el cañón de la pistola y arrojaría a una alcantarilla el viejo, envuelto en los guantes que había usado. Así tendría una cosa menos de qué preocuparme.

Había respuestas lógicas a todas las preguntas que me venían a la cabeza, y las contesté todas. No necesito razones para hacer lo que hago. Ni excusas, ni lógica. Lo hago porque es lo correcto. Siento que el tío que me contrató me ha traicionado y creo que debo hacer algo al respecto.

La puerta se abrió de golpe y alcé la vista. Un tío flaco en vaqueros y camiseta blanca se acercó al mostrador, lo golpeó con su portamonedas y arrojó unos billetes.

—Aquí estoy —dijo. Su voz era aguda y no pegaba con su aspecto de tío delgado, pero duro, sobre todo porque era de piel oscura, tenía pelo negro despeinado y una sonrisa de dientes mellados.

—¿Dónde has estado? —le preguntó la mujer—. He intentado localizarte.

—Una vieja petarda me pidió que la llevara a casa, en el campo, y tuve ayudarla a meter algunas cosas en la casa. Y luego me da de propina veinticinco putos centavos, ¿te lo puedes creer? Menuda mierda.

Se acercó, cogió un par de bollos, se sirvió una taza de café y se sentó conmigo en la mesa.

—¿Le importa si me siento aquí?

—Ya te has sentado.

—Pues se lo agradezco.

Se quedó allí y comenzó a hablar a gritos con la mujer, bromeando con ella y riendo con chistes del gremio. Su olor corporal y verlo comer con la boca abierta mientras soltaba chorradas comenzó a irritarme. Me levanté, me acerqué a la zona de los libros y eché un vistazo.

Una de las estanterías de libros de bolsillo estaba dedicada en su mayor parte a la literatura gay. Entre los diferentes títulos reconocí *Amor a media luz*, la novela que había visto leer a Boyd el otro día, y sonreí por un momento. Durante esos instantes pensé en mi socio y en que, en general, había sido un tío bastante decente.

El taxista flaco se acercó con un bollo mordisqueado en una mano, me dio un codazo en las costillas, me guiñó un ojo y preguntó:

—¿Te gustan estas cosas, cielo?

Ahora su voz me pareció afeminada. No sabía si era impostada o no. Por un segundo me enfadé, no sé muy bien por qué, y lo miré directamente a los ojos, fríamente, sin contestar, pero creo que cogió la indirecta. Era tonto, pero no tanto

como para no entender que si seguía por ahí, le iba a hacer daño.

Cuando se marchó, dejé la estantería de los libros y me acerqué a la de las revistas. Luego me di cuenta de que había una pila de periódicos en la esquina, junto a la nevera de las Coca-Colas. Fui hasta allí, me incliné y les eché un vistazo. Periódicos de Davenport, el *Times*. Eran de hace varios días. Por curiosidad los ojeé hasta que encontré uno en el que se hablaba del asesinato del aeropuerto de hacía unos días.

Floyd Feldstein era el nombre del fulano. Estaba relacionado con Quad City Art Sales, Inc, una de las empresas tapadera de Broker. En el artículo no se mencionaba que iba vestido como un cura, o que llevara billetes a nombre de otra persona. El jefe de policía dijo que tras una investigación preliminar, suponía que Feldstein había sido víctima de un robo con violencia perpetrado por alguno de esos «indeseables de pelo largo que últimamente han estado frecuentando nuestros lugares públicos a deshoras, presumiblemente con la esperanza de conseguir un dinero fácil para la compra de sustancias ilegales». Bueno, casi aciertas, jefe.

Volví a la mesa y me serví otra taza de café. Me senté y me lo bebí. Parecía que cuanto más café caliente bebía, menos me dolía el hombro. Así que me quedé allí, bebí y pensé.

Esta noche, decidí, esta noche voy a andarme con mucho cuidado.

Esta noche, Broker. Te veré esta noche.

Pero ahora tengo cosas que hacer.

A lo largo de la fachada del edificio del Servicio de Taxis de Port City, en la zona abierta entre el bloque y la gasolinera de al lado, había una larga fila de espacios de aparcamiento, dos de los cuales estaban ocupados por taxis, cinco por otros coches, y el resto eran espacios vacantes. En la pared superior había un cartel con tres apartados donde se anunciaban pasta de dientes, cigarrillos y un político, pero debajo, colgando más abajo pero visible, había un gran letrero que decía «Aparcamiento privado» en grandes letras negras, con el habitual aviso: «La grúa municipal se llevará los coches que aparquen aquí ilegalmente. Los costes irán a cargo del propietario» en estridentes letras rojas que no ofrecían discusión. Las últimas líneas del cartel, en letras negras más discretas, decían: «Pregunte en el Servicio de Taxis por las tarifas semanales, mensuales y anuales». Por diez dólares, la señora del vestido de cuadros rojo y blanco de detrás del mostrador te dejaba aparcar el coche sin hacer preguntas embarazosas. Esa mujer me gustaba.

Una sirena rasgó el aire justo cuando estaba entrando en el coche de Boyd para trasladarlo al aparcamiento de los taxis. El agudo quejido se acercaba cuando encendí el motor y conduje con tranquilidad hasta una calle, que tras tres bloques, desembocó en la parte trasera del edificio del Servicio de Taxis. Aparqué el Mustang en el espacio que había reservado, cerré el coche y me dirigí hacia el Ford alquilado. Al pasar por el edificio donde Boyd había vivido y muerto recientemente, vi una ambulancia y un coche de policía aparcados en zigzag, sobre la calle y la acera. En todo el medio, vamos, habiendo sitio de sobra frente al edificio de Albert Leroy. Aunque supongo que cuando uno tiene una emergencia, aparcar bien no supone una prioridad. De todas formas, al pobre Albert de nada le servían ya las prisas.

De hecho, parecía que todos se habían tranquilizado bastante. Había dos polis con las manos a la espalda viendo cómo dos tíos de blanco salían de una escalera con una camilla donde Albert Leroy yacía tapado con una sábana. Unas pocas personas se habían acercado a cotillear, sobre todo mujeres de la lavandería de al lado, pero nada de multitudes, aún era demasiado temprano. Un hombre alto de unos cuarenta y tantos, bien vestido, estaba junto a uno de los agentes de policía que le hacía preguntas con ademán respetuoso, como si pertenecieran al mismo gremio. Otro hombre mayor, que había estado en el fondo, se adelantó y tocó al hombre alto en el hombro. Pareció darle el pésame. El hombre alto asintió tristemente con la cabeza y el más bajo, el hombre mayor, hizo lo mismo, dio media vuelta y cruzó la calle en mi dirección.

Conforme se acercaba, vi que no era solo bajo, sino muy bajo, mediría un metro sesenta, pero caminaba muy derecho. Además era elegante. Tenía unos rasgos bien

definidos, aunque hundidos, pero los años lo habían tratado bien y las arrugas de expresión de sus mejillas eran como pinceladas claras y profundas. Llevaba una camisa blanca con las mangas enrolladas, unos amplios pantalones marrones y cuando pasó a mi lado, murmuró «Pobre viejo», como si esperara que yo supiera de quién estaba hablando.

Lo seguí con la mirada mientras accedía al edificio de Boyd a través de la entrada principal, a la altura de la calle. Cuando cerró la puerta me fijé en el letrero de ventana: «Samuel E. Richards. Quiropráctico».

Me masajeeé el hombro y me dije, ¿por qué no? Así que lo seguí.

—¿Señor? —dije.

Se volvió rápidamente y sonrió. Una sonrisa amable pero astuta.

—¿Sí, joven?

—¿Es usted Samuel E. Richards?

—Más me vale. —Sonrió—. Si no, estaría quebrantando la ley al usar esta consulta.

—Necesito que me ayude.

—Le pasa a bastante gente. Verá, la verdad es que aún no he abierto. Mi mujer me está preparando el desayuno y tengo que ocuparme de eso antes de ocuparme de usted. ¿Por qué no vuelve dentro de treinta minutos, media hora?

—Creo que está friendo beicon. Huele bien.

—Tenemos un pequeño apartamento en la parte de atrás de la consulta. Mi mujer y yo ya no somos jóvenes, y no podemos permitirnos una casa y una consulta. Además, ella tiene artritis, ¿sabe? Y las escaleras le hacían mal. En fin, a veces uno tiene que llegar a una solución de compromiso, así que aquí estamos.

Le dije que me parecía un buen arreglo. Eché un vistazo a mi alrededor: estábamos en una sala de espera con varias sillas, una mesa, y un montón de revistas antiguas. No había recepcionista.

—¿Le importa si lo espero aquí?

—En absoluto. ¿Qué le pasa?

—Es el hombro. Tuve un accidente hace algo más de una hora.

—¿Qué clase de accidente?

—Me resbalé en la ducha, ¿se lo puede creer?

—Claro que sí —dijo, sonriendo con amabilidad—. Le sorprendería la cantidad de accidentes que suceden en el cuarto de baño. Bueno, pase a la otra sala, allí lo tumbaré en la camilla y haré que se relaje. No tardaré más de cinco minutos en desayunar.

Su consulta era pequeña, pero con el espacio suficiente para un escritorio, una silla y dos mesas de quiropráctico, una de las cuales tenía el respaldo levantado. Esa fue a la que me hizo subir y donde me senté. Era cómoda, tanto que tuve que esforzarme para no quedarme dormido.

Giré la cabeza a un lado, un movimiento que me provocó dolor en el hombro, y

estudié la habitación. Las paredes eran verde pastel, recientemente pintadas, pero todo lo demás era viejo: la mesa y la silla estaban llenas de cicatrices de la edad y las mesas de quiropráctico habían visto bastante acción. En la pared colgaba su diploma, o su primera licencia, y estaba marrón por el paso del tiempo. Guiné los ojos y leí la fecha, 1921. Estaba todavía en aquella postura, contemplando la sala, cuando regresó después de haber desayunado a toda prisa.

—Coloque la cabeza en el agujero, así, muy bien; girar así la cabeza no es bueno para ese hombro. —Seguí su consejo y sentí sus dedos en mi cuello. Me tanteó toda esa zona y la parte superior de la espalda y dijo:

—Ah, sí, aquí está el problema. —Y se puso a trabajar.

Era bueno. Muy bueno. Un profesional. Tenía una gran sensibilidad en los dedos y sus movimientos eran potentes, pero no me hacía daño. Tenía un don para pillarme con la guardia baja. Podía decir algo para darme conversación, del tipo «Parece que va a llover» y cuando iba a contestarle arremetía contra mí, como si fuera el doble de corpulento y tuviera la mitad de su edad. «Este es mi mejor golpe», se reía y luego seguía con otra cosa. Estuvo quince minutos masajeando y ajustando, la mayor parte del tiempo concentrado en el hombro, pero también en el cuello y en la parte inferior de la espalda, y cuando me bajé de la mesa me sentía genial. Se lo dije.

—Me alegro mucho —contestó—. Es una gran satisfacción que haya resultados tan rápidamente. Es mejor tratar al poco de que ocurra el accidente. Cuando uno deja pasar un par de días, la tensión se va acumulando.

—¿Utiliza rayos X? —pregunté, al recordar las facturas que pagué a un quiropráctico que vi en Wisconsin.

Alzó las manos, flexionó los dedos y dijo:

—Estos son mis rayos X.

Asentí.

—Pero ¿cuántos años tiene usted? —pregunté.

—Ochenta y uno hice este pasado enero.

—Es increíble.

—Puede, no lo sé. Ya no soy tan bueno como antes, pero supongo que aún sirvo. Cuando pase cierto punto, lo dejaré.

—Ah.

—Siempre hay que conseguir buenos resultados. Si no, olvídate, déjalo. Lo que hagas, hazlo bien o no lo hagas.

—Pues los consigues, se lo aseguro. ¿Cuánto le debo?

—Cuatro pavos —dijo, y se los di. Me explicó en detalle cómo todos los demás quiroprácticos de la ciudad habían subido su tarifa a seis, pero que él no podía cobrar tanto. Era uno de esos viejos agradables y charlatanes que disfrutaban con tener a alguien con quien hablar. Me pregunté si quizá no podría aprovechar esa circunstancia.

—Oiga —dije—, ¿qué era todo ese lío que había al otro lado de la calle?

Negó con la cabeza. Se sentó en la silla de su escritorio y yo me acomodé en la mesa que había al lado.

—Algo terrible, terrible, sí. Pobre Albert Leroy. Pobre chico. Pobre... yo tengo ochenta años y él tendría... ¿cuántos? Cuarenta quizá, pero era mucho más viejo que yo. Mucho más. No tenía a nadie. No tenía mujer, no se relacionaba con sus parientes. No tenía una profesión, ni objetivos, ni orgullo, ni nada.

—¿Y qué le ha pasado? —Ya le había picado y ahora solo tenía que hacerle alguna pregunta de vez en cuando. Menudo filón.

—Parece que alguien le ha disparado. Creen que ha sido un robo. —Negó con la cabeza una vez más—. No me sorprende, la gente estaba muy equivocada con Albert. Pensaban que tenía fajos de billetes escondidos por todas partes. Yo le apuesto lo que quiera a que no tenía ni un penique. Así que lo han matado por nada, me imagino.

En eso tenía razón.

—¿Y por qué iba nadie a pensar que ese tío tenía dinero?

—Bueno, su familia es rica. ¿Es usted de por aquí?

—No. Soy comercial, estoy de paso.

—Aun así, quizá haya oído hablar del programa de radio Kitchen Korner. Y se venden productos Kitchen Korner por todo el Medio Oeste.

—Pues no, creo que no.

—Hay un programa que se llama Kitchen Korner. Se hace fuera de Port City pero llega a toda esta zona del país. No es nada del otro mundo, solo unas mujeres que se sientan y cuchichean. Intercambian recetas, chismes y cosas así. Comenzó hace unos años de la mano de una mujer llamada Martha Leroy.

—¿Leroy?

—Sí. La madre de Albert. En el programa salían la vieja Martha, una de las tres o cuatro tías que vivían en la zona y su hija pequeña, Linda Sue. Verá, Martha murió hace unos diez años y su marido, el viejo Clarence Leroy, la siguió poco después. Martha era quien llevaba los pantalones en casa y tras su desaparición, a Clarence, que tenía una buena cabeza para los negocios, de repente le entraron ganas de vivir y se marchó con una mujer más joven. Murió de un ataque al corazón un mes después. Pero me estoy desviando del tema. El caso es que el programa, Kitchen Korner, escrito con ka, comenzó a llevarlo la hija, Linda Sue.

—¿Ganan mucho dinero con el programa de radio?

—Sí, y por los productos. Tienen una línea de alimentación llamada igual, Kitchen Korner. Jamón y sopa, sobre todo, pero algunas otras cosas más.

—¿Todo hecho en Port City?

—El jamón se produce aquí. La sopa también. Pero además venden otros productos que se hacen fuera; se los compran a terceros y aquí les ponen la etiqueta de Kitchen Korner. La vieja Martha sale en ella, sonriendo ya por toda la eternidad. Esa mujer es inmortal, si por inmortalidad se entiende permanecer bien fresco en miles de neveras.

—¿Por qué este tal Albert no tenía pasta?

—Pues verás, Albert era un tipo extraño. Callado. Iba a lo suyo. Uno de mis hijos fue compañero suyo en el colegio y decía que los otros chavales se metían con él y se mofaban porque tenía una pinta rara. —De nuevo negó con la cabeza—. Los chicos pueden ser crueles. Casi tanto como los adultos.

—Sí.

—Bueno, el caso es que era un tipo bastante listo, este Albert. Tenía un alto cociente intelectual. Fue el segundo de su clase en el instituto. Pero en la universidad tuvo problemas... Unos dijeron que se enamoró de una chica que lo trató mal, otros que no aguantó aquello sin el apoyo de su madre... La verdad es que Martha siempre lo protegió mucho. Cualquiera que fuera la razón, volvió del psiquiátrico aún más raro que antes, distinto... —Aquella última parte la dijo entre susurros, como si Albert pudiera escucharlo—. Como un vegetal, ¿sabe? Ya no era listo como antes, no señor. Ahora farfullaba, tartamudeaba, arrastraba los pies... daba mucha pena, la verdad.

—¿Su familia se avergonzaba de él?

—Desde luego. Pero Albert jamás les causó ningún problema. Hacía su vida. Siempre fue un hombre afable a su manera, y la mayoría de la gente era amable con él, cuando se molestaban en dirigirle la palabra, claro. De hecho, siempre me pareció mal que la familia no cuidara de él.

—¿Ah sí?

—Después de la crisis, su madre ya no lo tenía tan en cuenta como antes y su padre nunca le había hecho mucho caso. Cuando murieron los dos, Linda Sue... un nombre que no le pega mucho, ahora es una mujer de unos cuarenta y cinco... lo echó de casa. La casa de los Leroy es una de esas mansiones de West Hill con vistas al río, ¿sabe? Una de esas casas antiguas, muy bonitas, ¿entiende lo que le digo?

—Sí.

—Le dieron un trabajo de conserje en la fábrica de South End donde hacen la sopa, pero eso es lo único que hicieron por él, al menos hasta donde yo sé. Hay gente que piensa que Albert tenía algo de dinero, otros que ganaba un buen sueldo en la fábrica, como el de un ejecutivo, y que lo guardaba, que no gastaba nada, como si fuera un ermitaño. Supongo que por eso lo han matado. Alguien le apuntó con una pistola, disparó y buscó en su casa el tesoro escondido. —Rió—. Pero como le decía, quien fuera no encontró ni un centavo.

—Antes lo he visto hablar con alguien al otro lado de la calle, un hombre alto, ¿quién es?

—Raymond Springborn. El marido de Linda Sue. Su familia también es de dinero, tienen terrenos y edificios por toda la ciudad. —Se inclinó hacia delante para hacerme una confidencia—. Muchos no lo saben, pero según parece es copropietario de un club nocturno, ese que lleva la chica que posó desnuda para la revista de las conejitas. Ah, así se llama el sitio, Bunny's. Están en eso juntos, y no es una buena

compañía para el marido de la dueña de Kitchen Korner. —Se aclaró la garganta—. No pretendo insinuar nada. Estoy seguro de que su relación es solo profesional. El señor Springborn es serio. Y tiene una gran cabeza para los negocios.

—Parece conocerlo muy bien.

—Claro. Es mi casero ¿sabe? Está usted en su edificio. Si se fija bien, en la fachada verá su nombre grabado en la piedra: Apartamentos Springborn.

Cyprus estaba en el valle que separaba East y West Hill y era una calle que parecía dividir la ciudad en dos. Allí estaban las oficinas del periódico local, el hospital del condado, un instituto público, una escuela católica, media docena de iglesias y, justo antes de que la calle desembocara en la autopista 22, un cine al aire libre donde echaban un par de pelis subditas de tono. Nada de aquello me interesaba. Yo no había ido a Cyprus para hacer una visita guiada por Port City, estaba buscando la calle Fuller.

Fuller salía de Cyprus y ascendía paralela a los límites de West Hill, al igual que la calle West Third subía por el lado más exterior de East Hill, en la parte de la ciudad que daba al río. Fuller pasaba por una zona residencial de clase media bastante respetable, casi todo edificios blancos de madera y dos plantas que habían visto días mejores, pero que todavía estaban en buen estado, mientras que West Third cruzaba una sección llena de mansiones antiguas, que no mostraban señales de deterioro. Raymond Springborn y su mujer Linda Sue vivían en una de esas mansiones de la calle West Third. Peg Baker se alojaba en un apartamento, casi en el cruce de Fuller con Cyprus, en una hondonada inmediatamente anterior a la colina. Entre ellos se extendía Port City.

El bloque de apartamentos era un edificio de dos plantas de ladrillo ribeteado en blanco, con pasamanos de hierro forjado pintados de blanco a lo largo del piso superior y a ambos lados de una amplia escalera de cemento en su centro. La estructura tenía cierto aire intemporal; podría ser una construcción de hace veinte años o de ayer mismo. El aparcamiento era más grande de lo que requería el complejo de diez apartamentos, y parecía como si al dueño de todo aquello no le gustara regar el césped: había pequeños parches cuadrados con hierba y setos aquí y allí, rodeando el suelo de cemento, como pellizcos de perejil en un gran plato vacío.

Aparqué el Ford en el gran parking. Estaba a un tercio de su capacidad ya que eran más de las nueve y la mayoría de los vecinos probablemente se habrían ido a trabajar. Los vehículos que quedaban eran los segundos coches, o los que pertenecían a personas que trabajaban por la noche, como Peg Baker. Me situé entre un monovolumen y un Volkswagen, apagué el motor y salí.

En la guía telefónica decía que la dirección de Peg Baker era Fuller 121, y allí estaba el número 121 de esa calle, pertenecía a diez apartamentos. Algunos de los inquilinos tenían sus nombres en los buzones, al menos seis de los diez, pero no Peg Baker. Aquello reducía la lista de posibilidades, pero no lo bastante. Y las cortinas de los cuatro pisos restantes estaban todas echadas, por si se me ocurría curiosear por las ventanas. Siempre podía hablar con el encargado para averiguar cuál era el

apartamento de Peg Baker, pero el tipo vivía en otra parte. En la puerta de uno de los cuartos de lavadoras había una nota donde venía el nombre, la dirección y las horas a las que se le podía llamar. Solo estaba disponible por las tardes. De todas formas, lo llamé desde el teléfono público de la sala de lavandería, pero una grabación me pidió que dejara un mensaje, así que colgué. Mierda.

Me estaba preparando para llamar al azar a una de las cuatro puertas cuando descubrí el que tenía que ser el coche de Peg Baker. Seguramente con la matrícula podría acceder a su dirección, y con un poco de suerte, sería más específica que Fuller 121.

No fue complicado identificar su coche. Lo que me sorprendió es no haberme dado cuenta antes. En mi disculpa diré que estaba escondido en la última plaza, en el lado opuesto de donde yo había aparcado. Estaba ahí metido, detrás de un gran Caddy azul de cuatro años.

El suyo era un Mustang rosa.

Tenía varios años, pero lucía tan rosa como el primer día, y sin un solo golpe. Un caprichito rosa de los que nunca pasan de moda, una especie de Peter Pan aparcado lejos, apartado, donde nadie pudiera hacerle daño. La tapicería era rosa. Las alfombras eran rosas. La palanca de cambios era rosa. Y me dio miedo mirar debajo del capó.

La alegría que sentí al dar con su coche desapareció al momento: la matrícula estaba dentro, fijada al parabrisas, mirándome directamente a la cara y restregándose la dirección Fuller 121 en las narices. Decía «Margaret Anne Baker» y luego «Estado de Iowa, Oficina de Licencias de Vehículos a Motor», y «Port City» y otra mierda burocrática del estilo, pero nada de cuál era el número de su apartamento, por ejemplo.

¿Y ahora qué? ¿Al final tendría que escoger una puerta y preguntar? Debía ser cuidadoso con cómo lo hacía porque todo el cuarto de lavadoras y varias ventanas estaban decoradas con carteles donde decía: «Prohibida la venta puerta a puerta», con el aviso de que una ordenanza municipal dictaba la inmediata encarcelación de cualquiera que practicara ese arte prohibido. Me recordé que no debía escupir en la acera.

Era un detective cojonudo.

Así que caminé hasta mi coche, con la cabeza gacha y la intención de ordenar mis pensamientos. Mi idea era llegar hasta Raymond Springborn por una vía indirecta, es decir, Peg Baker. Cómo iba a hacerlo, no lo sabía; tendría que improvisar; la falta de tiempo no me dejaba otra opción y mi nula experiencia en estos asuntos, tampoco. La otra posibilidad que me quedaba era un acercamiento frontal, y con el cuerpo de su cuñado Albert Leroy aún caliente, no me parecía un buen momento para presentarme a la familia Springborn. Me imaginé dejándome caer en el funeral, quizá mientras Springborn recibía las condolencias del jefe de policía de Port City. Semejante situación daría pábulo a muchas preguntas embarazosas como ¿quién es usted? o

¿qué hace aquí?

Me senté en el Ford, me recosté en el asiento e intenté pensar. Lo que en realidad quería era dormir. O mejor aún, no haberme levantado. Me empeñaba en pensar, pero no podía. Quizá Broker tenía razón, quizá me estaba comportando como un gilipollas, quizá debería dejarlo estar. Sentí que me arrugaba como un vaso de papel usado, vacío, desechado.

Lo vi por el rabillo del ojo. No lo reconocí al principio, pero me resultó familiar. Me obligué a pensar y entonces caí.

El batería.

El batería del grupo de rock que tocó en Bunny's la otra noche. Y el último rollo de la mismísima Peg *Bunny* Baker, según los mentideros de barra, conclusión a la que yo también llegué al ver cómo lo miraba.

Salía por el extremo izquierda del bloque, del bajo que estaba justo al lado del Mustang rosa. Cerró la puerta con suavidad y comenzó a caminar despacio, sobre las puntas de los pies, con las deportivas en la mano izquierda, colgando de las yemas de los dedos. Parecía un personaje de dibujos animados escabulléndose del rollo de una noche de borrachera, solo para caer en las garras de alguna arpía armada con un rodillo de cocina. Era otro estereotipo; pelo largo rubio y lacio que le llegaba por los hombros, barba de pocos días, sin camisa y unos vaqueros desteñidos con la palabra «Love» bordada en la entrepierna.

Permanecí en el coche, agachado, sin que me viera aquel refugiado de dibujo animado. Oh, pensé como un idiota, lo que daría por tener ahora un rodillo de cocina. Lo observé al pasar junto al Mustang rosa; lanzaba miradas furtivas a su alrededor de vez en cuando. Se movía con cautela, las puntas de los pies descalzos y sucios apenas tocaban el suelo. No tenía ni idea de lo que tramaba aquel chaval, pero algo tenía en mente.

Abrió la puerta del conductor del Mustang y se arrastró a su interior. Y digo se arrastró porque se agachó, se tumbó bocarriba y tanteó con los dedos debajo del salpicadero. Lo contemplé y durante unos segundos me pregunté qué estaría haciendo el muy payaso, pero cuando se incorporó, lo supe; estaba puenteando el coche.

No me vio venir. Aún estaba tumbado bocarriba, pero tenía la vista clavada en lo que sus manos estaban haciendo debajo del salpicadero. Tenía una navaja de bolsillo y estaba pelando los cables. Estaba claro que sabía lo que hacía, pero iba un poco lento. Y yo sabía por qué. El fulano apestaba a alcohol y eso que yo estaba de pie y él tumbado sobre su espalda. Así que era un borracho que se escabullía... ¿y quién sino un borracho robaría un Mustang rosa?

Lo cogí por un tobillo y tiré de él. Se golpeó la cabeza varias veces con diferentes superficies de modo que cuando lo tuve sobre el cemento, parecía bastante aturdido. Le dije:

—¿Has perdido las llaves?

Intentó patearme la cara, pero no lo dejé. Le aparté el pie, pero entonces intentó

clavarme la navaja. Tampoco se lo permití. Se la quité de una patada y salió disparada hasta unos arbustos. Entonces le puse un pie sobre la garganta. No apreté, pero cuando uno pisa una garganta tampoco hay que ejercer mucha fuerza, la verdad. Abrió desorbitadamente los ojos, como platos, platos llenos de terror. Intentó decir algo, pero no le salió nada; es difícil hablar cuando alguien te está pisando el cuello. Así que reduje un poco la presión para escuchar lo que tenía que decir. Luego levanté totalmente el pie y aproveché la oportunidad para decir «cabrón hijo de puta», lo cual era una indicación de lo borracho que estaba.

Tiré con fuerza de un brazo y mientras él se quedaba medio colgando, la oí.

—¿Qué coño está pasando aquí? —dijo.

Su voz era aguda, casi estridente por un momento, pero claro, estaba gritando, así que era normal.

—¿Es este su coche? —dije señalando al Mustang con la cabeza.

—¡Por supuesto que sí!

—¿Y él? ¿También es suyo?

—Lo conozco. ¿Qué le está haciendo? —Se acercó un poco más y dijo—: Dios, qué peste. Joder, ¿está borracho? Debe de haberse bebido todo el alcohol de mi apartamento. —No estaba tan bien como en las fotos del Playboy, ni parecía tan tentadora como la otra noche en su club, pero Peg o Bunny o como se llamara, era una belleza natural y aun sin maquillaje, con el pelo revuelto y un albornoz azul desgastado, ceñido a la cintura, que la cubría de cuello a rodilla y con el que apenas se adivinaban las curvas de su cuerpo, seguía resultando atractiva. Era una mujer a la que uno se tiraría, no una foto con la que masturbarse.

Le dije:

—Estoy evitando que le robe el coche.

—¿Qué?

—Lo estaba puenteando.

—¿De qué coño está hablando?

—Estaba puenteando el coche, intentaba encender el motor sin usar la llave.

—¿Para qué?

—Supongo que para marcharse en él.

Se acercó y le dio una patada al tío donde ponía «Love». Entonces el desgraciado consiguió zafarse de mí y hacerse una bola.

—Gilipollas —dijo—. ¿Por qué no me cogiste las llaves del bolso?

—Desde luego no es una lumbrera. Quizá está tan borracho que se ha vuelto idiota. Explíqueme por qué alguien robaría un Mustang rosa.

La mujer rió. No me sonó estridente.

—Explíqueme por qué alguien se compraría uno.

—Esa iba a ser mi siguiente pregunta.

—Quizá se lo cuente un día. ¿Cómo se llama?

—Quarry —dije. No sé por qué le di ese nombre. Lo lamenté nada más hacerlo.

—Déjelo ir, Quarry.

—No lo estoy sujetando.

—Ya sabe lo que quiero decir.

Le dije al tío:

—Vale, te puedes largar.

Tardó medio minuto en ponerse en pie. Miró a la chica por un momento, luego a mí, y después salió corriendo con cierta cojera, como si le acabaran de dar una patada en los huevos. Pocos segundos después ya estaba a la altura de la esquina de Cyprus, pero antes de doblarla, se detuvo, dio media vuelta y gritó:

—¡Zorra! ¡Putas! —Y desapareció cojeando.

—Se refiere a usted, supongo.

Sonrió.

—Bueno, en realidad me llamo Peg. Peg Baker. Pase, lo invito a una taza de café.

—No sé.

—¿Qué no sabe?

—No sé si es seguro entrar en el apartamento de una persona que conduce un Mustang rosa y duerme con gente así.

—Él durmió en el sofá. Adonde lo mandé después de que no se le levantara. ¿Quiere café o no?

Estudié su rostro y me pregunté cómo podía tener un aspecto tan duro y tan joven al mismo tiempo.

—¿Qué tal un pomelo? —me preguntó.

—¿Qué?

—Un pomelo. Que si le apetece un pomelo.

Estaba de pie, frente a la cocina, con el albornoz lo bastante suelto por la parte de arriba como para poder ver el comienzo de sus pechos de conejita del *Playboy*. Di un sorbo al café y me pregunté si lo del pomelo tendría alguna connotación sexual.

—Sí, me apetece un pomelo.

—Quizá sea ya tarde para desayunar. ¿Qué hora es, de todas formas?

Había un reloj sobre la ventana del fregadero de la cocina, pero estaba parado. Consulté el mío.

—Las diez menos cuarto —dije.

—Supongo que ya habrá desayunado.

—No, la verdad es que solo hace un rato que me he levantado.

Me senté en la mesa con mi café y contemplé cómo se acercaba a la nevera, sacaba un gran pomelo amarillo y lo partía por la mitad sobre la encimera con un cuchillo muy grande y reluciente. Volvió a cortar la fruta en más trozos y los roció con un poco de azúcar, después los repartió en dos cuencos que dejó sobre la mesa. Puso uno delante de mí, inclinándose de tal forma que pude echar un buen vistazo a lo que había debajo de aquel albornoz. Le di un mordisco a un gajo de pomelo.

—Usted siga comiendo —dijo—. Ahora vuelvo.

Se acercó hasta una puerta, la abrió y desapareció tras ella. Me concentré en mi pomelo y seguí comiendo, lentamente, mientras estudiaba la habitación.

El lugar era horrible. No tenía ningún sentido que aquella muñeca sexi de *Playboy* viviera allí. Aquel era el apartamento de una vieja, estaba lleno de recuerdos de décadas pasadas. En la pared a mi izquierda había dos armarios de roble que casi tocaban el techo de gotelé y estaban repletos de porcelana y cristalería. En la pared opuesta había un sofá con brazos cubiertos por tapetes de ganchillo, al igual que los brazos de un par de sillones. Sobre el sofá colgaba un gran espejo con un marco de madera pintado de dorado y tallado con cupidos y flores. El espejo reflejaba los armarios de la porcelana. Las paredes de estuco estaban decoradas con platos con imágenes de iglesias y presidentes muertos. Solo la televisión parecía de este siglo, una RCA nueva, de color, pero justo encima, en la misma esquina, había unas estanterías baratas con una colección de salpimenteros; casi todos con formas de animales o frutas, como dos grandes corderos, uno negro y otro blanco, o una pareja

de regordetas fresas de porcelana. Los primeros dos tercios de la gran habitación estaban ocupados por el cuarto de estar, abarrotado por aquella serie de horrores de la tercera edad, mientras que el último tercio, al fondo, pertenecía a la cocina. Dos librerías que llegaban hasta la cintura, con espacio entre ellas para poder pasar, separaban ambos ambientes. Los libros no eran los que uno esperaría encontrar en la casa de una conejita. Había desde los *Libros condensados de la selección de Reader's Digest*, hasta la *Enciclopedia Collier's*, pasando por algunas novelas en tapa dura de las cuales *Por siempre ámbar* era la más picantona, además de otras de bolsillo de temática romántica. La cocina parecía que se había librado de aquel despliegue de interiorismo senil, salvo por el reloj que pendía sobre el fregadero. Allí se veía al gato Félix, con dos brillantes ojos de cristal y una cola que hacía las veces de manecilla de las horas. Afortunadamente no funcionaba, alguien lo había desenchufado. Además, sobre la nevera había un peluche muy mono: una araña rosa y negra del tamaño de una rata.

Regresó vestida con el suéter azul que le había visto hacía dos noches en Bunny's, aunque ahora lo combinaba con unos pantalones cortos azules a juego. Tenía las piernas delgadas y pálidas, pero tonificadas y deliciosas. Me fijé en cómo las tetas subían y bajaban mientras se acercaba a la mesa. Se sentó y comenzó a comer el pomelo, dando pequeños pero ávidos mordiscos, como si sintiera alguna especie de placer sensual con cada bocado.

—Bonito apartamento tiene —dije.

—¿Resulta bastante espeluznante, verdad?

—Echando un vistazo, uno podría pensar que es usted mayor de lo que parece. ¿Quién es? ¿Una anciana de cien años que descubrió la fuente de la eterna juventud?

—No exactamente. Mi madre vivía aquí, conmigo. Hasta hace un mes.

—¿Qué pasó el mes pasado?

—Murió.

—Ah.

—¿No va a decir que lo siente?

—Lo siento.

—Y una mierda.

—Siento mostrarme tan frío, después de todo, su madre y yo éramos íntimos. Rió.

—Creo que me va a caer bien... ¿Cómo se llamaba? ¿Quarry, verdad? ¿Quarry?

—Sí.

—¿Tienes nombre de pila?

—¿Debería?

—Claro.

—Te propongo un trato.

—¿Qué clase de trato?

—No me preguntas mi nombre y yo no te llamaré conejita.

—Trato hecho.

—No pareces muy afectada por la muerte de tu madre.

—Lo he superado. De todas formas, fue una bendición, estaba senil. O sea, mira este sitio, creo que con esto te puedes hacer una idea de cómo estaba.

—¿Por qué no sacas todo esto de aquí?

—¿Y adónde lo llevo?

—Tienes dinero, alquila algún trastero.

—Oh, ¿así que tengo dinero, eh?

—Claro. Eres la dueña de ese restaurante o bar o lo que sea, eso tiene que dar pasta.

—Es un club y solo tengo la mitad. Aunque estoy intentando quedarme con todo.

—Ah.

—Todo o nada. Verás, cuando montamos el negocio no teníamos ni idea de que iba a funcionar así. El local comenzó bien y la cosa ha ido mejorando. Pero digamos que el acuerdo que firmé es mejorable.

—¿Por qué?

—Bueno, cuando se me ocurrió lo del club, tenía algo de dinero, pero no todo lo que necesitaba. Mi madre ya no podía moverse de la cama, y como te dije, estaba senil. Vendimos la casa de la colina...

—¿Teníais una de esas casas de la colina?

—Sí, nuestra familia es de las más antiguas de Port City. Mi padre estaba en el negocio de los botones de nácar, que era el principal de la ciudad... Port City era la capital mundial del botón de nácar. Hasta que llegó el plástico y el mercado del botón de nácar se hundió. Mi padre salió pronto del negocio y nos quedamos con suficiente dinero para mantener la gran casa de la colina. Allí vivieron ellos cómodamente hasta hace cinco años, cuando murió mi padre y mi madre comenzó a necesitar cuidados médicos.

—Creo que esa historia me suena de algún culebrón.

—Oh, vete a la mierda, Quarry. En cualquier caso, vendí la casa, trasladé a mi madre y todas sus posesiones a este cómodo bajo de dos dormitorios e invertí bastante dinero en el local que conoces como Bunny's. Pero además aporté el concepto del local y mi mala reputación como la pija de Port City venida a menos que salió desnuda frente a Dios y al mundo en una revista. Mi socio aportó el terreno y el dinero que faltaba. Como su inversión, con el terreno y el dinero incluido, era superior a la mía, su porcentaje de los beneficios también es mayor. Quiero más dinero del que recibo. Más, joder, lo quiero todo. ¡Yo soy la puta conejita! Si quiere la pasta, que enseñe él el culo.

—Entonces ¿vas a intentar comprar su parte?

—Sí, he estado ahorrando como una buena avara. Y si no me vende su parte, le ofreceré la mía y montaré otro local en otro sitio.

—Oye, quiero preguntarte una cosa.

—Adelante.

—El Mustang rosa. ¿Dónde lo compraste?

—Fue un regalo. De mis días de conejita. Quizá te cuente la historia cuando te conozca mejor.

—Me gustaría conocerte mejor.

—Ya lo sé.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo de esta mañana no ha sido una coincidencia, ¿verdad?

Casi me ahogo con un trozo de pomelo...

—¿Cómo dices?

—Esta mañana. Viniste aquí buscando la forma de acercarte a mí, ¿verdad? No te hagas el tonto. Te vi hace un par de noches en el club. Vi cómo me mirabas.

Sonreí, más por alivio que otra cosa.

—Lo siento, no lo pude evitar.

—Los hombres me miran. Generalmente lo hacen como si fuera un trozo de carne con el sello de calidad del gobierno, pero como carne, al fin y al cabo. Tú, en cambio, me mirabas como si fuera una mujer.

—Notas la diferencia, ¿eh?

—Claro. La mirada del filete de ternera es lo habitual. Prácticamente todos los hijos de puta de Port City han intentado acostarse conmigo en alguna ocasión.

—Pero tú eres selectiva.

—Sí.

—Entonces, deja que te haga otra pregunta.

—Adelante.

—Pero no te enfades.

—Ya veremos.

—Si eres tan selectiva, ¿cómo se te ocurre llevarte a la cama al tipejo ese que ha intentado mangarte el coche?

Rió. Con los ojos también, se puede decir que le brillaron.

—Tengo debilidad por los hombres más jóvenes que yo. ¿Cuántos años tienes tú, por cierto?

—¿Y tú?

—Treinta y dos.

—Yo soy más joven.

Sonrió. Me tocó la mano.

—Gracias por detener a ese imbécil. Me gusta mi coche, le tengo cariño, tiene valor sentimental para mí.

—Era un borracho.

—Sí, bueno, estuvo casi toda la noche fumando porros y como no se le puso dura lo eché del dormitorio. De hecho, me encerré en mi cuarto. Se habrá pasado el resto de la noche bebiéndose todo lo que tenía en casa y planeando su venganza, el muy

gilipollas.

—No me pareció que supiera lo que estaba haciendo.

—Quizá sí. Su grupo era el que tocó la otra noche en el club, ¿sabes? Me contó que iban a tener que separarse muy pronto, porque él y otro tío tenían deudas de drogas y estaban pensando en irse cagando leches a Canadá. Quizá anoche le llegó la inspiración y se le ocurrió conducir hasta la frontera en mi Mustang.

—O quizá es gay y le va el rosa.

—Podría ser. La mayoría de los hombres reaccionan bastante bien conmigo, esta es la primera vez, que yo recuerde, que un tío tiene ese tipo de problemas.

—¿Jóvenes, eh?

—Sí, tíos más jóvenes y tíos que están de paso, rollos de una noche, ¿entiendes? Me gustan las relaciones cortas. Cortas y dulces. Para mí una relación larga dura una semana.

—¿Ah sí? ¿Entonces no te mezclas con los de aquí?

—No. Me gusta estar sola. Si tuviera una relación con alguien de aquí se volvería algo serio antes de darme cuenta. No quiero, no quiero amor, gracias, ya me han jodido antes. Ni tampoco relaciones profundas y maduras con hombres casados. He visto a demasiadas chicas pasarlo mal por eso mismo. A mí me gustan las relaciones superficiales y cortas. Rollos de una noche, sí señor. Y hasta hace nada tenía el problema de mi madre. Cuando estaba viva no podía traer hombres a casa, menudo escándalo. Así que iba a moteles, o lo hacíamos en el coche, o cosas así. Un poco sórdido, quizá, pero me valía. En fin, todo el mundo necesita darse un gusto de vez en cuando.

—Sé a lo que te refieres.

—¿A qué te dedicas?

—Soy comercial.

—Entonces sí que me entiendes. Toda tu puñetera vida es una concatenación de rollos pasajeros, ¿no?

—Como la de casi todo el mundo, ¿no?

Guardó silencio durante un momento, parecía pensativa, luego me miró.

—Me pregunto si...

Esperé.

Justo cuando el silencio comenzaba a ser realmente incómodo, dije:

—Este pomelo está muy bueno.

—¿Quieres otro?

—Solo si tú también.

—Sí.

—Vale.

Sacó otro pomelo amarillo, lo sirvió y dijo.

—Pomelo de Florida.

—Eso me había parecido. Muy rico.

—Sí, una amiga mía me mandó una caja. Ella es un buen ejemplo de lo que decía antes.

—¿Hum?

—Esta amiga mía. Tuvo un lío con un hombre casado, y la cosa acabó mal. El tío la jodió bien jodida. Esa es una de las razones por las que no quiero seguir siendo su socia.

—Espera un momento... ¿Quieres decir que esta amiga tuya estuvo liada con el tío con el que tienes el negocio?

—Joder, no debería habértelo contado.

—Yo no soy de aquí, Peg, ¿qué más da?

—Ya, es que nadie de Port City sabe de esa relación.

—Tú sí.

—Sí, yo, pero el tío no sabe que lo sé. Uf, ¿un poco lioso, verdad?

—No pares ahora, la cosa está interesante.

—Bueno... vale. No creo que pase nada. Después de todo, no te he dado sus nombres, ¿no? Y si lo hiciera, no sabrías de quién te estoy hablando.

—Cierto —dije. Raymond Springborn.

—Este tío, mi socio, es un gran hombre de negocios, un fiero, la verdad, y todo hay que decirlo, bastante decente, aunque parte de eso tiene que ver con la imagen que tienen de él en la ciudad. Bueno, mi mejor amiga era la amante de este tío. Su amante durante más de un año. Le pagaba un apartamento y la trataba bien. Pero el apartamento acabó convirtiéndose en prisión porque al tío le obsesionaba que alguien pudiera enterarse de lo suyo. Entonces, el mes pasado, le dijo que su gran amor se había terminado y la mandó a Florida. Según parece le está soltando un montón de pasta para mantenerla allí, y le ha dicho que volverá con ella en cuanto sienta que la situación es más segura.

—¿Crees que su mujer lo descubrió o qué?

—Quizá, pero no sería un gran problema. Ray, o sea, este tío y su mujer nunca han sido una pareja lo que se dice apasionada. Duermen en cuartos separados, ya sabes. Pero no, yo creo que el problema es su imagen pública, sus negocios, todo ese rollo de hombre de familia; la bandera y la tarta de manzana no casan bien con tirarte a chicas de la mitad de tu edad. Digamos que chirría con su perfil de hombre de negocios americano y cristiano ideal.

—Interesante.

—Sí, el muy cabrón la llama, le ordena que salga del apartamento y ella me viene llorando y diciendo que se marcha a Florida. Joder.

—¿Le pagaba un apartamento aquí, en Port City?

—Claro. A él le venía mejor. Tiene apartamentos por toda la ciudad. De hecho, es el dueño de este edificio, y el bloque en el que estaba su apartamento se encontraba en el centro.

—¿Ah sí? ¿Y no era un poco arriesgado tenerla en un lugar céntrico?

—Que va, siendo él el dueño del edificio... ¿Qué tiene de raro que pasara por allí? De todas formas, no está en el centro, centro, sino más bien en una de las calles del distrito comercial. Y nadie más en el bloque habría sospechado nada. Ray, el tío, quiero decir, siempre dejaba el apartamento de en medio vacío, y ella estaba en el último piso. En la planta baja hay unos viejos, creo.

—¿Viejos?

—Sí, un hombre mayor tiene ahí su consulta, con un apartamento en la parte de atrás. Vive con su mujer. Es una especie de médico o algo. Un quiropráctico, creo.

Separó las piernas, me puse encima y la penetré. Nos tomamos nuestro tiempo. No nos habíamos entretenido con los prolegómenos, pero ella estaba lista, húmeda, y no tuve problemas para deslizarme en su interior. Nos movimos juntos, de forma instintiva, despacio, en silencio, hasta que llegamos a un punto en el que comenzaron a sonar los gemidos, los suspiros medio articulados.

Me quedé sobre ella durante un minuto, más o menos, con una mano todavía debajo de su culo, cogiendo un cachete, y en la otra un pecho. El pezón comenzaba a desdibujarse y a convertirse en una suave protuberancia contra la palma de mi mano. Le acaricié el cuello y ella giró la cabeza hacia mi mano; le gustaba. Sentí cómo me relajaba y me deslizaba al exterior, sin poder hacer nada por evitarlo. Peggy se apartó, se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Con su precioso culo moviéndose a cada paso.

Me tumbé bocarriba, alcancé la mesilla de noche, cogí un pañuelo de papel de la caja y me limpié. Los músculos del estómago me dolían, pero era un dolor agradable; me sentí cansado, pero en el buen sentido. Y el hombro ya no me molestaba nada. Doblé la almohada y, medio sentado, medio tumbado, me quedé mirando el techo.

Un rato antes, después de terminar el segundo pomelo, nos habíamos trasladado al cuarto de estar para seguir con la conversación. Pero mientras nos acercábamos al sofá Peg dijo: «Este sitio es demasiado deprimente, es como hablar en el hogar del jubilado», y la seguí hasta el dormitorio, donde la cama de matrimonio estaba todavía sin hacer, revuelta solo por un lado. El cuarto no era muy diferente del resto del apartamento; los muebles eran igual de anodinos, solo que aquí no había tapetes de ganchillo ni figuritas. Era el típico dormitorio de apartamento con las paredes pintadas de estuco, aunque bastante más alegre gracias a los coloridos pósteres de películas de los años treinta. En uno se veía a King Kong pasándose en grande en lo alto del Empire State Building, y en otra aparecían los hermanos Marx disfrutando de lo lindo en el circo. Incluso había un póster naranja donde se mostraba la versión de algún dibujante alternativo de unos hombres de cabezas diminutas, piernas muy gruesas y grandes pies bailando en fila, con las palabras «Keep on truckin»<sup>[1]</sup> sobre sus cabezas. A su lado estaba la foto de ese tío del espacio de orejas puntiagudas que sale en la tele, y no muy lejos se podía ver a dos rinocerontes montándose bajo el lema «Haz el amor, no la guerra». El más llamativo estaba justo sobre la cama; era un póster en blanco y negro con el rostro de Marilyn Monroe. El efecto que daban al cuarto era extraño, como si en lugar de compensar el aura de senectud del resto del apartamento, aquellos pósteres, aquellos espíritus libres estuvieran encarcelados en ese cuarto, dentro de aquel apartamento de viejos. Tenía la sensación de que me

miraban y decían: ¿qué estamos haciendo aquí? No pude evitar preguntarme si Peg los había puesto ahí para conservar la cordura mientras su madre estaba viva y dominaba este mundo, o si los había colocado después, con su madre ya muerta, para que le hicieran compañía. No le pregunté y ella no me dijo nada. Solo se sentó en la cama, justo debajo de la foto de Marilyn, me miró con los labios ligeramente separados, como si fuera a decir algo, como si quisiera continuar con la charla que habíamos iniciado con los pomelos. Pero no lo hizo. Puse un dedo sobre su boca y le saqué el suéter azul por la cabeza, con suavidad. No protestó. De hecho, ella se quitó los pantalones y las bragas azules y me ayudó a desnudarme.

El agua corría en la otra habitación, me senté en la cama y grité:

—¿Qué haces?

—Me voy a bañar. ¿Te apuntas?

Me acerqué al baño. Aún no se había metido en la bañera; estaba inclinada, comprobando la temperatura del agua. Le toqué la espalda y se volvió. La abracé y nos besamos. Fue un beso largo.

—Es la primera vez que me besas.

—Solo hace una hora y media que te conozco. Dame tiempo.

—Bueno, me has echado un polvo. Pensé que quizá tuvieras el detalle de besarme antes de joderme.

—No parecías muy interesada en los besos.

—Supongo que los dos nos hemos saltado los preliminares.

—Supongo.

—Supongo que la gente no se besa tanto como antes.

—Supongo que no.

—Supongo que prefieren ir al grano.

—Supongo.

Nos besamos de nuevo. Un beso igualmente largo.

—¿Sabes qué? —me preguntó.

—¿Qué?

—Es una pena que besar ya no esté de moda.

—¿Por qué?

—Es agradable. La próxima vez...

—¿Qué?

—No nos saltemos los preliminares.

—¿Te quejas de mi técnica?

—No.

Nos volvimos a besar. Esta vez fue más corto.

—A la bañera —dijo.

—Vale.

Nos metimos. Ella delante de mí. Le enjaboné la espalda y le besé el cuello.

—Siempre me doy un baño después de follar.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Y si has follado en el asiento trasero de un coche?

—Me llevo una esponja —dijo y rió—. No, tonto, en ese caso me baño en cuanto llego a casa.

—Te gusta bañarte.

—Sí. ¿Crees que me baño justo después porque me siento culpable? ¿Como Lady Macbeth cuando se limpiaba la sangre de las manos?

—No lo sé. A mí me gusta nadar.

—Eso es como bañarse.

—Solo que no tienes que perder el tiempo lavándote.

—¿Por qué crees que te gusta nadar, Quarry?

—Me gusta sentir el agua. Me gusta sentirla alrededor.

—Pásame el jabón.

—Vale.

—Quarry.

—¿Sí?

—¿Quieres saber la historia del Mustang rosa?

—Claro.

—Es un poco personal.

—Acabamos de follar, ¿no? Más personal que eso...

—Follar no siempre es personal.

—Ya.

—Este ha sido un polvo bastante personal. Dentro de veinte años me acordaré de este polvo. ¿Cuántos polvos recuerdas lo bastante bien para hablar de ellos al día siguiente?

—¿La historia del Mustang?

—Había un tío en Chicago. Yo trabajaba como conejita en un bar de allí, ¿sabes? Me vio en la revista, en el póster donde salgo desnuda, y se enamoró de mí. Fue un flechazo, o eso me dijo. Venía al club muy a menudo y no me dejaba en paz. Incluso tuve problemas por su culpa, casi pierdo el trabajo, se supone que no puedes confraternizar con los clientes, ya sabes. Así que al final, accedí a salir con él si dejaba de darme la lata. Quedamos una noche y al principio no me gustó. No es que fuera un patán ni nada de eso, ni tampoco parecía el típico gánster... oh, no te lo he comentado, ¿verdad? Era un mafioso. Supongo que mataba gente, o había matado gente, pero yo no pensaba en eso. Si lo hubiera sabido con seguridad, quizá me habría preocupado, por eso nunca se lo pregunté. Salimos durante un año y medio. Me llevó a todas partes, a Las Vegas, una vez a las Bahamas... Pero un día descubrí que estaba casado. Me sentí humillada. Oh, no es que yo fuera una mojigata ni nada de eso, ya había salido con hombres casados antes, pero siempre lo había sabido. Estuve con él un año y medio y jamás me lo contó, nunca lo mencionó. Era mayor de lo que

parecía, tendría unos cincuenta aunque parecía cuarentón, y estaba casado con una mujer mayor a la que le daba igual que le pusiera los cuernos. Cuando me enfadé con él al descubrir que estaba casado, me compró un regalo. Verás, Playboy elige todos los años a la mejor conejita, ¿sabes? Y ese año le dan a la conejita en cuestión un Mustang rosa. Y eso hizo él, me regaló un Mustang rosa. Quizá debí enfadarme más con él por lo que aquel regalo implicaba, pero sabía por qué me lo daba y me emocioné. Me dio el Mustang rosa y me dijo que me llamaría en una semana, que así tendría tiempo para perdonarlo. Pero murió antes de poder hacerlo. O quizá lo mataron, no lo sé. Lo encontraron en su garaje, con la puerta cerrada y el coche en marcha. Se asfixió con el monóxido de carbono. ¿Fue un accidente, lo hizo adrede? No sé. ¿Qué importa? Fue hace siete años. Cuido muy bien del coche. Está como nuevo. Cuando tenga que deshacerme de él lo voy a sentir mucho.

—¿Recuerdas la primera vez que te acostaste con él?

—No —dijo con una pizca de sorpresa en la voz—. No, en la cama era un desastre.

Guardó silencio durante un momento y entonces me di cuenta de que estaba llorando. Quería consolarla, pero no sabía qué hacer. Le acaricié el hombro y parece que eso sirvió.

Nos estábamos vistiendo en el dormitorio cuando oí un ruido fuera que sonó como un trueno. Me acerqué a la ventana y aparté la cortina. Era un trueno.

—Joder —dije—, que negro está el cielo. Van a caer chuzos de punta.

—Tengo las ventanillas bajadas —dijo.

—Yo también. —Me puse los pantalones, me subí la cremallera y salí del cuarto—. Yo me ocupo.

Nada más asomarme por la puerta el cielo volvió a rugir. Corrí hacia el Mustang, subí las ventanillas, corrí hasta el Ford, cogí la gabardina del asiento de atrás, y las subí también. Unas gotas de lluvia me salpicaron la cara y justo cuando llegué a la puerta, comenzó a diluviar. Una vez dentro, arrojé la gabardina sobre la silla que estaba al lado de la puerta y oí un ruido metálico. La pistola seguía en el bolsillo. Deseé que Peg no la descubriera.

—¿Te ha sorprendido —dijo, vestida de nuevo con el suéter azul y los pantalones cortos, sentada en el sofá— que fuera la novia de un gánster?

Me reí.

Ella sonrió, pero frunció ligeramente el ceño.

—¿De qué coño te ríes?

—Fui la novia de un gánster. Parece un buen tema para una de esas revistas de mujeres.

Se rió.

—Esa soy yo, una chica mala.

—¿No te preocupaba lo que hacía?

—Lo que hacía era asunto suyo. Él solo proporcionaba los servicios que otros

demandaban.

Asentí.

—Pero —añadió—, si hubiera sabido exactamente a qué se dedicaba, probablemente no habría salido con él.

—Eso es bastante hipócrita.

—Eh, ¿quién te ha nombrado juez, Quarry? De repente parece que tuvieras ciertos valores morales.

—Quizá me hayas subestimado.

—Y una mierda. Lo siguiente que me vas a decir es que no estás casado.

—No lo estoy.

—Todos los comerciales están casados.

—Este no. Y eres mi primera chica de pueblo.

—Claro. Tú también eres mi primer hombre. De hoy. —Negó con la cabeza y sonrió burlona—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Hay algo en ti que me recuerda a Frank.

—¿Quién es Frank?

—Mi gánster. Mi pobre difunto gánster.

—¿Pero no habías dicho que yo follaba mejor?

—Oh, sí, sí. Al menos de momento. No, son tus ojos. Hay algo en ellos, o les falta algo que...

—Oye, quiero saber una cosa. ¿Te molestaba o no que ese tal Frank trabajara para la mafia?

—No me molestaba. Yo también lo hago, en cierto sentido. El tío que he mencionado antes, ese con el que tengo el negocio... ¿El que estaba liado con mi amiga y luego la mandó a Florida para estar más tranquilo?

—Sí, Ray.

—Sí, Ray, ese. ¿Cómo sabes su nombre?

—Se te ha escapado dos o tres veces.

—Ya, bueno, pues el dinero de Ray viene de esa gente.

—¿Qué gente?

—De la mafia.

—¿Quieres decir que lleva negocios en su nombre?

—No. Todos sus asuntos son legales. Pero se ha expandido mucho, y algunos mafiosos de Quad Cities invierten dinero en sus negocios, sobre todo porque dan bastantes beneficios. Sin olvidar que lo último que alguien pensaría es que tiene tratos con ese tipo de gente. —Se tocó la frente—. Ah, eso me recuerda una cosa... Se suponía que esta mañana tenía que ir a su casa. Voy a hablar con él una última vez, y si no podemos resolver nuestras diferencias contractuales, tendré que hablar con mi abogado. ¿Qué hora es?

—Las once y cuarto.

—¡Joder! Había quedado con él a las once. —Se levantó del sofá—. Será mejor que lo llame y le diga que me he... entretenido. —Sonrió y se acercó al teléfono de la pared, junto a la cocina. La seguí, me senté en la mesa y observé cómo marcaba.

—Con el señor Springborn, por favor —dijo al micrófono. Me guiñó un ojo mientras esperaba a que se pusiera—. Hola Ray —dijo por fin—, oye, siento haberte dado plantón... ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué dices?... Dios mío, es terrible. ¡Qué horror, pobrecillo! Pero ¿qué ha pasado? ¿Un robo?... No me lo puedo creer, no me lo puedo creer... Vale, oye, no te preocupes, esto puede esperar... ¿De verdad?... Vale, bueno... Pues a las dos y media.

Colgó y negó con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Me lo contó. Me contó que Albert Leroy había muerto. Me explicó que Albert era un pobre hombre, un infeliz, y el cuñado de Springborn. Un tipo callado que sufrió una especie de crisis y que después jamás volvió a ser el mismo. Nadie de la familia, me dijo, se había molestado en ayudarlo; mucha gente pensaba que era una vergüenza que los Springborn lo pusieran a limpiar la fábrica de sopa y luego se desentendieran de él. Me explicó que le resultó casi doloroso escuchar como Ray Springborn fingía estar entristecido, y que sería igualmente embarazoso ver a Linda Sue Springborn aparentar pena en público. De hecho, la reacción de Ray ante la muerte de su cuñado había sido tan fría que la había citado para hablar del negocio esa misma tarde, según él porque eso le servía para distraerse y no pensar en la tragedia. Le pregunté cómo había muerto.

—Dicen que fue un robo. El apartamento estaba todo desordenado. Verás, en la ciudad corría el rumor, casi legendario, de que Albert era un avaro. La familia Leroy siempre había tenido dinero. Así que alguien debió de pensar que encontraría el colchón lleno de pasta.

—Pues vaya.

—Sí. Una pena.

De nuevo otro trueno. Llovía con fuerza. Se acercó a la ventana que había sobre el fregadero y apartó las cortinas. Desde donde estaba contemplé cómo la lluvia caía inclinada y su reflejo parecía proyectarse sobre su rostro, como si corriera por sus mejillas formando surcos grises.

—¿Sabes qué, Quarry?

—¿Qué?

—Ojalá no hubiera llorado esta mañana.

—¿Por qué?

—Porque ahora no me quedan lágrimas. Y creo que alguien debería derramar alguna por el pobre hijo de puta de Albert Leroy.

Dejó de llover a primera hora de la tarde, pero el cielo seguía oscuro y no paraba de chispear, un arrogante recordatorio de que aquello solo era una tregua temporal. La cálida lluvia de verano se había llevado consigo el aire y dejó en su lugar una pesada humedad, un cielo encapotado que hacía que el hogar de los Springborn pareciera irreal, como algo salido de una novela gótica barata. Pero era el ambiente de aquella tarde lo que resultaba gótico, no la casa; una enorme construcción bastante común, de dos plantas y ladrillo rojo ribeteado por madera pintada de blanco. El rojo del ladrillo se había desgastado y ahora era del color del óxido. A parte del efecto rococó de los arabescos de la madera, el único vestigio de pretensión decimonónica era una sola torre cuadrada que se levantaba sobre el edificio como si fuera una casa aparte que hubiera caído sobre la estructura principal. Aquel era el hogar de alguien corriente que se había hecho con una fortuna, una vulgar construcción de ladrillo venida a más con ese aura especial que da el dinero.

Sin embargo no cabía duda de que era la casa de alguien importante: en un vecindario abarrotado de construcciones pretenciosas, solo la de Springborn ocupaba media manzana y se asentaba en el fondo de la parcela, sobre una suave colina de césped, con caminos de gravilla a ambos lados. El de la derecha desembocaba en un garaje de ladrillo rojo con cuatro puertas y lo bastante grande para albergar una comuna jipi. En aquel momento, ambos senderos estaban ocupados con coches, como si aquella vieja casa fuera un hotel lleno de huéspedes que hubieran buscado allí refugio ante la tormenta.

Aparcamos enfrente, o eso pensé; cuando salí del Ford y eché un buen vistazo, me di cuenta de que estábamos ante la parte posterior de la casa. Por alguna razón, eso no me gustó. Me pareció un gesto de desprecio. Aunque tenía cierto sentido que la casa mirara hacia el río, me pareció algo hipócrita que aquella «mansión de hombre corriente» diera la espalda a la calle.

Llegamos a la puerta principal (o la puerta de atrás, según se mire), una sólida mole de madera de roble, y Peg dijo:

—Gracias por acompañarme.

—Me voy a sentir como un idiota —repuse—. No pinto nada aquí, un desconocido y en un momento así...

—No eres idiota y tampoco eres un desconocido, eres mi acompañante y se acabó.

Me alegré de que quedara zanjado el tema. Que Peg me pidiera que la acompañara me había ahorrado el tener que conseguir que me invitara. De momento le había sonsacado bastante información sin parecer especialmente curioso y sabía

que había logrado mi pase a la casa de los Springborn sin que Peg, ni nadie, sospechara nada. ¿Qué mejor forma de entrar en el hogar de los Springborn que de la mano de una amiga de la familia, con el resto de los conocidos que irían a darles el pésame por la muerte de Albert Leroy? Era mucho mejor que colarse.

Llamé a la puerta y apareció una mujer delgada y atractiva, de unos cuarenta y pocos. Se había recogido el pelo negro, con algunas pinceladas de gris, en un moño. Llevaba un vestido negro, recto, holgado y conservador, que le llegaba hasta las rodillas. Su rostro no tenía arrugas, la piel estaba estirada, mientras que el cuello estaba lleno de pliegues, lo que podría indicar que se había hecho un *lifting*. Sus rasgos denotaban inteligencia y estaban bien formados, sus ojos separados y alerta. Miró a Peg y asintió. Esbozó una sonrisa apenada, con un toque de tristeza, como si quisiera demostrar que estaba sufriendo, pero que lo tenía todo bajo control.

—Gracias por venir —dijo con voz serena de contralto. Estrechó la mano que Peg le ofrecía.

—Siento mucho todo esto, Linda Sue. Ray y tú tenéis que estar pasándolo muy mal.

Asintió con gravedad, luego me miró y arqueó una ceja.

—Estoy algo confusa con todo lo que ha pasado... Pero la verdad es que no recuerdo a tu amigo, Peg... espero me perdones...

—Este es el señor Quarry. No es de Port City, pero es un buen amigo y estaba conmigo cuando supe lo que había pasado. Pensé que no te importaría que me acompañara.

—Claro que no —respondió—. Solo siento que tengamos que conocernos en estas tristes circunstancias, señor Quarry. Por favor, pasad.

Entramos y nos quedamos en el vestíbulo forrado de madera oscura, tan desangelado y grande que podría haber sido un salón de baile o quizá la capilla de alguna estricta secta protestante. Lo más impactante de la sala, que por lo demás estaba bastante vacía, era una escalera de madera pulida que descendía en curva desde una segunda planta en penumbra.

—¿Me da su abrigo, señor Quarry?

Le entregué la gabardina donde, por cierto, ya no estaba la nueve milímetros, pues la había dejado en el maletero del Ford. De alguna manera me sentí desnudo en aquella casa sin mi pistola, sin saber muy bien a qué me enfrentaba. Sin embargo no me parecía muy sensato llevar el arma del crimen al lugar donde se estaban reuniendo los afligidos familiares del difunto Albert Leroy. Mi inquietud se vio incrementada por lo desapacible del vestíbulo; hacía frío allí. Aire acondicionado centralizado, pensé, un desagradable frescor de morgue. Entonces Linda Sue Springborn dijo:

—¿Nos acompaña al salón, señor Quarry? —Se acercó hasta un arco sin puerta que estaba a su izquierda—. Raymond está en su despacho, esperándote, Peg. —Sonrió y añadió—: Supongo que vais a hablar de negocios. Me alegro, le vendrá bien, así no pensará en este día tan deprimente.

Peg asintió, sonrió a la señora Springborn, me sonrió a mí a modo de disculpa, me apretó la mano y desapareció por las puertas acristaladas frente al arco.

Yo seguí a la señora Springborn al salón.

—Póngase cómodo —dijo, y me dejó solo. Encontré una silla en una esquina y me senté. Entonces me di cuenta de que era la única persona que se había sentado. Las otras veintitantas personas de la sala estaban de pie, intentando aparentar pena, sin aprovechar las sillas y sillones que había a su disposición. Eché un vistazo alrededor y lo comprendí.

Era una bonita habitación para venir de visita, pero no resultaba nada acogedora. Estaba llena de sillas donde nadie se sienta nunca y mesas donde no se pone nunca nada, con librerías llenas de volúmenes encuadernados en piel que nadie lee, una chimenea donde no se enciende el fuego y un majestuoso piano que nadie toca. Las paredes no estaban cubiertas con esa lúgubre madera oscura de la entrada sino con un papel satinado verde pastel bastante agradable; pero su efecto quedaba contrarrestado por una serie de aburridos cuadros colocados aquí y allí, llenos de prados donde los caballos posaban rígidos y los árboles parecían hechos de escayola verde y marrón.

La señora Springborn circulaba entre los invitados como la anfitriona de una fiesta. De vez en cuando recordaba el motivo de aquella reunión y asentía con la cabeza, o la movía de un lado a otro, para mostrar un dolor contenido. Todos hablaban entre susurros, a no ser que lo hicieran con la señora Springborn, y ni una sola vez escuché que alguien nombrara al difunto. Tenía la clara sensación de que Albert Leroy podría entrar en aquella habitación y nadie se daría cuenta. Tenía la extraña impresión de que yo era la única persona en la sala que realmente lo había conocido, la única persona que había desempeñado un papel importante en su vida, la única que veía la muerte de Albert como algo de cierta relevancia.

Así estuve una hora. A veces la escena variaba tan poco que podría ser un cuadro, tan aburrido y letárgico como los paisajes que colgaban de las paredes. Me estaba entrando sed a pesar del fresco que hacía allí dentro, y debí de tragar saliva en plan sediento porque Linda Sue Springborn se acercó a mí después de un rato y me susurró:

—¿Le apetece un vaso de agua? —Y me guiñó un ojo.

De repente me cayó mejor.

Sonreí y dije:

—Sí, me vendría muy bien beber un vaso de agua.

La seguí fuera del salón y a través del pasillo hasta llegar a una habitación pensada para ser usada y no para recibir visitas. Había un sofá frente a una televisión y una cómoda *chaise longue* cerca de una mesa cubierta de revistas y libros de bolsillo. Desde allí me condujo hasta un salón más pequeño, no tan práctico como la habitación anterior, pero no tan impostada como el que acogía a las visitas. Después llegamos a una pequeña sala, un despacho con un escritorio, una pared llena de libros y tres paredes cubiertas con premios y fotos del programa de radio Kitchen Korner.

—Este es mi refugio —dijo—. No es tan grande como el de Raymond, pero yo también necesito intimidad. Quizá más.

Se acercó a la librería, que tenía reservado en el centro un espacio para varias botellas y vasos y que conformaba una pequeña pero variada colección de licores.

—Lo siento, no tengo hielo. —Y me sirvió un whisky como si supiera que era justo eso lo que quería. Y así era. Ella se preparó un gin- tonic que se bebió antes de que yo le hubiera dado el primer trago a mi copa.

—Se lo ha tomado como si fuera una medicina —le dije.

—Exactamente como lo que es —contestó—. Una transfusión para un alma anémica. —Sonrió. Era bastante guapa, de un modo un tanto artificial. Tenía los ojos entre verdes y marrones—. Me alegro mucho de poder hablar con un desconocido. Con alguien con quién no tengo que fingir.

—Ah.

—Yo no quería a mi hermano, señor Quarry. Era una carga en vida y es una carga ahora que ha muerto.

—Son palabras frías incluso para un desconocido, señora Springborn.

—Bueno... —Torció el gesto y en su expresión había pena, en alguna parte—. No es del todo cierto que no lo quisiera... Sí lo quise... lo quise antes de que se convirtiera en un ser irracional... antes de que se transformara en un ermitaño... Fue un hombre brillante, señor Quarry, quizá un genio, o casi... pero tuvo una crisis, lo trataron con electrochoques y eso fue un error porque... lo dejaron como un vegetal. Dígame, señor Quarry, ¿cómo se llora la muerte de una patata? —Rió y de repente, de forma abrupta, la risa se convirtió en tos y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se las enjugó y se sirvió otra copa. No había visto a nadie preparar tan rápido un gin- tonic. Y se los bebía con la misma diligencia—. Hay algo en su rostro que me invita a ser sincera con usted, señor Quarry. Y Peg es una buena chica, lista. A veces resulta un poco salvaje, pero no la creo capaz de traerse a uno de sus rolletes a casa. Debe de tenerlo en bastante consideración, si no, no estaría aquí.

—¿Puedo tomar otro whisky?

—Por supuesto que sí, deme su vaso. ¿De dónde es, señor Quarry?

—De ningún lugar, la verdad.

—¿A qué se dedica?

—Soy comercial.

—¿Y qué vende?

—A mí mismo, principalmente. Como todo el mundo.

—Muy cierto, muy cierto. Todos somos prostitutas, señor Quarry, de un modo u otro. Perseguimos al todopoderoso dólar, el gran pasatiempo americano. ¿Pero qué pasa cuando conseguimos el tan ansiado dinero, señor Quarry?

—De momento no tengo ese problema.

—Bueno, pues yo sí, yo sí lo tengo. Cuando lo consigues ¿qué? ¿Qué sentido tiene la vida?

—Esa es una pregunta que nunca me he hecho.

—Pues interpretas tu papel y sigues, la supervivencia como fin en sí mismo.

—Se podría decir que sí.

—Todos tenemos que cumplir con nuestro papel, señor Quarry, y a veces, al hacerlo, nos olvidamos de quiénes somos en realidad. —Rió y luego dijo—: ¿Sabe...? —Su voz mudó hasta adoptar un plano y nasal acento del Medio Oeste—. ¿Sabe que he hecho un montón de dinero siendo la típica ama de casa de Iowa? ¿Quiere la receta de un pastel de chocolate con nubes? ¿Algún truco para preparar conservas? —Negó con la cabeza y se preparó su tercer gin-tonic. Le toqué un brazo.

—Oiga —le dije—, no es asunto mío, sobre todo porque no sé cuánto puede beber, pero tiene un papel que representar aquí, con sus amigos y sus parientes, y no creo que pasarse con los gin-tonics sea lo más conveniente en estos momentos.

Se preparó la copa de todas formas y se la bebió antes de contestar.

—Sanguijuelas —dijo—. A ninguno de esos hijos de puta, a ninguno le importó Albert una mierda cuando estaba vivo. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

—Ustedes son una familia importante en esta ciudad —dije—. Están aquí en señal de respeto.

—Sanguijuelas —repitió.

—¿Quiere volver?

—Sí.

La acompañé de vuelta. Se tambaleaba un poco, pero una vez en el gran salón, se enderezó y retomó su papel de hermana envirotada. Era una buena actriz.

Después de un rato, salí al pasillo y me senté en el último escalón de la escalera en curva. Resultaba agradable escapar de aquel salón lleno de buitres; era agradable estar solo. Durante media hora me quedé allí, contemplando las puertas acristaladas que daban al despacho de Springborn y esperé. Por fin Peg salió, me dedicó una agria sonrisa y dijo:

—¿Qué tal te lo estás pasando?

—Fenomenal —contesté—. ¿Algún avance?

Negó con la cabeza; seguían estancados, me dijo, probablemente lo mejor sería meter a los abogados de por medio. Ray era especialmente bueno negociando y ella era demasiado testaruda, por eso no iba a resultar fácil llegar a un acuerdo.

Luego añadió:

—Oye, debería darle el pésame a Linda Sue y charlar un rato con los amigos y parientes. Menudo coñazo. Supongo que tú ya estarás harto. ¿Me esperas aquí?

—Claro. No tengas prisa. No me importa esperar.

—¿De verdad?

—De verdad.

Observé cómo desaparecía en el salón y después franqueé las puertas acristaladas.

El despacho de Raymond Springborn era parecido al de su mujer, pero a mayor escala. Tenía una ventana que proporcionaba una vista impresionante del Misisipi, un paisaje bloqueado en aquel momento por unas cortinas de color blanco roto. La habitación estaba cubierta de madera oscura, como la entrada, pero no resultaba tan desangelada. Había una chimenea de adorno frente a las puertas vidriadas y en su repisa descansaban varios trofeos. Gran parte del espacio de las paredes estaba ocupado por documentos enmarcados, placas y fotos relacionadas con el programa de radio Kitchen Korner y otras empresas de la familia Springborn-Leroy. La pared frente a la ventana con las cortinas de color blanco roto estaba casi fagocitada por un escritorio del tamaño de un carro de combate pequeño, marcado con estrías y cicatrices y sepultado por pilas de papeles. En la pared junto a las puertas había una librería y enfrente de la librería, un carrito de metal con una modesta colección de bebidas y vasos. Raymond Springborn estaba de pie, dándome la espalda, colocando en su sitio una botella de bourbon y preparándose para darle un buen trago.

Aparentemente, no me oyó entrar. Puede que todavía estuviera pensando en lo que había hablado con Peg, o que disfrutara por anticipado del trago de bourbon que se había servido.

—Me gustaría hablar con usted, señor Springborn —dije.

Lo asusté. Oí cómo casi se atraganta con el bourbon, y cuando dio media vuelta,

su expresión era de gran sorpresa y enfado; la escena casi resultaba cómica, como si fuera un humorista fingiendo sorpresa con cierto retraso. ¿Esa expresión en sus ojos era de reconocimiento? ¿Era este el hombre que había intentado matarme con la llave inglesa?

—¿Quién coño es usted? —Su voz era la de un barítono. Se había mostrado desconcertado, pero había recuperado la calma con rapidez.

Yo no estaba seguro de si aquel era el hombre de la llave inglesa, no tenía ni idea; la escaramuza tuvo lugar en la oscuridad, me pilló con la guardia baja y en esos momentos lo único que me había preocupado era salir de allí con vida, no quedarme con su cara. Lo único que recordaba con claridad de mi asaltante era que llevaba una camiseta negra y una llave inglesa. Springborn vestía de negro, sí, pero iba de traje, supongo que por respeto al difunto. Aquella mañana, cuando sacaron el cuerpo de Albert Leroy, había visto a Springborn desde el otro lado de la calle y me había parecido un tío alto, pero no tanto. Medía más de uno noventa. No recordaba que el fulano de la llave inglesa fuera tan alto, pero claro, tampoco me había parado a medirlo.

—Me llamo Quarry.

Si reconoció el nombre, no dio muestras de ello. Si él era el hombre que me contrató, y si Broker lo había llamado para avisarlo de que me iba a quedar por Port City, entonces puede que Springborn supiera mi nombre por boca de Broker. En cualquier caso, lo que sí le habría dado Broker es mi descripción, una buena y detalla descripción, como la que a mí me gustaría tener del tío de la llave inglesa.

En cuanto a Springborn, bueno, parecía lo que era: un exitoso hombre de negocios, el típico tío trabajador y honrado que llega a lo más alto y se queda allí. Tenía el pelo color ceniza y los ojos de un gris similar. Aparte de eso, sus rasgos eran corrientes, comunes. Pero esos ojos, con cejas prominentes y como de ave rapaz, esos ojos grises traslúcidos parecían darse cuenta de todo y no dejaban escapar nada.

—¿Nos conocemos? —Terminó su bourbon de un trago y dejó el vaso en el carrito.

—Quizá. Eso es lo que me gustaría saber.

—¿Hay alguna razón en particular por la que habla dando rodeos?

—No estoy aquí para contestar preguntas —dije—, sino para hacerlas.

—Oiga, no sé quién es usted, o quién se imagina que es, señor como-se-llame, pero...

—Quarry.

—Pero le sugiero que usted y sus modales chulescos se larguen de aquí inmediatamente.

—Y yo le sugiero que hablemos.

—Está loco —dijo, entre molesto y divertido.

—Soy un hombre de negocios, como usted.

—¿Hemos hecho alguno juntos?

—Eso es lo que quiero averiguar.

—La gente que no habla claro me pone enfermo.

—La gente que no va de frente me pone enfermo.

—Tiene usted valor, eso lo tengo que admitir. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí?

—He venido con Peg Baker.

—¿Con Peg...?

—Pero no le eche la culpa a ella. No sabe escoger a quien se lleva a la cama, nada más.

—Oh, así que la ha seducido, se ha ganado su confianza, se ha metido en su cama, no necesariamente en ese orden, y la ha utilizado para entrar en mi casa.

—Algo así.

—Debe de ser bueno manipulando a la gente.

—Como exitoso hombre de negocios lo sabrá usted mejor que yo.

—Sí. Conozco todas las sutilezas de ese arte. Pero con usted no andaré con sutilezas. Con usted seré claro. Márchese, señor Quarry. Salga de mi casa. Ahora.

—Tenemos un asunto pendiente.

—Para eso tengo mi oficina. Esta es mi casa y mi cuñado ha muerto esta mañana. No es el momento ni el lugar para hablar de negocios.

—¿Incluso aunque la muerte de su cuñado sea el negocio del que quiero hablar con usted?

—¿Qué?

—Mi asunto tiene que ver con su muerte. Su asesinato.

—En ese caso, no le importará si me acerco al escritorio, descuelgo el teléfono y llamo a mi buen amigo el jefe Kurriger para que venga aquí y pueda usted compartir lo que sea que tenga que decir con los dos. Si le importa, le sugiero de nuevo que se marche de mi casa.

—Adelante, llame. Su buen amigo el jefe Kurriger quizá esté interesado en escuchar lo que tengo que decir. Puede que le interese a mucha gente saber lo que yo sé. A su mujer, por ejemplo.

Springborn se llenó el vaso de bourbon de nuevo, con tranquilidad. Me sirvió otro a mí y me lo bebí mientras observaba cómo él hacía lo mismo. Sus ojos grises eran inescrutables.

—Está bien —dijo—, vamos adonde podamos hablar sin que nos molesten.

—De acuerdo.

Lo seguí fuera de su despacho y escaleras arriba. La segunda planta era oscura, sin forma; parecía que avanzara por una cueva. Por fin Springborn abrió una puerta, encendió una luz y comenzó a subir por unas escaleras estrechas. Lo seguí. Llegamos a la última planta de la casa, el tercer piso de la torre cuadrada.

En medio de la habitación había una mesa de billar, enorme, intemporal, de reluciente y desgastada caoba, hermosa. Era como si aquella mesa hubiera estado allí siempre y la habitación se hubiera levantado hacía poco a su alrededor. Desde luego,

la sala tenía cierto aire a nuevo. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera marrones de los que se suelen ver en los sótanos recién remodelados; los tablones modernos y lisos que rodeaban la vieja mesa resultaban anacrónicos. La decoración era tan intemporal como la mesa misma; sillas de respaldos altos tapizadas en piel, alargadas ventanas amarillentas con los marcos originales; una gran estantería con una docena de tacos dispuestos en pie, como si fueran rifles detrás de una vidriera; y un viejo mapa de Port City, descolorido y descascarillado, que cubría la mayor parte de la pared, enorme pero discreto en comparación con la mesa. Solo los paneles blancos del techo y los tubos fluorescentes iban con la madera de las paredes, el resto de la habitación pertenecía a la mesa, una reliquia de los días en los que un hombre disponía de una habitación con un espacio sobrante de un metro y medio por tres para jugar al billar. Las bolas de colores estaban dispuestas y listas para jugar, la tela de la mesa se extendía como un mar verde.

Springborn cogió un taco del soporte de la pared y le dio tiza. Con un movimiento de cabeza me indicó que hiciera lo mismo. Escogí uno, me acerqué a la mesa y levanté el marco de madera que rodeaba las relucientes bolas. Caminé hasta el otro extremo de la mesa y lancé la bola negra contra el triángulo multicolor. El triángulo se rompió y las bolas se esparcieron por la superficie verde. Dos se colaron, cada una en una esquina al otro lado. Metí otra bola, luego fallé en el siguiente tiro; me estaba costando adaptarme a aquella mesa. Era buena, era la madre de todas las mesas, pero también era más grande de lo habitual, y los bordes eran más suaves y la tela más resbaladiza que la de las mesas donde solía jugar.

Aunque en realidad no jugábamos. Solo nos íbamos turnando, tirando hasta que uno de los dos fallaba. Tirábamos tres, cuatro o cinco veces, luego fallábamos cuando el único tiro posible era demasiado difícil; su juego era sencillo pero competente. Nuestros estilos eran similares; yo también era eficiente, aunque mis bolas rodaban más, rebotaban hasta seis u ocho veces. Pero estábamos igualados y si nos hubiéramos jugado dinero, la cosa habría estado reñida.

Ninguno éramos de los que juega en los bares. Él practicaba con amigos, supuse que en esa misma habitación probablemente; otros hombres de negocios entre los que posiblemente estaría considerado como un buen jugador. Yo jugaba en casa, en Twin Lakes, en las mesas que había en un salón recreativo al otro lado de la carretera, frente a la playa. Por lo general jugaba a rotación con chavales universitarios, la mayoría de los cuales me daban cien vueltas.

Pero era una forma de conocer a la gente, para Springborn y para mí, y después de media hora de jugar por jugar, sabíamos lo bastante del otro para comenzar a hablar.

Me senté en una de las sillas de respaldo alto y coloqué el taco sobre mi regazo. Él siguió tirando, inclinándose sobre la mesa, metiendo las bolas en las esquinas y deteniéndose de vez en cuando para alinear un tiro difícil que de otra manera fallaría.

Por fin consiguió colar todas las bolas después de varios intentos. Me miró de

rejo y dijo:

—¿Es usted un chantajista, señor Quarry?

—No en el sentido convencional del término.

—¿Pues qué es?

—Creo que lo sabe. Creo que lo más probable es que ya lo sepa.

Se enderezó y se olvidó del billar durante unos momentos mientras sostenía el taco en una mano, recto, como si sostuviera una bandera en un desfile.

—Sinceramente, no sé qué es... salvo un perfecto idiota. Tengo la sensación de que busca conseguir algo, y que ni usted mismo sabe bien qué es. Se había propuesto enfrentarse a mí, y ahora no sabe qué hacer. —Negó con la cabeza, y sus labios se estiraron y dejaron ver unos dientes muy blancos—. Y francamente, señor Quarry, no me da usted miedo con sus insinuaciones sobre la muerte de mi cuñado... o su asesinato, como usted quiera.

—Cuatro mil dólares —dije.

—¿Qué?

—Cuatro mil dólares y lo dejaré en paz.

Rió.

—Me parece que no es usted muy listo. Como ha dicho, señor Quarry, soy un hombre de negocios, y no pienso comprar nada sin saber antes qué es.

—Deje que le haga una pregunta, entonces. ¿Por qué querría nadie matar a Albert Leroy?

Se encogió de hombros y se sentó en el borde de la mesa.

—Supongo que el robo me parece la razón más aceptable. El tesoro oculto del avaro. Nadie sentía ninguna animadversión hacia Albert, la verdad. Era un tipo bastante inofensivo, caía bien a la mayoría de la gente, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, aunque fuera una sonrisa tonta. Yo desde luego lo echaré de menos. Solíamos jugar al billar aquí mismo, Albert y yo. Venía los domingos, después de misa, y luego cenábamos todos juntos, Albert, mi mujer y yo, y los tíos, tías y primos que participaban en el programa de radio y en el negocio. Era nuestra reunión familiar de todas las semanas, una silenciosa y forzada farsa. Pero después de cenar, Albert y yo subíamos aquí y jugábamos a bola ocho durante unas horas, y yo le dejaba ganar una de cada tres partidas, más o menos. En la última hacía como que íbamos empatados para al final meter la negra. Así Albert se marchaba feliz a casa.

Pensé en la vigilancia que había hecho Boyd sobre Albert Leroy y la lista de actividades no incluía visitas a aquella casa.

—¿Venía aquí todos los domingos? —pregunté.

Asintió.

—Hasta hace un mes y medio, cuando él y mi mujer tuvieron una discusión, una pequeña pelea familiar... Ya me entiende, señor Quarry, usted sabe manipular a las personas, sabe cómo ganarse su confianza... Y me ha hecho hablar cuando en realidad quien debería estar dando explicaciones es usted. De hecho, si no comienza a

hablar y me convence de algo, lo voy a echar de mi casa, y desde aquí arriba le va a resultar bastante doloroso.

No dije nada, estaba confundido.

—Oiga —añadió—, ¿qué es lo que quiere saber sobre Albert?

—Intento establecer un motivo.

—¿Un motivo para qué?

—Para su asesinato. Quiero entender por qué contrató a alguien para que matara a su cuñado.

Se puso rojo y se incorporó lentamente. Alzó el taco como si fuera a golpearme con él y dijo:

—¡Debería romperle esto en la cabeza! ¡Será posible! Tarado hijo de puta, ¿cómo se atreve a entrar en mi casa, imbécil, un completo desconocido, y lanzar una acusación tan absurda como esa?

—Quizá se sentiría mejor con una llave inglesa en la mano.

Me miró sin comprender; ¿de verdad lo que le había dicho no tenía sentido para él, o estaba fingiendo?

—Está loco. Fuera de mi casa.

—No sin mis cuatro mil dólares.

Me miró durante un momento sin expresión alguna. Después se echó a reír.

Ahora era yo el aturdido.

—La verdad es que tienes valor.

—¿Valor?

—Eres bueno. Mejor de lo que te conviene. Verás, al principio no pensé en Vince porque no dabas el tipo, no parecías la clase de tío con el que se relacionaría. Pero este ridículo intento de implicarme en la muerte de Albert... ¿A quién si no a Vince se le ocurriría algo tan absurdo? —Rió de nuevo, esta vez con más dureza—. Incluso he llegado a pensar que Peg te había convencido para hacer esto, para obligarme a entregarle el Bunny's en bandeja de plata... aunque, la verdad, no la creo capaz de algo así. Pero como es amiga de Carol y quizá sepa lo nuestro... bueno, era una posibilidad.

Tragué saliva. Me pregunté qué coño me estaba contando. Me sentía como un actor que apareciera de repente en la última escena de una obra extraña.

—Vince es lo bastante retorcido —prosiguió—, lo bastante idiota como para intentar algo tan ridículo como esto... ¿Qué pasa? ¿No le vale con el cómodo puesto de trabajo que le encontré? ¿Conoce a alguien más que gane tanto dinero conduciendo?

No tenía ni idea de lo que hablaba. Habíamos jugado, los dos, pero a cosas diferentes. De repente lo tuve claro. De repente supe que Springborn no era el hombre de la llave inglesa y que estaba cavando mi propia tumba al darle todos aquellos detalles sobre la muerte de Albert Leroy.

Me puse en pie y dije:

—Cuatro mil no es mucho dinero.

—No —contestó—, no lo es. Por eso imagino que esto es cosa de Vince. Un pringado como él, un hombre con tan poca visión... Deja que te dé un consejo. Pareces un tipo razonablemente inteligente. No sé cómo coño te has visto mezclado con Vince, quizá sea un amigo de un amigo, o alguien al que has conocido en el trabajo, o con quien has coincidido en un bar o lo que sea. Da lo mismo, pero debes saber que Vince es un pobre diablo. Bien, te aconsejo que vuelvas por donde has venido. Se acabó. Olvídate de tus cuatro mil dólares.

—No soy un alma cándida —dije, muriéndome de ganas de largarme, pero intentando que no se me notara.

—¿Cuánto sabes de Vince?

—Poco —admití. Joder, muy poco.

—¿No te van ese tipo de... cosas, no?

—¿Qué cosas?

—Quizá no, hum... ¿no ha intentado nada? —Aquellos ojos grises intentaban decirme algo.

—No lo entiendo.

—Quizá. Puede que no. Bueno, no te voy a acompañar hasta la puerta. Pareces lo bastante espabilado para encontrar la salida tú solo. Me voy a quedar aquí a jugar un poco... lo que está sucediendo abajo es demasiado morboso para mi gusto. Y aunque no se te da mal el billar, no creo que te fuera igual de bien si jugáramos con dinero. He estado fingiendo ser peor de lo que realmente soy.

—Yo también.

—No, tú no. Tú jugabas todo lo bien que sabes. Eres un tanto ingenuo. Demasiado confiado para ser un chantajista. Pero el billar no se te da mal. Lástima que no volvamos a coincidir. Este es mi juego.

—Se equivoca, Springborn —repliqué con cierta admiración—. Su juego es el póquer.

Se inclinó cómodamente sobre la gran mesa, metió la negra en una de las esquinas y yo me marché.

Una idea pulsaba en mi cabeza, ¡sal de aquí ahora mismo! Caminé rápidamente por la segunda planta en tinieblas, ansioso por llegar a la zona iluminada que delimitaba la parte superior de la escalera y que me llevaría hasta el gran vestíbulo vacío y luego hacia la triste y nublada libertad. Había sido un idiota por quedarme en Port City, un gilipollas por pensar que podría recorrer aquel complejo laberinto en tan poco tiempo, un imbécil por arriesgarlo todo por recuperar cuatro mil dólares y quizá por tener la posibilidad de vengarme por lo que el hijo de puta de la llave inglesa nos había hecho a Boyd y a mí. Bien, ya me había cansado de hacer el idiota. Iba a coger a Peg de la mano, la llevaría de nuevo a su apartamento, echaríamos un polvo de despedida, y luego a casa, a Wisconsin. De hecho, suspiré aliviado al acercarme a la escalera. En mitad del suspiro, alguien me tocó en el hombro.

Me estremecí. No del frío, aunque frío hacía, sino del sudor frío; iba casi corriendo por aquel pasillo como un niño temeroso de la oscuridad, y ahora, alguien me tocaba el hombro y no sabía si reír, llorar o cagarme en los pantalones. Así que no hice nada. Esperé a que pasara algo. Linda Sue Springborn salió de la oscuridad y dijo:

—Lo he oído todo.

Hablaba en voz baja, lo cual tenía sentido porque había admitido habernos espiado y no estábamos muy lejos de las escaleras que llevaban a la torre. De hecho, nos encontrábamos lo bastante cerca para escuchar con claridad el ruido de fondo que hacían las bolas de billar al chocar entre sí.

No dije nada. No estaba histérica. No había nerviosismo en aquel rostro estirado. De haberlo habido, habría tenido que echarle un brazo al cuello y rompérselo. En aquellos momentos lo último que necesitaba era a una mujer dando gritos.

Pero esta no era de las que gritaban. Habló de nuevo en voz muy baja. Un susurro era un grito comparado con su tono de voz.

—¿Quiere sus cuatro mil dólares?

Fue como un golpe al pecho que me dejó sin respiración. Pero pronto recuperé el hálito y sentí que una sonrisa se dibujaba en mis labios.

—¿Usted...? ¿Usted me contrató?

—¿Quiere sus cuatro mil dólares?

Asentí.

—¿Y se marchará de Port City?

Asentí.

—Bien. Baje y saque a Peg de casa. Probablemente estará preguntándose dónde está y qué está haciendo, así que no pierda el tiempo. Adelante y márchese con ella.

—¿Qué me marche...?

—Acompáñela al coche. Luego dígame que ha olvidado su gabardina. Yo lo estaré esperando frente a la entrada. Le daré su gabardina con los cuatro mil dólares.

Asentí de nuevo.

—Dese prisa. No tardaré más de cinco minutos en reunir el dinero. Venga, vamos.

—Está bien.

—¿Señor Quarry?

—¿Sí?

—¿No podía hacerlo y largarse de la ciudad?

—Buena pregunta —dije.

Hice lo que me dijo. Bajé, encontré a Peg en el salón hablando con un baboso de traje arrugado con tan mala cara que parecía que se le estuviera derritiendo. Todos los demás seguían igual de inertes, como si estuvieran en un cuadro, todos de pie, fingiendo pena lo mejor que sabían. Pero aquel tío era todo sonrisas y parloteo.

—¿Quién coño era ese? —le pregunté mientras salíamos del salón hacia la entrada—. Parecía el único que lo estaba pasando bien.

—Ya —contestó Peg—, es un cachondo. Es el de la funeraria.

—Bueno, cuando le toque a él, espero que cierren el ataúd.

Peg rió.

—Sí, no tenía muy buena cara, ¿verdad?

Fuera seguía amenazando con llover, pero sin llegar a pasar del chispeo. La tarde avanzaba, pero nadie se lo había comentado al cielo, que seguía estancado en la medianoche. De camino al Ford, Peg me contó anécdotas sobre los diferentes pesados con los que había estado hablando, y mientras le abría la puerta del coche, dije:

—Mierda, me he dejado la gabardina.

—Ya voy yo a por ella, Quarry.

—No, no importa. Ahora vuelvo.

Al principio no vi a la señora Springborn. No estaba en el porche, sino a un lado, cerca de unos arbustos. Llevaba un abrigo largo negro y lo único que se veía mientras me acercaba era su pálido rostro oval, como una especie de madona, pero una madona que hubiera chupado un limón.

Cuando llegué hasta ella, me ofreció la gabardina y me la puse. Después me dio un sobre y esperó a que contara los billetes de cien dólares nuevecitos. Había cuarenta. Cuando vio que había terminado, dijo:

—Adiós, señor Quarry.

—No tan pronto, señora Springborn.

—¿No tan pronto?

—No. Quiero saber por qué. Quiero saber por qué encargó el asesinato de su hermano.

—No se lo voy a decir. Accedí a pagarle. Y ahora le estoy pagando de nuevo. Lo que significa que estoy yendo más allá de lo que me corresponde, ¿no?

—Me está diciendo que...

—¿Que yo no soy responsable de la muerte de su socio? Sí. ¿Su... qué? ¿Agente? Lo que sea, el hombre que me puso en contacto con usted, el hombre al que conoce como Broker, creo, me llamó y me contó la historia del hombre de la llave inglesa. Imagino que es cierto... no parece el tipo de hombre que sufra alucinaciones... pero, oiga, sea lo que sea lo que les ha pasado a su socio y a usted, fue el resultado de algún factor desconocido sobre el que ni usted ni yo teníamos ningún control, alguna broma del destino, del que no somos responsables.

—Si usted no tuvo que ver con la muerte de mi socio, y no ha intentado matarme, ¿por qué me da los cuatro mil otra vez?

—Para que se marche de una maldita vez de Port City, ¿por qué cree si no, cabrón incompetente? —En aquel tono bajo su voz sonó casi como la de un hombre; profunda y áspera—. Broker me avisó de que había una posibilidad de que apareciera por aquí; me dijo que él se ocuparía, pero que había una pequeña posibilidad de que causara problemas. ¡Y entonces aparece aquí! Incluso después de hablar y sabiendo que tenía que ser usted, ¡no me lo podía creer! Dios santo, y después de pagar casi cinco mil dólares por un trabajo relativamente sencillo, ¡un trabajo que podría haber encargado a cualquier criminal por cincuenta! Pero no, tenía que hacerlo un profesional, para minimizar los riesgos, para que fuera rápido y seguro. Tenía que contratar a alguien que pudiera manejar la situación con soltura... y ¿con qué me encuentro? ¡Con un desgraciado subnormal que mata a mi hermano y luego aparece en mi casa para hablar del tema!

—Está bien. Me marcharé encantado. Pero quiero saber. No me iré hasta que me lo cuente todo.

—¡Y una mierda! Ha tenido mucha suerte hasta ahora... Para empezar, aún no ha aparecido el cuerpo de su socio, gracias a esta mierda de climatología que tengo que sufrir aquí por su culpa. Hasta que eso ocurra, la policía no tiene razones para pensar que la muerte de Albert fue algo más que un robo perpetrado por un imbécil que creía la leyenda local de que mi hermano tenía un tesoro escondido. Pero alguien acabará descubriendo el cuerpo de su amigo, y ¿cómo cree que va a reaccionar la policía? En Port City no se suelen producir dos asesinatos en un mismo día. Uno ya es raro, dos es lo nunca visto. Oh, pero usted no tiene miedo de la policía de Port City, ¿verdad? Bueno, pues hay un hombre de la Oficina de Investigación Criminal de Iowa en esta ciudad, y se ocupa de estos asuntos personalmente, y es un profesional, Quarry, ¿sabe lo que es eso? ¿Y qué cree que va a pensar cuando se entere de que ha estado por la ciudad, haciendo preguntas? Coja el dinero, Quarry y...

—¿Y corra?

—¡Sí, joder!

—Tómese diez minutos. Tómese uno. Pero cuéntemelo.

—¡No!

—Pues escúcheme bien. Creo que sé lo que pasó, o al menos parte.

No dijo nada.

Entonces se lo conté.

Lo que había deducido era que Albert Leroy había descubierto lo que sucedía entre Raymond Springborn y su novia en el apartamento del otro lado de la calle. Quizá lo supiera porque le gustara mirar, o porque dio con los dos tortolitos por accidente, ¿quién sabe? Pero los descubrió, y Albert supo que ese conocimiento le daba poder, poder para acercarse a Raymond Springborn y pedirle dinero, más dinero del que recibía por su trabajo en la fábrica, eso seguro, probablemente mucho más. Quizá le pidiera formar parte de la puñetera junta directiva, o de alguna otra junta de gilipollas donde pensaba que tenía derecho a estar. Es igual, utilizó lo que sabía para sacar algo de Raymond Springborn, y por eso ahora estaba muerto.

No dijo nada hasta que hube terminado. Después:

—Coja sus cuatro mil dólares y váyase, Quarry.

—Estoy cerca, ¿verdad? —dije entre dientes—. Creía que lo había descubierto, pensaba que su marido había intentado ocultarle su lío, ocultar a su amante, y que había pagado por la muerte de su hermano. De esa manera se aseguraba de que usted no se enteraría de que la engañaba y al mismo tiempo se libraba de un familiar incómodo.

Se inclinó y habló con una mueca de desprecio en los labios.

—¿De verdad cree que me importa si Raymond se folla a alguna putilla? ¿De verdad cree que me importa si se folla a todas las zorras en celo del mundo? No me interesan sus atenciones, hace años que no las quiero. Esas mujeres me quitan un peso de encima.

—Oh... espere —dije—, un momento... entonces es eso. No me extraña. Su marido no lo sabe, ¿verdad? ¡Joder! Albert vino a contarle la historia de Ray, ¿verdad? Albert acudió a usted con sus exigencias.

—¡Qué tontería!

—Sí, claro. No me extraña que su marido se indignara tanto cuando dejé caer que había matado a Albert. Y a usted..., a usted le daba igual a quién se estuviera tirando, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho, yo no quería formar parte de su puñetera vida sexual. Raymond y yo tenemos un acuerdo, compartimos una forma de vida. Lo nuestro son los negocios. Los negocios son nuestra relación. No tenemos hijos, no queríamos, nuestra familia son los negocios, y nuestra relación son los negocios, y ¿por qué no se va de una puta vez?

—No quiere que su marido se entere de lo de Albert, ¿verdad? No quiere que sepa que ha hecho que mataran a su propio hermano.

—Quarry...

—Y no me extraña. Una mujer que mata a su hermano sería capaz de hacer cualquier cosa...

—¿Cuánto quiere, Quarry? Tengo cuatro mil dólares más en casa. Espere aquí. Iré

a por ellos. Se los traeré.

—¿Por qué lo quería muerto? ¿Por qué Albert era una amenaza para usted? Le daba igual que su marido la engañara.

—Dijo... —su voz sonaba cansada, como si se hubiera rendido—, dijo que le diría a todo el mundo lo de Raymond... que iría a la prensa y que les contaría lo de Raymond y aquella chica.

Me eché a reír.

Porque todo tenía sentido, por fin conocía el motivo.

Miedo al escándalo.

Un imperio construido sobre sopa de pollo y recetas de bizcochos. La reputación de la familia no sobreviviría a aquel escándalo. El resto del mundo quizá aceptara el adulterio, la *jet set* y las estrellas de cine quizá pudieran tirarse a quienes quisieran, pero no en el Medio Oeste, no cuando eres Linda Sue y Ray Springborn, la pareja de Kitchen Korner.

¿Y quién sabe qué otros secretos estaba dispuesto Albert a revelar? ¿Quizá las conexiones de Raymond Springborn con la mafia? ¿Y qué más había hecho Linda Sue para ocultar todo aquello? Tenía que haber algo más. Quizá varias cosas más. Fueran las que fueran, los escándalos provendrían de una sola fuente: el desgraciado, tarado y olvidado miembro de la familia de Kitchen Korner, Albert Leroy.

—Así que por eso Albert tenía que morir —dije.

—Murió hace mucho tiempo —dijo—. Era un vegetal.

—Sí, lo sé, una patata, ya lo dijo antes. ¿Qué le pidió?

—Quería ser vicepresidente de Empresas Springborn-Leroy. Quería poder para tomar decisiones. Quería un gran sueldo, como usted ha dicho antes.

—Quería demasiado.

—Sí, ¡quería demasiado! Era un mal conserje, ¿cómo íbamos a darle un puesto ejecutivo? No habría podido, nos habría avergonzado, eso si no nos llevaba a la ruina antes. Ya era bastante penoso tal y como estaban las cosas.

—¿Y qué pasa con ese supuesto tesoro?

—Tenía unos nueve mil o diez mil dólares en el banco, de su herencia.

—¿Y?

—Ahora es mío. O lo era. Le he entregado a usted el equivalente, ahora que le he pagado dos veces.

—Vaya, qué detalle el de su hermano, ¿no? Dejarle a usted lo que le ha costado que lo maten.

—¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué quiere, Quarry?

—Nada. Con estos cuatro mil me conformo.

—¿Se marchará, entonces?

—Solo quiero saber una cosa más.

—¿Qué?

—¿Quién es Vince?

—No tengo ni idea.

—No me venga con esas, Linda Sue. Quizá las amas de casa de media América la crean, pero está hablando con el asesino de su hermano.

—¡Le he dicho que no tengo ni idea! Escuché a Raymond mencionar su nombre en la torre, cuando estaban hablando hace un rato. Nunca lo había oído antes.

—¿Se da cuenta de que este Vince probablemente sea el tío que robó los cuatro mil dólares y mató a mi socio, verdad?

—¿Qué más da? Ya tiene su dinero y está vivo.

Tenía razón.

—Vale —contesté—. Me marcharé de Port City esta noche.

—Hágalo antes, si es posible.

—No se preocupe. No tengo ninguna intención de asentarme aquí.

—Quarry...

—¿Qué?

—¿Por qué... por qué...?

—¿Por qué me conformo solo con los cuatro mil dólares? Porque su hermano también pidió más y acabó muerto, Dios, y yo ni siquiera soy hermano suyo. No quiero ni pensar lo que me haría a mí.

Sus ojos y su boca estaban tensos en aquella máscara creada por el cirujano plástico.

—Chulo engreído... ¿quién se cree que es, hablándome con ese tono condescendiente? Siga diciendo que maté a mi hermano. Deje que le recuerde, cabrón incompetente que... usted asesinó a Albert.

—No —dije—. Yo lo maté. Usted lo asesinó.

Y la dejé para que pensara en ello. Esperaba que lo hiciera durante un buen rato, pero lo dudaba.

Me desperté con un sobresalto. Consulté mi reloj. Las ocho y media. Había dormido quince minutos. Tras pasar dos horas mirando el techo, pensando más de lo saludable, me quedé dormido, lo que tampoco era muy conveniente. Cuando Port City no fuera más que otro recuerdo desagradable, entonces podría dormir. Pero no ahora. Aún no.

Peg estaba a mi lado, dormía desde hacía una hora y media con un brazo sobre mi torso, su cabeza contra mi hombro y un pecho aplastado contra mi costado. Habíamos cenado en la cocina y nos habíamos tomado el postre en el dormitorio, para después pasar el resto del rato bebiendo un tercio de la única botella de whisky que quedaba, y charlando sin más, descubriendo lo que nos apetecía saber del otro.

Hacía que me sintiera intranquilo. Pasar todo el día con ella me había producido una sensación placentera, pero inquietante al mismo tiempo, como un sueño que apenas recordaba. Era como si un pensamiento enterrado en lo más profundo de mi mente quisiera abrirse paso, un vago recordatorio de algo que hacía tiempo había intentado olvidar. No quería admitir lo que era, o a quién me recordaba. No quería que esos sentimientos escaparan de mi subconsciente y se encaramaran a la roca de mi consciencia para retorcerse y burlarse de mí y nublarne el juicio. No quería enfrentarme al hecho de que no me sentía así desde que era joven, un chaval que creía en ciertas nociones abstractas y absurdas, un mocoso que se casó demasiado pronto, sintiendo cosas que consideraba muy profundas cuando en realidad no eran más que el fruto del instinto animal.

Pero Peg, aquella rubia sexi de revista que parecía recién salida de una fantasía erótica, aquella belleza madura a la que le gustaban los rollos de una noche con la frente llena de granos y diez años menos que ella, aquella mujercita dura y delicada que me echó un polvo poco después de conocerme, se estaba acercando peligrosamente. Se estaba acercando peligrosamente a convertirse en una persona importante en mi vida. Hacía mucho tiempo que para mí las mujeres no eran personas, sino bonitos receptáculos de reprimidos desechos biológicos y psicológicos. Una versión mejorada de la masturbación, nada más.

Pero ¿por qué no paraba de darle vueltas a ideas absurdas? Ocurrencias como preguntarle si estaría interesada en tener otro socio, alguien que pudiera añadir bastante dinero a lo que ella tenía ahorrado, que la ayudara en su intento por ser la dueña del Bunny's o despedirse del local definitivamente. ¿Por qué estaba sopesando la loca idea de pedirle que fuera mi socia, que buscáramos un bar, una discoteca o quizá un restaurante o una cafetería o lo que fuera, en otro lugar, en el oeste, quizá, y dirigir un negocio tranquilo, legal y pasar los días y las noches, quizá, incluso años, respirando y comiendo, follando y haciendo todas esas cosas que hacen de la vida

algo tolerable, quizá incluso envejecer o al menos pasar un tiempo juntos? Obviamente no había ahorrado mucho dinero, pero tenía la bolsa de plástico con el polvo blanco que algo tendría que valer, y...

Mierda.

Estaba acostumbrado a estar solo. Me gustaba. La gente me molestaba. A veces era necesario tener algo de compañía, cierto, para jugar a las cartas con personas que podía soportar. A veces encontraba mujeres agradables, con buen cuerpo, con las que cubría ciertas necesidades.

Pero ahora mis necesidades estaban cambiando. Para empezar, lo de matar gente, ganarme la vida con la muerte... es algo a lo que solo te puedes dedicar mientras tengas el estómago fuerte y la cabeza fría; y yo estaba perdiendo ambos. Estaba perdiendo mi toque. Si no, ¿por qué me había quedado en aquella ciudad después de terminar el trabajo? Hay que ser frío, nunca te involucres personalmente en un trabajo, esa es la regla fundamental. Y sin embargo, allí estaba, metido hasta el cuello, comiéndome el coco con la muerte de Boyd y con Albert Leroy más vivo ahora que cuando le disparé en el pecho aquella mañana. Y la única presencia constante de todos estos años en mi vida, Broker, mi socio desde hacía tanto tiempo, se había convertido en una persona en la que no confiaba, a la que incluso temía, y sentía que el cordón umbilical de nuestra relación laboral estaba a punto de romperse, de hecho estaba...

¡Mierda!

¡No! ¡Tenía que dejar de pensar de una puta vez!

Me levanté de la cama. Peg gimió y me buscó dormida con la mano, pero no le dio tiempo a retenerme. Salí al otro cuarto, avancé a través del museo que su madre había dejado tras de sí, me acerqué a la ventana y aparté la cortina. Estaba lloviendo otra vez.

En la silla junto a la ventana estaba mi gabardina y dentro, la nueve milímetros. La saqué del maletero porque me pareció que hasta que no estuviera lejos de Port City era más seguro llevarla conmigo. Tanteé el bolsillo donde la había guardado. Era un bolsillo profundo, cosido especialmente para ocultar el arma. Deseé ponerme la gabardina, salir, dar con el puto tío de la puta llave inglesa, dispararle y marcharme de Port City. Solo había una cosa de aquella puta ciudad que quería recordar y estaba dormida en el otro cuarto.

Contemplé la lluvia. Caía como una cortina, recta, con fuerza, con tanta fuerza que los desagües de la calle ya no daban abasto. Mientras observaba todo aquello me pregunté si debía marcharme en aquel momento, mientras ella aún dormía.

—¿Qué haces, Quarry?

Me di la vuelta y la miré. Llevaba unas bragas azules con encaje. Nada más. Se estaba estirando mientras bostezaba y sus pechos, de oscuros pezones, perdieron volumen momentáneamente, aunque lo recuperaron de nuevo cuando bajó los brazos.

—Nada —contesté.

Fuera, un trueno rugió. Se colocó junto a mí y miró por la ventana. Las gotas grises de lluvia se reflejaban en su piel rosada, como si alguien proyectara una película y la utilizara a ella de pantalla. Apoyó una rodilla contra la silla, acarició el marco de la ventana y dijo:

—Me gusta la lluvia. —Estaba sonriendo, pero solo un poco—. Ojalá pudiera salir ahí fuera así y saltar bajo el agua. Este tiempo deprime a mucha gente. A mí no. Es una liberación, un desahogo, como llorar o correrse. —Se inclinó hacia delante y apartó la gabardina de la silla para poder sentarse. Fue como otro trueno.

—¡Joder! —dijo, y se sentó. Se quedó mirando la pistola, como si no hubiera visto ninguna e intentase averiguar qué era aquello. Tenía los ojos muy abiertos, muy blancos, como los platos de la colección de porcelana que su madre había guardado en el armario de al lado. Luego alzó la vista hacia mí con el desconcierto que precede al terror y cuando su labio inferior comenzó a temblar se lo mordió.

—Tranquila, Peg —le dije—. No te pongas nerviosa.

—¿Quién... quién coño eres, Quarry? ¿Quién eres, por amor de Dios?

—Venga, Peg.

—¿Quarry? ¿Quién... qué haces aquí?

—Te lo puedo explicar. —Me agaché, recogí la pistola del suelo y me la metí entre el cinturón y el pantalón—. Pero tranquilízate.

La agarré del brazo y la llevé hasta la mesa de la cocina. Le cogí la mano y ella me dijo con voz suave y asustada, pero firme:

—¿Qué clase de hombre eres?

Le di unas palmaditas en la mano y contesté como si nada:

—¿Cómo se llamaba ese tío? El de Chicago, dijiste que era un gánster.

—¿Qué...? ¿Qué tiene que ver eso con esto?

—¿Cómo se llamaba?

—Su nombre era Frank.

—Frank. Peg, soy algo parecido a lo que era tu Frank, supongo. Lo puedes llamar como quieras... gánster, mafioso, lo que sea... la etiqueta es lo de menos.

Pestañeó. Una vez.

—¿Qué haces en Port City? —dijo rápidamente, casi como un desafío—. ¿Qué haces aquí, conmigo?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Dímelo, Quarry. Dímelo ahora.

Guardé silencio y puse orden en mis pensamientos.

—Me enviaron a Port City para realizar un trabajo, pero eso da igual. La gente que me contrata tiene por costumbre no contarme por qué hago lo que hago o para quién lo hago. Solo cumplo con las órdenes y me dan mi dinero, como en cualquier otro curro. Pero en esta ocasión, cuando terminamos el trabajo, comenzaron a suceder cosas extrañas. Para empezar, nos robaron cuatro mil dólares a mi socio y a mí, y eso fue lo más agradable que nos pasó. Luego alguien mató a mi socio y se quedó por allí

para intentar acabar también conmigo. ¿Te has dado cuenta de los moratones que tengo en el pecho y el hombro?

No contestó al momento. Su rostro perdió color cuando mencioné el asesinato, pero poco después consiguió asentir con la cabeza.

—Es de cuando el tipo intentó matarme con una llave inglesa. Y casi lo consigue. Así que he estado husmeando por aquí, haciendo preguntas, buscando debajo de las alfombras. Y ahora mismo estoy en un callejón sin salida. Quería encontrar al tío que se cargó a mi socio con la llave inglesa, pero estoy atascado. Así que voy a enseñar mi mano, a cambiar las fichas y a empezar otra partida en otro sitio.

—¿Tiene algo que ver con los Springborn?

—Yo creo que no. Cuanto menos sepas de los detalles, más segura estarás. Lo único que te puedo decir es que esperaba encontrar al hombre que nos robó el dinero y mató a mi socio.

—¿Y si lo hubieras encontrado?

—Digamos que me habría pagado lo que me debe. No quieras saber más.

De repente se estremeció.

—No, no quiero. —Guardó silencio durante un momento, y apartó su mano de debajo de la mía—. ¿Qué pasa con nosotros, Quarry? ¿Qué pasa con lo nuestro?

—No te diré que nos encontramos por casualidad. Tú tratas a la gente con la que quería contactar. Gracias a ti pude averiguar algunas cosas de forma discreta.

El color volvió a sus mejillas.

—¿Y meterte en mi cama fue una especie de extra para ti, no?

—Peg.

—Soy como una guía turística cachonda, ¿no? Eso es lo que soy para ti, eso es todo lo que soy para ti.

—Podría haber sido así. Pero todo transcurrió de otra forma.

—¿Ah, sí? —Su rostro no expresaba emoción alguna, pero me pareció que algo comenzaba a fundirse en sus ojos.

—Peg —le dije—, ¿recuerdas lo que dijiste esta mañana? ¿Recuerdas lo que dijiste sobre que dentro de veinte años recordarías lo que hicimos, la noche que pasamos juntos? Pues yo también. Dentro de veinte años recordaré todos y cada uno de los detalles del tiempo que pasamos juntos. Búscame dentro de veinte años, y lo verás.

Me sonrió tímidamente.

—¿De verdad, Quarry?

—De verdad —contesté.

No dijo nada por unos segundos; estaba pensando. Entonces tomó una decisión.

—Vale. Eres un cabrón. Eres un hijo de puta y un cabrón, pero puedo vivir con eso —sonrió—. ¿Quién sabe? Quizá sienta debilidad por los tíos armados.

—Quizá.

—¿Quarry?

—¿Si, Peg?

—¿Ya no vas a buscar al tío de la llave inglesa?

—No creo.

—Pero te gustaría, ¿verdad?

—Sí, sé que estoy cerca, muy cerca.

—¿Te puedo ayudar?

—No quiero involucrarte más de lo que ya estás.

—¿No quieres preguntarme nada? En realidad no me estarías involucrando. No pasará nada si te contesto a algunas preguntas.

—Bueno...

—Por favor.

Lo pensé durante unos segundos.

—¿Conoces a alguien llamado Vince? —pregunté finalmente.

Me miró extrañada y ladeó la cabeza.

—Vince —repetí—. Un tío llamado Vince.

—¿No será taxista?

Lo consideré por un momento. ¿Qué es lo que había dicho Springborn? Algo sobre que Vince ganaba mucho dinero conduciendo, ¿no?

—Puede —contesté.

—Pues entonces es el hermano de Carol.

¿El hermano de Carol? ¿Carol? ¡Ese nombre también lo mencionó Springborn! Y era el mismo que Boyd había utilizado para hablar de la mujer que le había subarrendado el apartamento.

—¿Quién es Carol? —pregunté, aun sabiendo la respuesta.

—La chica de la que te hablé esta mañana. Mi amiga. La que se estaba tirando a Ray Springborn y a la que mandó de repente a Florida.

Tenía sentido. Comenzaba a tener mucho sentido.

—Háblame de Vince.

Se encogió de hombros.

—Es un zángano, la verdad. Conduce un taxi gracias a Ray. Carol le pidió que le diera un trabajo y él accedió. Además, así compra su silencio sobre su relación con Carol. De hecho, creo que Vince intentó sacarle más dinero y quizá esa fuera la razón por la que envió a Carol a Florida. —Negó con la cabeza—. Por qué Carol se preocupa tanto por el crápula de su hermano es un misterio para mí, pero supongo que es la única familia que le queda por aquí. Sus padres se separaron, se divorciaron y se marcharon hace mucho tiempo. El tal Vince es un bicho de cuidado, Quarry. Y además maricón.

—¿Qué?

—Que es marica. Incluso lo metieron en la cárcel por eso.

Recordé lo que Springborn había dicho, lo que había implicado con sus palabras... «¿No ha intentado nada?» «¿No te van ese tipo de cosas, no?»

—En realidad —prosiguió Peg—, no lo metieron en la cárcel por eso exactamente, sino por algo peor. Mucho peor. Dios sabe que a mí la vida sexual de la gente no me interesa, pero ese Vince... es un perverso en el auténtico sentido de la palabra. ¿Sabes por qué lo enchironaron? Porque hacía proposiciones deshonestas a otros homosexuales, a tíos que estaban de paso, ¿sabes? Se los llevaba al campo en su taxi y les robaba. Les quitaba todo el dinero que llevaran encima, a veces incluso la ropa, y luego les daba una paliza por el simple placer de hacerlo.

Claro.

Ahora lo entendía todo.

Boyd, pensé. Boyd, donde quiera que estés, hijo de una perra lesbiana, donde quiera que estés, eres un gilipollas. Estarás muerto, pero eres un gilipollas.

¿Por qué no se me ocurriría antes? ¡Era evidente! Como el hecho de que Boyd se había vuelto descuidado, que no estaba a lo que estaba, tanto es así que había pensado en dejar de trabajar con él. Pero había sido aún más idiota de lo que había imaginado. Había sido lo bastante estúpido, lo bastante gilipollas, lo bastante loco como para liarse con un tío ¡mientras estaba trabajando!

El mal de amores, el corazón roto que había traído consigo como un souvenir de su vida personal en plena desintegración, esa herida abierta que llevaba en el pecho, la había intentado curar con un nuevo amor, un amor que había encontrado allí mismo, en Port City.

Boyd se agenció un amante nuevo. Me los podía imaginar en su primera cita, y podía hacerlo porque sabía exactamente cómo era Vince, de eso no cabía duda. Estaba seguro de que era el tío de la parada de taxis de aquella mañana, el fulano que se me acercó en el Servicio de Taxis de Port City ¡aquella misma puta mañana! Podía verlo, delgado, con su camiseta blanca (aunque en el apartamento llevaba una negra, ¿no?), su piel oscura, con ese pelo grasiento, rizado y negro, su sonrisa lasciva de dientes mellados, y su voz áspera un segundo y afeminada el siguiente. Podía verlo caminar hacia Boyd mientras mi socio ojeaba la novela de bolsillo *Amor a media luz*.

En una cosa no me había equivocado; era un trabajo hecho desde dentro. Vince era el hermano de Carol, la chica que había vivido antes en el apartamento desde donde Boyd hacía la vigilancia, es decir que Vince sabía que Boyd y yo habíamos llegado a la ciudad para hacerle el trabajo sucio a Springborn: dudo que descubriera que pensábamos matar a Albert Leroy, pero sabía que estábamos allí para hacer algo ilegal para uno de los Springborn, seguramente supuso que para Raymond, pero eso ya da igual. Vince probablemente le habría sonsacado a Boyd que había mucho dinero en juego y seguramente mi socio le prometería una parte. Puede incluso que le dijera cuándo cobraría. Incluso puede que hubiera quedado con el guaperas de los dientes mellados justo antes de marcharse de la ciudad.

De repente tuve la necesidad de volver al callejón donde había dejado a Boyd detrás de unos contenedores de basura. Quería saber si el cuerpo seguía allí. De ser así, le patearía el culo.

Peg me miraba, veía cómo movía los ojos mientras pensaba. Cuando salí del trance, dijo:

—¿Es Vince el tío que os atacó?

¿El que nos atacó? ¿El tío de la llave inglesa? ¿El que mató a Boyd? ¿El que se llevó mi dinero? ¿El que intentó matarme? Sí, era él.

—Da igual —contesté.

—¿Quieres saber dónde vive? —preguntó.

Asentí.

—Encima de la parada de taxis —dijo—. Hay una escalera de madera en la parte de atrás. Es el único apartamento. Tiene toda la planta para él solo. Gana bastante dinero con el taxi. Gracias a Ray.

—Gracias, Peg.

—De nada.

—Ahora, olvídale todo.

—Ya lo he olvidado.

—Bien.

—¿Quarry?

—¿Sí?

—¿Te vas a marchar?

—Más me vale.

—¿Te marchas de Port City?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Pronto.

—¿Te volveré a ver?

—Esta noche no.

—¿Cuándo?

—Esta noche no.

—Entonces... me llamarás, ¿no?

—Te llamaré.

—Quarry.

—¿Sí, Peg?

—Ven conmigo un momento.

—Sí, Peg.

La misma mujer estaba sentada detrás del mostrador de cristal, pero esta vez llevaba un vestido diferente; había cambiado el de cuadros rojos y blancos por uno azul y blanco que sobre su corpulento cuerpo parecía como si se hubiera echado una tienda de campaña encima, pero sin los palos. Esta vez no tenía el pelo tan revuelto, lo que probablemente significaba que llevaba allí una hora, más o menos, mientras que en mi última visita a la parada de taxis de Port City, la debí de pillar al final de su turno.

—¿Qué tal, señor? —dijo. Su sonrisa era un gran surco en un rostro lleno de pliegues. Dio una última calada a su cigarrillo, me enseñó los dientes marrones y dijo —: ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola —contesté—. Vaya nohecita.

—Una nohecita de las malas. Desapacible hasta decir basta.

—Sí, esta puñetera lluvia... Oiga, ¿trabaja Vince esta noche?

—¿Vince? Claro, salió hace una hora. ¿Quiere que lo localice por radio?

—No, no se moleste. Solo quería saber cuál era su turno.

—No terminará hasta esta mañana, al amanecer.

—¿Tiene mucho trabajo?

—Bueno, las carreras salen todas de golpe. Como ahora. Tiene acumuladas cuatro o cinco llamadas. Pero si quiere verlo, siéntese y espere. Suele venir a tomar café cada hora, más o menos, cuando tiene un respiro. Se pasará por aquí cuando acabe con las carreras pendientes, dentro de media hora o cuarenta y cinco minutos.

—Vale, pues volveré un poco más tarde.

—Como quiera.

Compré un paquete de chicles, intercambiamos sonrisas y salí. Llovía a cántaros. La noche era especialmente oscura, las farolas parecían linternas en un enorme y lúgubre almacén. La calle estaba llena de agua y vacía de coches. Solo los bares daban señales de vida un poco más abajo (en la manzana de Albert Leroy), pero incluso los bebedores asiduos parecían intimidados por las inclemencias del tiempo. El ruido y la música de los bares sonaban amortiguados, como a medio gas. Allí arriba, en la parada de taxis, todo estaba tranquilo, la calle desierta.

Di una vuelta a la manzana y pasé por delante del Mustang verde de Boyd. Me puse los guantes y agarré con fuerza la nueve milímetros. Subí los escalones de madera hasta el apartamento de Vince e intenté abrir la puerta. Tenía una cerradura moderna que podría haber sido diseñada por un ladrón profesional, porque era de esas que podías abrir con una tarjeta de crédito. Una vez dentro, eché las persianas de la cocina, encendí la luz y me estremecí. Por un momento me pareció estar en el apartamento donde encontré a Boyd, el apartamento que ahora sabía había

pertenecido a Carol; las mismas paredes de estuco, el mismo mobiliario barato aunque nuevo, como el que se ve en las casas prefabricadas de medio pelo. Incluso la moqueta era del mismo color, verde fangoso. La distribución era idéntica a la del otro piso y resultaba evidente que las renovaciones de ambos las había hecho el mismo constructor. Lo que tampoco era muy sorprendente, puesto que Vince y su hermana Carol compartían el mismo casero, Raymond Springborn.

Vince no era un buen amo de casa. Cualquier temor que pudiera albergar sobre dejar tras de mí un rastro claro, debido a que había estado caminando bajo la lluvia, quedó descartado casi al momento. La mesa de la cocina era un mar de botellas y latas de cerveza vacías (principalmente Budweiser), además de las que ya había repartidas por la habitación; el fregadero estaba lleno de platos de varios días y el olor a basura era tan fuerte que me entraron ganas de meter toda la habitación en una bolsa y echarla a un contenedor. En el centro de su dormitorio había una cama sin hacer, con las sábanas sucias, malolientes y húmedas. Repartidos por el cuarto había calzoncillos, calcetines sucios, camisetas y pantalones vaqueros, como si Vince se quitara la ropa con la misma ansiedad que un niño que destroza el envoltorio de un regalo de Navidad. En las paredes del cuarto había varias fotos de revistas porno, aunque nada realmente obsceno: hombres musculosos posando en calzoncillos, y muchas mujeres desnudas, pero nada frontal por debajo de la cintura. Parecía que los gustos de Vince estaban divididos entre hombres y mujeres, así que el tío no era estrictamente gay, y tampoco era especialmente depravado, a juzgar por las fotos de la pared; no había látigos, ni cadenas ni nada de eso. Parecía que le gustara mantener su perversión dentro de los límites de un cierto buen gusto, y no había ninguna indicación de que le fuera la violencia, aunque después encontré en un armario varios libros de kárate mezclados con revistas de mecánica, libros y otras publicaciones de culturismo y contactos. El cuarto de estar estaba más ordenado que el resto de la casa, probablemente porque los únicos muebles eran un sofá y una televisión en color, el resto de la habitación estaba tan vacía como suponía que lo estaría su cabeza. Bueno, había unas cuantas latas y botellas de cerveza, aunque no muchas, una bolsa medio llena de ganchitos y un bol de salsa de almejas casi vacío en el suelo, junto al sofá. Un desorden bastante menos impactante que el de la cocina y el dormitorio, que parecían el trabajo de un verdadero especialista de la suciedad y la anarquía. La única habitación que quedaba era el cuarto de baño, donde prefería no entrar.

En el dormitorio, dentro del armario, detrás de las puertas correderas y bajo una pila de libros y revistas, encontré una esquina donde la moqueta estaba suelta y se podían levantar con facilidad dos tableros del suelo. Debajo, había un agujero, y dentro del agujero, envuelto en una camiseta negra, estaban el dinero y la llave inglesa.

Conté los billetes y no faltaba nada. Examiné la llave inglesa. La había limpiado, pero no la había tirado, de hecho, la había escondido, como el aficionado imbécil que era. Contemplé la camiseta. Dejé la nueve milímetros en el suelo para poder coger

aquel trapo y desgarrarlo en dos. Me sentí mejor.

Después, me metí el dinero en el bolsillo de la gabardina. Me sujeté la llave inglesa en el cinturón y dejé la camiseta rota dentro del agujero, coloqué los tablones y la moqueta en su sitio, puse los libros y las revistas como estaban, recogí la automática y salí del apartamento.

Una vez fuera, en la escalera, me quité los guantes y bajé los escalones de madera. Entré en el aparcamiento de la parada de taxis, donde metí el dinero y la llave inglesa en el maletero del coche de Boyd. Después regresé a la parada para esperar a Vince.

Quince minutos después, apareció. Pavoneándose. Estaba encantado de conocerse. De verdad. Llevaba los vaqueros ajustados y desgastados por las caderas, sus delgados brazos tatuados y fibrosos asomaban por las mangas cortas de la camiseta roja como un par de tubos de plástico. El pelo lo llevaba engominado y peinado hacia atrás, a lo James Dean, y si tuviera una moto, se la podría haber vendido.

—Mierda de noche —le dijo a la mujer detrás del mostrador.

—Querrás decir, mierda de tiempo —le replicó, mientras le daba la última calada a una colilla—. ¿O mierda de carreras?

—Mierda de todo —contestó.

—Hay un tío en la mesa de atrás que quiere verte. Lleva un rato esperándote, parece que te conoce.

—¿Ah, sí? —Se inclinó para susurrarle algo aunque sabía que aun así lo oiría—. ¿Quién coño es ese cabrón?

—Oh, ya ha estado aquí antes. Esta mañana alquiló una plaza en el aparcamiento.

Vince se encogió de hombros, se sirvió una taza de café, se apoyó contra el mostrador y me observó. Cuando terminó su café, caminó balanceándose como un gallito hacia donde yo estaba y se sentó a mi lado, cerca. Me dedicó su mejor sonrisa de dientes mellados y dijo:

—¿Te conozco de algo, tío?

Me dio la impresión de que no. Nos habíamos visto dos veces antes: la primera en aquel apartamento, donde me presentó a su llave inglesa; y luego esa misma mañana, muy temprano, cuando se acercó a mí con su voz de niña. Cuando me montó el numerito frente al estante de libros, no lo reconocí; y creo que él a mí tampoco. El apartamento era muy oscuro y supongo que no me llegó a ver, como yo a él tampoco.

—He estado aquí esta mañana —le dije—. ¿No lo recuerdas? Te me insinuaste. —Esto último lo dije en tono agrio para que tuviera bien claro que no había vuelto porque lo encontrara atractivo.

Entonces lo recordó. De repente se puso nervioso, se revolvió en el asiento, rió, soltó una carcajada que era más una tos que otra cosa y se rascó la cabeza. Agitó las manos y evitó mirarme a los ojos.

—Era solo una broma, hombre. ¿Acaso tengo pinta de ser un puto maricón?

—No —contesté—. No la tienes.

—¿Pues qué quieres?

—Quiero saber si te interesaría ganar dinero.

El lado izquierdo de la cara se le iluminó con una sonrisa de listillo.

—No lo sé, no lo sé, tío. He tenido... he tenido un par de días muy buenos, por así decirlo.

—Y una mierda. —Negué con la cabeza—. ¿Cuánto puedes ganar con el taxi?

No dejaba de sonreír. Los ojos le brillaban pensando en todo lo que yo no sabía.

—Pues resulta que me pillas justo cuando he tenido un golpe de suerte. Así que, sea lo que sea, no estoy interesado.

—Pues deberías estarlo.

—Oh, ¿no me digas? Ya. Pues, ¿por qué no me dices por qué estás interesado tú en mí? No me dedico a hacer mamadas, si eso es lo que buscas.

Lo miré con expresión indignada.

—Quizá me haya equivocado de fulano —dije con tensión en la voz—. El tío al que busco es de los duros. Pregunté por ahí, y todos me dijeron que Vince, el de la parada de taxis, es justo lo que busco. Pero yo les contesté «Joder, pero si ya lo he visto y es un puto maricón», pero me dijeron «Que no te engañe, así es como se gana la vida, zurrando sarasas, robándoles el dinero, para luego ir presumiendo por ahí». También me dijeron que Vince no le tiene miedo a nada, nada con lo que pueda ganar un buen dinero.

Se frotó la barbilla. Ya no estaba nervioso. Me estudió durante un momento y luego dijo:

—Quizá te han enviado al lugar equivocado.

—¿Ah, sí?

Y entonces el chulo hijo de puta movió la cabeza de un lado a otro, amplió su sonrisa y dijo:

—Sí, o quizá estés en el lugar adecuado, solo que hoy no estamos abiertos, así que, olvídale. —Y se puso de pie.

—Pago bien y no hago preguntas.

—Que no, tío.

—Una hora de tu tiempo.

—Que lo olvides.

—Mil pavos.

Eso sí captó su atención. Tragó saliva. Se quedó mirando a la nada, lo que yo interpreté como que estaba pensando. Se sentó de nuevo. Luego comenzó a asentir con la cabeza y siguió haciéndolo mientras decía:

—Hablemos fuera. Podemos sentarnos en mi taxi.

—Vale —dije, y lo seguí. Ya no llovía con tanta fuerza, pero seguía cayendo. Los dos estábamos empapados cuando nos sentamos en su taxi. Él parecía inquieto, el vaho de su respiración comenzó a nublar los cristales.

—¿Mil putos dólares, tío?

—Sí.

—Ahora las cosas me van bien, pero incluso en momentos como estos no viene mal algo de pasta extra.

—Claro.

—¡Pero tanta pasta! ¡Uf! Joder, seguro que me meto en un lío. Y no te conozco de nada, ni vienes de parte de Adam. No tengo ni puta idea de quién eres.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—¡Y una mierda, joder! Ya me estás diciendo de qué coño va esto o te digo por donde te puedes meter los mil pavos.

—Solo necesito una cosa de ti. Una cosa muy sencilla. Quiero que conduzcas un coche. Quiero que entregues un coche.

—¿Mil dólares por entregar un coche?

—Este es un coche especial... bueno, lo que lleva es especial. La gente a la que se lo entregarás lo meterá en un garaje, lo desguazará y se llevará lo que busca.

Sonrió, tenso, sin mostrar sus dientes mellados. Sabía de lo que estaba hablando. Solo le faltó decir: drogas. Quería hacerlo, pero se contuvo. Por fin dijo:

—Vale, tío, pero ¿por qué yo? Tienes un cargamento de... joder, un cargamento así, ¿y le pides ayuda a un tío al que no conoces? Tienes que estar desesperado.

—Sí, estoy desesperado.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál es la situación?

—Bueno... —Hice como si estuviera sopesando las consecuencias de contarle la verdad. Al final, como si hiciera un gran esfuerzo, le dije—: Mi socio y yo íbamos a hacer el envío, pero anoche se puso malo. Muy malo. Solo íbamos a quedarnos aquí una noche, y pensé que por la mañana estaría bien. Pero empeoró, mucho.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, quizá fue algo que le sentó mal, o puede que pillara algún virus extraño. Solo sé que le dio de repente, sin avisar, y ahora necesito un conductor para terminar el trabajo. ¿Qué dices?

—¿No puede conducir?

—Te lo estoy pidiendo a ti, ¿no?

—Sí, exacto, me lo estás pidiendo a mí y es una locura.

—¿A quién coño se lo voy a pedir en esta ciudad de mierda? Tienes que echarme un cable, Vince. Te voy a pagar bien, hazlo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo es la entrega?

—A medianoche.

—Mierda, son ya más de las once. ¿Adónde hay que ir?

—A la cantera de la carretera del río, a las afueras de Davenport.

El tío asentía, parecía casi convencido.

—Se puede hacer, sin problemas —dijo.

—Bien. Tú sales primero, yo te sigo. Cuando entregues el coche, te traeré de

vuelta a Port City. —Saqué un puñado de billetes del bolsillo, parte del dinero que la señora Springborn me había dado. Cogí cinco, todos de cien, y se los lancé al regazo. Él los miró.

—Cinco más como esos —le dije—, cuando termines el trabajo.

Pensó en ello. Se rascó la grasienta cabeza y dijo para sí:

—Menudo día... —Y luego añadió—: Vamos para allá, tío.

—Bien —contesté.

Nos estrechamos las manos.

La carretera del río seguía fielmente el cauce del Misisipi y sin duda proporcionaría un gran placer visual a la gente que saliera de excursión un domingo por la tarde. A un lado de la carretera las casas de campo jalonaban la orilla del río; al otro se alzaba un promontorio verde poblado con viviendas de todo tipo, desde casas modestas a suntuosas mansiones, y desde las que se podía disfrutar del bonito paisaje. Tras quince kilómetros más o menos, el promontorio desaparecía, el terreno se allanaba y aparecía dividido por cercas, como el típico campo de Iowa. Al otro lado de la carretera las casas de campo habían dado paso a densas arboledas. A veces, el trazado de la vía subía colinas desde donde se podía admirar un paisaje sobrecogedor, mientras que en el arcén izquierdo había una pared vertical de roca, como los precipicios que se ven en Colorado o Wyoming. En otras ocasiones, la carretera bajaba a pueblos alojados en valles, mundos tranquilos y protegidos, aislados de estos tiempos modernos. La carretera del río era el paraíso de un conductor dominguero, el paisaje variaba y exhibía muestras de diferentes zonas del país a lo largo de una sola vía de no más de cuarenta kilómetros. Pero en plena noche y con lluvia era una puta pesadilla.

Yo iba unos trescientos metros por detrás de Vince porque no quería que viera bien el coche que conducía. Conseguí que se metiera en el Ford alquilado y, tras verlo emprender la marcha, lo seguí en el Mustang verde de Boyd. Pensé que había alguna posibilidad de que reconociera el coche y no quería que aquello le diera pistas sobre quién era yo, y qué estaba haciendo allí. Pero, por otro lado, tampoco podía perderlo de vista. No quería que se alejara demasiado. Así que tenía que guardar una distancia prudencial.

Me preguntó por qué confiaba en él para entregar el cargamento, y tuve que darle seis explicaciones diferentes hasta conseguir que aceptara. No dejaba de inventarme razones y él lo único que contestaba era: no lo sé, tío, hasta que por fin dijo que tenía cierta lógica que él fuera delante, donde pudiera verlo, en lugar de atrás, donde podría desaparecer sin que me diera cuenta, con mis quinientos pavos y el coche que le había dado. Hasta ahí el tío llegaba, porque esa posibilidad ya se le había cruzado por la cabeza: Vince no era listo, pero tenía la mente lo suficientemente retorcida para estas cosas.

Así que todo fue bien hasta que me dijo que quería subir un momento a su apartamento, dejar los quinientos pavos y coger algo de abrigo, ya que quizá tuviera que esperar bajo la lluvia durante un rato. Antes de que me pusiera más pegas, le eché mi gabardina por los hombros (con los bolsillos vacíos, por supuesto, la nueve milímetros descansaba en el asiento delantero del Mustang, bajo un periódico), lo

metí a empujones en el Ford alquilado y le deseé un buen viaje.

El Mustang no rodaba bien por la vieja y descuidada carretera. Su sistema de suspensión no estaba pensado para un trazado lleno de parches de hormigón. En los tramos con menos baches, cuando de repente aparecía un trazado más uniforme, la lluvia hacía que la conducción fuera todavía más peligrosa. Delante, Vince casi perdió el control del Ford en un par de ocasiones debido al pavimento mojado, y eso que no iba a más de ochenta por hora. Yo mismo casi pierdo el control del coche un par de veces. Y justo cuando parecía que la cosa mejoraba, de repente aparecía un agujero lo bastante grande para dar un par de brazadas.

Eché un vistazo al cuentakilómetros y vi que habíamos recorrido casi treinta y tres desde que saliéramos de Port City. Pronto llegaríamos a la cantera. Me incliné sobre el volante y miré a través del cristal mientras los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro.

Había una media docena de edificios, muy juntos, como si estuvieran conspirando. Tres eran cilíndricos, como silos, y estaban hechos de cemento; el resto eran obeliscos grises ribeteados en acero con chimeneas de las que salía un humo blanco, nubes algodónadas tan puras como la inocencia, que se disipaban bajo la lluvia. Un conducto negro atravesaba la carretera desde uno de los obeliscos hasta una especie de barraca semicircular. Dentro de aquel conducto había una cinta transportadora que llevaba la piedra caliza desde la cantera hasta la planta de procesamiento de cemento.

La cantera en sí era inmensa. Incluso en la oscuridad de una noche lluviosa y con el complejo parcialmente iluminado, pude ver que lo que había al otro lado de aquel agujero se parecía bastante al Gran Cañón, solo que más viejo, y con unos estratos de piedra de una belleza muerta, estéril. Su profundidad iba desde los quince metros en algunos lugares, a los casi cincuenta. Tenía cientos de metros cuadrados y era muy largo, quizá se extendiera durante kilómetro y medio más allá de la planta procesadora, donde una plantilla reducida trabajaba sumergida en la noche, transformando la fría y quebradiza roca en sacos de cemento.

Broker había dicho que habría dos coches esperándome y que uno de ellos me llevaría a Port City. Solo había uno, un Dodge Charger azul con el motor en marcha. Aquello no me sorprendió, más bien me confirmó lo que sospechaba: cualquier duda que tuviera sobre las intenciones de Broker se disolvió como el humo bajo la lluvia. Observé cómo Vince aparcaba el Ford. Esperé un poco y pasé por delante de los dos coches, como si estuviera allí por casualidad. Después de un kilómetro y medio, apagué las luces, di media vuelta y me acerqué despacio. Cuando estuve a unos doscientos metros, dejé que el coche se deslizara en silencio a un lado de la carretera y salí. Había algunos arbustos bordeando la valla que rodeaba la cantera y me ocultaban mientras avanzaba rápidamente, pero con cuidado de no moverlos demasiado.

Le había dicho a Vince que se sentara en el coche y esperara tres minutos, así me

daba la oportunidad de hacer lo que acaba de hacer. Aferraba con fuerza la nueve milímetros en mi mano enguantada y me encontraba ya bastante cerca cuando Vince salió del Ford y comenzó a avanzar hacia el Charger azul oscuro.

La visibilidad era bastante mala, pero observé con claridad lo que ocurrió porque estaba a pocos metros de distancia.

Los dos coches estaban aparcados en paralelo, formando ángulos rectos con respecto a la carretera, pero había bastante distancia entre los dos vehículos y Vince caminaba tan despacio que parecía que no llegaría nunca al Charger. Con las manos metidas en los bolsillos de mi gabardina, Vince avanzaba con pequeños pasos hacia el coche, y había cubierto ya la mitad de la distancia cuando alguien bajó la ventanilla del Charger y sacó un brazo. Vince se detuvo. Vio que la pistola lo apuntaba y se dio media vuelta para largarse, pero el ruido del silenciador automático se confundió con los sonidos de la noche lluviosa. Se llevó la mano a un costado. Cayó de rodillas. Desde donde estaba no podía saber si la herida era grave, pero suponía que no era mortal; se movía demasiado bien para un hombre herido que avanza a gatas.

Entonces se abrió la puerta del Charger. Una figura delgada vestida con un abrigo oscuro salió del coche y se lanzó frenético sobre Vince, que se arrastraba por el barro y la gravilla hacia el Ford. El hombre delgado lo alcanzó sin grandes problemas. Se agachó y dijo:

—Muy bien, Quarry, cabrón, esto va a ser un puto placer. —Le dio la vuelta a Vince y lo cogió por las solapas de la gabardina. Entonces se dio cuenta de que no era yo.

Lo arrojó de golpe contra la tierra mojada.

—¡Joder! —dijo Carl, y entonces lo golpeé detrás de la oreja izquierda con el cañón de la nueve milímetros.

Carl cayó de bruces a un charco y me salpicó. Aterrizó justo a la izquierda de Vince.

Cogí la automática con silenciador de los dedos inertes de Carl y me la metí entre el pantalón y el cinturón. Vince estaba sentado y me miraba con la boca abierta, en su rostro una mezcla de dolor, incredulidad y estupidez, mientras la lluvia le caía por la frente y sobre la cara como si fuera una combinación de lágrimas y babas. Me miró fijamente, guiñando los ojos, y luego se puso como loco. Pero antes de decir nada, se arrastró sobre el culo hacia el Ford, hasta que pudo apoyarse contra el guardabarros del coche, consiguiendo así alejarse, aunque fuera un poco, del cuerpo inconsciente de Carl.

Escupió, tenía la boca llena de lluvia y quizá de sangre.

—Serás hijo de puta, cabrón, hijo de la gran puta... me han pegado un tiro, joder, me han dado, ese mierda me ha pegado un tiro... Será fácil, dijiste, el dinero más fácil que hayas ganado...

—Cállate —le dije.

De repente abrió mucho los ojos y, dedicándome una mirada salvaje, dijo:

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer conmigo? Tienes que ayudarme... ¿No me dejarás aquí sangrando? ¿Eh? ¿Eh? Estoy herido, joder, estoy herido, pero sé que sobreviviré si me ayudas... ¿Me vas a ayudar, verdad?

—Que te calles. Si te callas, lo mismo te ayudo.

—Pero...

—Siéntate y tranquilízate. No te pongas histérico o entrarás en shock. No malgastes tus energías o perderás el conocimiento. Quédate ahí sentado y cálmate.

—Pero...

Alcé la automática y se calló. O casi. Lloriqueaba, pero no lo bastante alto para ser molesto.

Carl comenzaba a levantarse. Lo ayudé. Le di una patadita en las costillas.

—Arriba —le dije.

Gruñó. Rodó sobre en el charco. Metió la nariz en el agua y comenzó a ahogarse, a toser y a mover los brazos. Se incorporó con la ayuda de las manos y dejó sus huellas en la blanda tierra. Se puso de pie. Sobre un solo pie. Tenía barro por toda la cara y parecía que se le estuviera derritiendo como cera.

—¿Qué tal te va?

Carl tragó saliva y no le debió de saber bien. Dijo:

—¡Chaquetero hijo de puta! —Su voz sonó tensa, casi aguda.

—Me reiría —contesté—, si tuviéramos tiempo para hacer bromas.

—Estás muerto, Quarry. Eres hombre muerto.

—No. De eso nada. Si Broker hubiera enviado a alguien competente a matarme, alguien con dos piernas y un cerebro, quizá estaría muerto. Pero no.

—Broker...

—Broker está en su casa, cómodo y calentito en la cama. No se molestaría en venir hasta aquí. Él no se encarga de hacer el trabajo sucio.

Carl se limpió la cara y se quedó muy quieto. Como si estuviera en posición de firmes, o frente a un pelotón de fusilamiento, o algo así. Dijo:

—Adelante, Quarry. Termina ya con esto.

—¿Qué termine con qué? ¿Crees que te voy a matar? No merece la pena, eres un estúpido inútil.

—Pues... ¿qué vas a hacer?

—Te voy a mandar a casita con Broker. Voy a dejar que vuelvas pegando saltitos hasta tu nuevo Dodge Charger y que conduzcas hacia el amanecer.

Se quedó helado por la incredulidad.

—Vuelve con Broker. Venga.

—¿De qué...? ¿De qué va todo esto?

—Que vuelvas con Broker, Carl. Pero una cosa... tráelo aquí.

—¿Qué? Estás loco.

—Sácalo de la cama y tráelo aquí. Que se moje el culo por una vez, como todos los demás.

—Has perdido el juicio.

—Tienes cuarenta minutos. Broker no vive muy lejos de aquí. Esperaré cuarenta minutos. Vamos.

—¿Qué me vaya?

—Vete.

—Claro —dijo Carl, siguiéndome la corriente—. Vale, lo tendrás aquí en cuarenta minutos.

—Por supuesto. Dile una cosa de mi parte. Dile que solo le di la mitad de la heroína del trabajo del aeropuerto. Dile que me quedé con la otra bolsa. Dile que la tengo escondida en un lugar seguro y que si quiere la llave del lugar donde la oculté, tiene que estar aquí dentro de cuarenta minutos y traer veinte mil en billetes de cien.

Carl no discutió conmigo. No intentó convencerme de que Broker no podría reunir aquella cantidad ni otras mentiras por el estilo. Veinte mil no era mucho para lo que contenía la bolsa y solo había escogido esa cantidad porque sabía que Broker tendría una suma así en casa.

—Estaré de vuelta dentro de cuarenta minutos, con él —dijo Carl. Sabía que Broker vendría; por la heroína sí vendría.

—Pues vamos.

Carl asintió. Con mucho cuidado, muy despacio, arrastró los pies hasta el Charger, cuyo motor seguía en marcha. Esperó en la puerta alguna última indicación.

—Vuelve con él, Carl. No quiero a nadie más. Y no quiero armas.

Asintió de nuevo, se metió en el coche y salió de allí. Vi que el Charger desaparecía en la lluvia y, segundos después, la carretera volvía a estar vacía.

A mi espalda, Vince dijo con un hilo de voz:

—¿Qué...? ¿Qué es todo esto? ¿Quién... quién coño eres?

Me di la vuelta y lo miré. Tenía un aspecto lamentable. Un chaval flacucho con mi gabardina, apoyado contra el Ford y con una mano en un costado. El pelo largo y oscuro le caía sobre la frente en mechones empapados, contrastando con su pálida tez. Tenía la boca abierta y los dientes mellados le daban un toque de estúpida inocencia.

—No lo sabes, ¿verdad?

Vince no dijo nada.

Yo tampoco.

Esperamos.

—Por amor de Dios, haz algo... ayúdame, me voy a desangrar si no haces nada...

Lo miré.

—Tienes que hacer algo, por favor... oh, por favor, por favor, ayúdame...

Tenía razón. Era el momento de hacer algo.

—Muy bien. Tengo un maletín de primeros auxilios en el maletero del coche. Voy a cogerlo.

Hizo un sonido extraño, una mezcla entre lamento y suspiro. Susurró:

—Gracias... gracias, tío.  
Caminé unos doscientos metros hasta el Mustang y abrí el maletero.  
Saqué la llave inglesa.

—Mierda —dijo Carl. Caminaba de manera extraña arriba y abajo, como si intentara burlarse de sí mismo. Había tardado cincuenta minutos en traer a Broker cuando yo le había dicho que lo hiciera en cuarenta. Cuando regresó, se había encontrado con que no había nadie, y durante todo un minuto no había dejado de caminar y de decir «mierda». No sabía que había ocultado los dos coches. El Ford alquilado estaba en la entrada del camino de gravilla que conducía a la cantera, fuera de la vista, pero cerca de donde yo estaba, en caso de que tuviera que salir de allí a toda prisa. El Mustang de Boyd estaba en la misma cantera, no lejos del cuerpo de Vince.

Carl miró a Broker, cuyo rostro podía ver porque estaba junto a la ventanilla del asiento trasero del coche. Carl alzó las palmas de las manos como para decir «¿Qué hago?» y Broker apretó los labios y frunció el ceño. Carl negó con la cabeza, como diciendo «Lo siento» y Broker intentó desterrar el enfado de su rostro y le concedió el perdón con un movimiento de cabeza.

Aun así, el lisiado volvió a caminar arriba y abajo, junto al coche, que en esta ocasión ya no era el reluciente Charger azul oscuro sino un enorme Buick marrón con el techo de vinilo. El coche de Broker, evidentemente. Un coche de ejecutivo.

—Mierda —dijo de nuevo—, mierda, mierda, mierda.

—Venga, deja ya de lloriquear. —Salí de entre los arbustos y dejé que Carl viera que aún me acompañaba la nueve milímetros.

Una oleada de alivio inundó el rostro de Carl para después transformarse en rabia. Entonces habló. Su voz destilaba veneno, pero utilizó palabras concisas.

—Siento... siento haber llegado tarde.

—Da igual —contesté—. Ábrete el abrigo.

Se desabrochó la gabardina negra y la abrió. Me acerqué hasta él y lo cacheé rápidamente, con una sola mano. No iba armado.

—Buen chico —dije—. Esa pata de palo que llevas no estará llena de petardos, ¿verdad?

Carl arrugó el morro. Sus ojos me decían que me fuera a la mierda, pero de su boca no salió nada.

—Ya puedes abrocharte la gabardina —dije.

—¿Y tu amigo? —preguntó.

Se refería a Vince.

En el fondo de la cantera, Carl, donde aterrizó cuando lancé su cuerpo por el acantilado.

—Le puse una venda —dije—. Ahora se encuentra mucho mejor. De hecho, está en la carretera, vigilando. Por si tú o Broker traíais a algunos de vuestros amigos.

—Broker quiere que subas al coche y que hables con él allí.

Agité la pistola para indicarle que saliera, pero Broker me miró impasible e inmóvil, y yo diría que hasta aburrido.

—Broker —dije en voz alta—, ¡saca el culo del coche!

La puerta de atrás se abrió. Broker no salió, pero escuché su voz.

—Entra en el coche, Quarry. No hace falta que nos mojemos los dos y cojamos una pulmonía.

—¿Por qué no sales, Broker? Llevo tanto tiempo bajo la lluvia que ya ni la noto.

—Por favor —dijo Broker, con solemne paciencia.

—¿Por qué no? —dije. Miré a Carl y añadí—: Tú quédate delante. Siéntate en el asiento del conductor y no me des problemas.

Carl hizo lo que le dije.

Broker llevaba un traje de doble punto negro, una camisa azul claro y una corbata ancha de color azul turquesa. Se echó a un lado para hacerme sitio, lo que lo situó directamente detrás de Carl. Había espacio de sobra en la parte de atrás del Buick para las piernas, para la cabeza... Dejé la nueve milímetros sobre mi regazo y entrelacé las manos enguantadas. Hacía frío en el coche. El puñetero aire acondicionado estaba encendido, algo bastante idiota en una noche lluviosa y no especialmente calurosa como aquella. Y entre el frío y el tamaño, aquel Buick podría servir de nevera.

—Perdona el retraso —dijo Broker—. Mi mujer y yo teníamos invitados en casa y fue bastante difícil escabullirse.

—¿Dabas una fiesta, Broker? Esa sí que es una buena coartada.

—Por favor, Quarry. —Le tembló el bigote.

—Tú y tu guapa mujer coméis caviar y bebéis cócteles mientras yo espero bajo la lluvia a que tu lisiado me pegue un tiro en los huevos.

Pude ver a Carl en el espejo retrovisor. Tenía las facciones tensas, pero no dijo nada.

—Quizá te interese saber que he terminado el trabajo que me retenía en Port City, y sin levantar sospechas ni conseguir que J. Edgar Hoover se levantara de la tumba.

La expresión de Broker se volvió sombría. Asintió despacio y dijo:

—He recibido una llamada del cliente que contrató tus servicios...

—Te refieres a la señora Springborn.

Broker me lanzó una mirada asesina. Pero enseguida se controló.

—El cliente me informó de tu visita y de que le habías dicho que te marcharías de Port City.

—Cierto.

—Y que le pediste y recibiste otros cuatro mil dólares. ¿Cómo crees que me deja eso? No soy un chantajista, Quarry, no apruebo la extorsión.

No sabía si reír o estrangular al muy cabrón. Se lo dije.

—¡Quarry, por favor! —Broker agitó las manos en el aire—. Por favor. No debí

sacar ese tema. —Se aclaró la garganta—. Amigo mío, podríamos seguir así hasta mañana, gritándonos y acusándonos de todo tipo de cosas. Me podrías hablar de nuevo de lo poco que te gustó el trabajo del aeropuerto y de lo mal que, según tú, he llevado tus asuntos estos últimos meses. Y yo podría recordarte de nuevo tu imperdonable comportamiento en Port City. Y a pesar de que al final te saliera bien, ¿acaso puedes afirmar que no ha sido una locura permanecer en el escenario del crimen para investigar? ¡Por el amor de Dios! Creo que no. Todo esto ha sido muy lamentable, sí, y traer a colación todos nuestros desacuerdos no nos llevará a ninguna parte. Siento que nuestra relación laboral, que tantos beneficios nos ha dado a los dos, deba acabar de esta manera tan desagradable, después de tanto tiempo. Es evidente que no es posible la reconciliación. Te tengo cariño, de verdad, y has trabajado bien para mí. Pero en los últimos días nos hemos tratado tan mal que nuestra maltrecha relación ya no tiene arreglo. Esta noche, y admito que cometí un error, esta noche intenté matarte. Igual que tú, mientras trabajabas para mí, traicionaste mi confianza y te quedaste con un objeto valioso que me pertenecía. Bien, una cosa por la otra, como se suele decir. Olvidemos nuestras diferencias y acabemos ya con esto de una vez.

De haberse presentado a algún cargo público, habría votado por él. La lluvia golpeaba el tejado del coche como si fuera un aplauso.

—¿Y bien, Quarry?

—Vale —dije.

Broker asintió muy serio y sacó del bolsillo de su chaqueta un sobre grueso, sellado. Lo desgarró con un gran sentido dramático y sacó un buen fajo de billetes verdes.

Metí las manos en el bolsillo de mi pantalón y saqué la llave. Se la entregué.

—¿El aeropuerto? ¿Otra taquilla del aeropuerto?

Asentí.

—Muy arriesgado —dijo Broker en voz baja—. Demasiado arriesgado.

Me entregó el sobre sin más ceremonias esta vez. Lo abrí del todo y pasé el pulgar por el canto de los billetes. Eran nuevos; incluso olían a recién hechos. Comencé a contar el dinero y por el rabillo del ojo vi que Broker asentía con la cabeza. Por el retrovisor, Carl le contestó de la misma manera.

Y vi que la guantera estaba abierta.

En algún momento, durante el pomposo discursito de Broker, Carl había abierto el compartimento.

El cojo me observaba por el espejo para asegurarse de que no lo miraba. Esperé hasta que metió la mano en la guantera para coger el revólver. Entonces agarré a Broker por el brazo, tiré de él con fuerza, me pegué a la puerta del coche y Carl disparó.

Disparó y la bala acabó alojada en el ojo derecho de su jefe. La parte de atrás de la cabeza de Broker explotó y dejó un surrealista diseño en rojo en la ventanilla posterior del coche.

Hubo un momento en que todo podría haber acabado para mí. Tenía a Broker encima, como mil kilos de tío muerto sobre mi regazo, y no podía coger la automática. Sin embargo, logré empujar su cuerpo hacia la otra puerta, eché mano a la pistola y la alcé para disparar.

A esas alturas debería estar muerto, pero Carl había dudado; había dudado y había dejado que su mente se adelantara a su instinto. Había dudado y había tenido tiempo de darse cuenta de lo que había sucedido. Vio a través del humo y la niebla roja el horrible rostro mutilado de Broker. Entonces supo lo que había hecho, y la expresión de terror en sus ojos duró solo una fracción de segundo porque justo entonces apareció mi nueve milímetros, se posó sobre su mejilla y lo dejó sin cara.

A tuestas, quité el seguro de la puerta, la abrí y salí rodando del vehículo. Repté agradecido por la gravilla, ahogándome en el olor a cordita y con un terrible pitido en los oídos por la explosión del revólver de Carl, sin silenciador, dentro del coche.

Mi instinto me decía que tenía que largarme, salir de allí inmediatamente. Me subí al Ford y salí por la carretera de acceso a la cantera. Cuando llegué a la altura del Buick, con el motor aún en marcha, ya había decidido qué iba a hacer. Supongo que lo había tenido en mente todo el tiempo. De haber sido sincero conmigo mismo, habría admitido que mi relación con Broker no podía terminar de ninguna otra manera. Pero me había negado a aceptar la realidad. Había esperado a que se presentara la inevitable situación y me había enfrentado a ella como si fuera una sorpresa.

Dejé la nueve milímetros en la mano muerta de Broker y coloqué la llave inglesa en el asiento delantero del Buick. El equipo de investigación se lo pasaría en grande intentando averiguar qué había sucedido allí. Supondrían que se había producido un tiroteo entre Broker y Carl. Irían resolviendo el puzle hasta acabar en una taquilla del aeropuerto Quad City, una taquilla con una bolsita de plástico llena de heroína, que los conduciría hasta un laberinto aún mayor de actividades delictivas. Eso sin olvidarnos de que el otro extremo del laberinto podría conducirlos hasta el cuerpo de Boyd en Port City, y el de Albert Leroy quizá los llevara hasta los Springborn. Pero no hasta mí. Yo estaría lejos. Como si nunca hubiera estado allí.

No me gustaba dejar la nueve milímetros así, abandonada. Había estado conmigo durante mucho tiempo, pero Broker también. Dejaba muchas cosas atrás en aquella cantera en la carretera del río.

No vi a la chica guapa del bikini amarillo que se acercaba corriendo. Chocó conmigo mientras salía de mi Opel GT y me tiró al suelo. Llevaba el pelo largo y de un color un tono más claro que el del bikini. Me ayudó a incorporarme y sonrió. Sus dientes blancos acentuaban el color oscuro de su piel bronceada. Se excusó. Le dije que no se preocupara. Ella sonrió de nuevo y dijo que tenía un coche muy bonito. Le devolví la sonrisa y la vi alejarse, dispuesta a encontrarse con su novio, o con quién quiera que estuviera esperándola frente a los juegos recreativos. Se dieron la mano, cruzaron la calle y desaparecieron entre el gentío de la playa.

A finales de agosto, Twin Lakes está a rebosar de gente. Los chavales de instituto y los universitarios parecen desesperados por atrapar los últimos rayos de sol y sacarle todo el partido al verano que se acaba. Yo no iba tan rápido, pero claro, tampoco iba a empezar las clases después de aquel fin de semana.

Había ido a los recreativos para jugar al billar, pero el lugar estaba prácticamente vacío. Había demasiada luz y hacía demasiado calor para malgastarlo allí dentro, al menos eso pensarían los chavales; la parte delantera del local estaba abierta a la calle, así que con la playa justo al otro lado de la carretera y la brisa que soplaba desde el lago, me daba por satisfecho. Metí varios dólares en una máquina que daba cambio y me puse a jugar en diferentes máquinas. Tuve suerte con una de tiro y le di a prácticamente todos los animales de la jungla que asomaron la cabeza por los arbustos verdes de metal. Pero después de un rato me cansé de disparar y dejé la máquina. Me compré una Coca-Cola y salí del local mientras bebía, para disfrutar de la brisa. Al poco tiempo, me sorprendí mirando una cabina telefónica en la acera de enfrente.

¿Sería demasiado pronto para llamarla? O quizá demasiado tarde. Llevaba cuatro días en Wisconsin ya, y aquella era la primera vez que salía de mi cabaña, aparte de cuando iba a nadar o a pescar a la zona del lago que estaba detrás de mi casa. Había estado casi todo el tiempo encerrado, viendo la televisión, escuchando música y cocinando. Y básicamente montándome películas.

Boyd había dicho que me estaba volviendo paranoico y quizá tuviera razón. Broker estaba muerto y debería estar tranquilo, no tenía nada de qué preocuparme, pero me sentía como un hombre esperando a que le diera un infarto. Incluso había desempolvado la treinta y ocho que me traje hacía años de Vietnam, y la llevaba conmigo todo el tiempo, dispuesto a disparar a lo primero que se moviera.

Por supuesto, tenía razones para estar inquieto. Broker no me había hablado jamás de los otros aspectos de mi trabajo. Quizá Broker fuera una especie de director general que debía informar a sus superiores. Si eso era así, esos jefazos sabrían de mí,

por supuesto, y quizá pudieran sumar dos y dos en lo que respectaba a la muerte de su empleado. Eso los llevaría directos hasta mí.

Y luego estaba el polvo blanco de la bolsita de plástico. Por lo que sabía del trabajo de Broker, no debería haberse metido en nada parecido. Siempre insistía en que no tenía nada que ver con la mafia, que él solo trabajaba muy de vez en cuando con la familia. Pero supongamos que estuviera directamente relacionado con esa gente, ¿entonces qué? Si estar paranoico es cuando crees que todo el mundo va tras de ti, entonces ¿estás paranoico cuando todo el mundo va tras de ti? ¡Venga, joder! No resultaba agradable vivir con la idea de que en cualquier momento un desconocido vendría a pegarme un tiro.

La operadora me dijo cuánto costaría y metí las monedas. El teléfono dio varios tonos y mientras me imaginé el apartamento.

—¿Sí? —contestó.

No dije nada.

—Hola —dijo—. ¿Quién es? ¿Hola?

—Hola, Peg.

—¿Quarry?

—Hola, Peg.

—Dios. Dios, Quarry. Estás vivo.

—¿Qué tal estás, Peg?

—Los periódicos solo hablaban de las muertes, después de que te fueras. Aún lo hacen. Es horrible.

—Ya.

—Cuando Vince apareció muerto, pensé... pero tú no podrías haberlo hecho. Los periódicos dijeron que su cuerpo estaba... no fuiste tú, ¿verdad?

—Peg.

—¿Sí?

—Me alegro de oír tu voz.

—Y yo de oírte a ti... Quarry, la gente no para de hacer preguntas.

—¿Qué gente?

—No lo sé. Todo tipo de gente. El FBI. Gente así.

—Ya. ¿Qué preguntas hacen?

—No lo sé con seguridad. Aún no han hablado conmigo. Y espero que no lo hagan. No sé lo que les voy a decir.

—No digas nada.

—Ya sabes que no les voy a decir nada sobre ti. Pero ¿y sobre mí? Tengo la cabeza llena de las cosas que no puedo contar.

—Pues olvídalas.

—¿Cómo? ¿Quarry?

—¿Sí?

—¿Por qué me has llamado?

—Quería hablar contigo. Me gustaría verte de nuevo, Peg.

—Quarry...

—No ahora mismo, quizá, pero quiero verte. Tengo algo de dinero ahorrado, Peg. Podría ayudarte. Quizá tú y yo...

—Quarry, ¿de qué estás hablando?

—Peg.

—Solo soy una tía con la que follaste una vez. Un puto día, nada más. ¿Por qué hablas como si hubiera algo más?

—Porque hay algo más.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no eres más que otro rollo para mí, eh? Ya te dije que lo mío son las relaciones cortas.

—Siento algo por ti, Peg.

—Venga, Quarry, joder...

—Quiero verte otra vez.

—No lo sé.

—¿Qué? ¿No sabes qué?

—No sé si quiero verte.

—¿Por qué?

—Porque he estado pensando, Quarry. He estado pensando en todo lo que pasó mientras estuviste aquí. He estado pensando en ciertas cosas que dijiste. He pensado en lo que he leído en los periódicos.

—Olvida todo eso.

—Vale. Vale, lo haré. Pero antes quiero que me digas una cosa. Quiero que me digas a qué te dedicas. ¿En qué trabajas, Quarry? Me dijiste que eras como Frank. Es algo ilegal. Vale. Puedo vivir con eso. Pero sé específico. ¿Qué es exactamente, Quarry?

Mato gente.

—¿Matas gente, verdad? —dijo.

No dije nada.

—Adiós, Quarry —dijo.

Y colgó.

Jugué con la máquina de tiro durante media hora más y cuando lo dejé, todavía me quedaban tres partidas. Luego volví a mi cabaña y nadé durante el resto de la tarde.



MAX ALLAN COLLINS (Muscatine, Iowa, 1948) es escritor de novelas de misterio, cómics, guiones, novelizaciones de películas y series. Estudió escritura creativa en el Iowa Writers' Workshop de la Universidad de Iowa. Su obra se ha publicado en multitud de formatos y su serie *Road to Perdition* sirvió como base para el guion de la película del mismo título. Durante años escribió la tira *Dick Tracy* para la prensa y publicó numerosas novelas con dicho personaje como protagonista.

Actualmente vive en Muscatine, Iowa, con su esposa, la escritora Barbara Collins. Tienen un hijo.

# Notas

[1] «Persevera» o «Sigue adelante». <<